



Entre la calle y el ajuste:

Experiencias de vida en calle de pibes y pibas en el centro urbano del municipio de Morón, Provincia de Buenos Aires, entre 2015 y 2019.

Camila Parodi
Antropología. UBA

2019-2020

Directora: Andrea Szulc

Codirectora: Paula Nurit Shabel

Contacto: camilaparodi04@gmail.com

Agradecimientos

A los pibes y las pibas de Morón por la alegría, la rebeldía y la participación genuina en este trabajo.

*A las organizaciones y trabajadores/as de la niñez por poner el cuerpo en el cotidiano
A mi familia, mi compañero y amigos/as que me acompañan amorosamente en cada decisión y, especialmente, por la paciencia en el largo proceso de esta tesis.*

A mis compañeros/as del Colectivo Editorial Marcha por el aprendizaje colectivo y construcción de nuevas narrativas.

A mis compañeras de la carrera y del equipo de investigación Niñez Plural por el compromiso con los estudios de infancias en las Cs. Sociales y, en particular, a mis directoras de tesis por la revisión detenida y los aportes sentidos.

Camila Parodi.

Índice

1-Presentación	4
1. 2 - Introducción	6
1. 3 - Un breve recorrido.....	7
1. 4 - El siglo de la niñez.....	12
1. 5 - Del patronato a la protección.....	14
1. 6 - Cartografía de la tesis.....	16
1. Capítulo I Recorrer para reconocer: Andamiaje teórico-metodológico y presentación del caso	18
2.1 - La niñez situada	19
2.2 - Abordaje teórico	19
2.3 - La niñez en las ciencias sociales: Un breve repaso.....	22
2.4- Reflexión metodológica.....	27
2.5 - “Esto no es cualquier lugar. Esto es Morón - Morón”	34
2.6 - Capitanes de la vereda	42
3 . Capítulo II Los pibes y las pibas en el centro urbano de Morón: Habitar el espacio social	46
3.1- Desde lejos no se ve.....	47
3. 2- Andar es no tener lugar	50
3. 3- La palabra caminada	53
3. 4- Dinámica callejera: Un modelo para armar	62
3. 5- Elige tu propia aventura	69
3. 6- Primeras reflexiones: “La calle nos encuentra”.....	72
4. Capítulo III Acompañar o intervenir, esa es la cuestión: Los dispositivos institucionales de niñez y adolescencia en calle desde las perspectivas de sus destinatarios/as	74
4. 1 - “No quieren ver lo que vemos”	75
4. 2 - Del Acompañamiento a la intervención	82
4. 3 - De la calle a la casona	88
4. 4- Dejar de ser de la calle estando en la calle	93

4.5- Rezar, comer, ayudar: La propuesta de las Iglesias para los y las pibas.....	96
4.6- Rebuscar(se).....	100
5. Capítulo IV “Acá soy re yo”: Experiencias de afectos, elecciones y placeres en la calle.....	101
5. 2- La calle de los placeres	103
5. 3- ¿Qué ves cuando me ves?	108
5.4- “Somos nosotros”: El placer de los afectos	112
5.5- A(r)marse en la calle	114
5.6- Consumo: Fisurar, olvidar y después	117
5.7- Elegir en tiempos de ajuste	120
5. Reflexiones finales: Disfrutar la calle, desafiar al ajuste.....	125
6. Bibliografía	132

Presentación

“¿Quién va a querer leer sobre nosotros?”,¹ me dijo Emiliano (16) luego de que le presentara mi propuesta en una de las primeras conversaciones que realizamos para esta tesis. Su pregunta me quedó resonando durante todo el año de trabajo de campo, ¿Sería posible relatar esas intensas y breves vidas sumergidas en largas historias generacionales de manera tal que despierte interés y no se convierta en una mera condición institucional para finalizar el grado de mi carrera? Si bien la respuesta la podrán concluir las y los lectores, el trabajo realizado durante más de 8 meses junto a los pibes y las pibas que habitan el centro urbano de Morón, sumado a la experiencia previa de haber trabajado durante 6 años como operadora de calle en el mismo lugar, anticipa una certeza: La etnografía como propuesta teórico, metodológica y política de escucha, diálogo, investigación y escritura puede hacer de aquellas y aquellos sujetos sociales que han sido colocados en los márgenes de la historia, sujetos protagónicos y relatores de sus propias vidas. Ciertamente, la pregunta de Emiliano deja entrever la percepción tanto subjetiva como colectiva que, sobre ellas y ellos se reproduce: ser un pibe/a de la calle, como una construcción sociohistórica que las y los aleja de aquellas nociones universales de ser niño o niña y que los y las colocan en un difuso gris que alterna entre la lástima y el miedo. Porque ser pibe o piba no es lo mismo que ser un niño/a o un/a adolescente, y eso, tanto Emiliano como sus pares, lo saben. Por eso, en este trabajo nos referimos a ellos y ellas de la manera en que se reconocen y presentan, como pibes y pibas.

Preguntarme quién querrá leer sobre sus experiencias y trayectorias me llevó al desafío de realizar un trabajo detenido en las perspectivas y miradas que construyen los pibes y las pibas sobre sí, sus afectos, el espacio social y los distintos dispositivos de intervención, y no así en lo que el mundo adulto con el que se relacionan dice o piensa de ellos/as. Esta investigación tiene un recorte temporal y espacial, realizado durante el último año de la gestión de Cambiemos en el gobierno. Con foco en el centro urbano de Morón, de forma que tanto municipio, provincia como nación eran gestionados por la misma fuerza política. Y fue en este escenario que los pibes y las pibas pusieron de manifiesto otra realidad, que no trascendió en las noticias: con todas sus complejidades, la calle y los centros urbanos son espacios que se presentan con mayores posibilidades para

¹ Registro nro. 3: 02/05/2019

la supervivencia que la casa y el propio barrio, sus voces evidencian la situación de decadencia y expulsión que generaron las propias barriadas en este contexto como así también su preocupación sobre las personas que las habitan. Durante los últimos años, los pibes y las pibas que habitaron el centro urbano de Morón se alejaron de la pobreza de sus casas, salieron a la calle y disputaron el espacio social frente a quienes pretendieron confinarlos/as en sus barriadas. Del mismo modo, se antepusieron a las reglas, valores y promesas que los distintos dispositivos jerarquizaron por ellos y ellas, resguardándose, de manera colectiva, en el placer de la ciudad por más fugaz que sea.

Claro está que este trabajo no pretende reproducir ni reforzar los estereotipos sociales construidos en torno a la población abordada. Por eso, lejos de romantizar la calle como lugar para vivir, o las violencias que despierta un cotidiano tan hostil, me propongo dar cuenta de aquellas construcciones de redes afectivas y estrategias de supervivencia que tan poco se visibilizan desde los distintos dispositivos que intervienen sobre ellos y ellas. Finalmente, cabe mencionar que, si bien este trabajo hizo parte de un cierre de un proceso personal en mi rol como trabajadora de la niñez, se convierte en una apertura para seguir reflexionando de manera colectiva y comprometida en la construcción de infancias libres y protagónicas en todos los ámbitos sociales.

Diciembre 2020.

Introducción

La niñez y adolescencia con experiencia de vida en calle es un fenómeno social que genera sentimientos contradictorios, donde las y los sujetos son percibidos tanto como víctimas, como así también como una posible amenaza. Esta mirada ambigua condensa expresiones de solidaridad/caridad con aquellas de desprecio/miedo (Silva, 2014). De esta manera, la niñez en calle como construcción social articula una categoría altamente estigmatizada, que puede ser entendida a través de cuatro aspectos -contradictorios y coexistentes- tras las representaciones del niño/a víctima o abandonado/a, el trabajador/a infantil, el delincuente y el drogadicto/a (Pojomovsky y Gentile, 2008). Desde esta representación, existe cierto consenso social sobre la situación de niños, niñas y adolescentes con experiencia en vida en calle entendida como un problema social y político en la Argentina, donde las distintas instituciones estatales, religiosas y mediáticas limitan su comprensión a esa perspectiva. En dichos discursos públicos, la problemática suele ser abordada a partir de los motivos por los que las y los niños “salen a la calle” o “abandonan su casa” (Grima y Le Fur, 1999). Esta perspectiva cierra más de lo que abre ya que, por un lado, opone a la calle con la casa como dos polos sin relación, donde la casa conserva una representación positiva y la calle aparece como negativa; y donde pareciera que los sujetos tan sólo optan por una o por la otra y lo hacen de manera individual. Pero poco se habla de la calle como espacio de alternancia (Lucchini, 1999; Gentile, 2008) y/o tránsito (Shaw, 2002) por el que las y los pibes circulan, como así tampoco de la existencia de lazos y redes afectivas que lo posibilitan. Desde este trabajo se sostiene que existe una construcción aún hegemónica sobre el sujeto niño o niña desde una concepción homogénea y descontextualizada (Carli, 1990; Szulc, 2006) que no permite la reflexión sobre la desigualdad y las historias particulares que de ella se desprenden. En ese sentido, existen pocos trabajos que representan a los pibes y pibas con experiencia de vida en calle como seres humanos psicológicamente sanos, ya que se “tiende a construir una imagen estereotípica en la que se termina suponiendo que la única aspiración que tienen es tornarse marginales” (Llobet, 2010: 165). Desde estas nociones, mucho se dice de los pibes

y pibas en calle como sujetos en situación de vulnerabilidad y poco se habla de ellos/as como sujetos que resuelven y deciden para producir vida.

2. Un breve recorrido

La niñez y adolescencia con experiencia de vida en calle tiene una relación con la historia social, política y económica tanto de la Argentina como del continente latinoamericano. Si bien esta problemática se remonta a comienzos del siglo XX², me interesa aquí destacar su creciente incidencia a partir de la década de 1980 como parte de los procesos del desmembramiento de las familias de la clase trabajadora producto de la implementación de políticas neoliberales tras la última dictadura cívico, eclesiástica y militar. Allí el aumento de niños, niñas y adolescentes con experiencias de vida en calle tuvo un efecto visible (Carli, 1990; Gentile, 2009; Silva, 2014). A la par de este proceso se fueron consolidando distintas respuestas de la sociedad civil organizada y/o sensibilizada por la problemática, principalmente en la provincia de Buenos Aires, que pusieron en cuestión la praxis y el enfoque de la gestión estatal de la niñez, concluyendo en un proceso complejo y conflictivo de disputa por la definición de la cuestión pública (Barna, 2013; Lambusta 2014). Entre ellas, vale destacar las experiencias de trabajo en calle de la organización Pelota de Trapo desde el año 1974, El Andén y Amanecer en las Calles a principios de la década de los '80, como así también la creación de los hogares religiosos Madre Tres Veces Admirable (1984) y Don Bosco (1988), la experiencia del Congreso de los Chicos de la Calle impulsada por la Central General de Trabajadores en 1988 (CGT) y la posterior creación del Movimiento Chicos del Pueblo impulsada por la Central de Trabajadores de la Argentina impulsada inicialmente por la CGT en 1987 y luego por la CTA desde 1991. Estas diversas iniciativas dan cuenta, entonces, de cómo se fue construyendo políticamente esta problemática.

Fue también en la misma década, hacia finales de los años '80, que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CDN), marcando un punto de inflexión en la normativa jurídica de la niñez, al impulsar un nuevo paradigma de derechos. Se trata de la "Doctrina de la Protección Integral", donde se desplaza la figura "del menor como objeto de la compasión-comprensión" a la de "niños, niñas y adolescentes como

² Aversa, M. M. 2010

sujetos plenos de derechos” (García Méndez, 2004). Si bien esta normativa se incorporó con rango constitucional a la Constitución Nacional en 1994, su reconocimiento en la ley específica de niñez a nivel nacional se postergó por más de diez años, durante los cuales continuó vigente la ley de Patronato de Menores nro. 10.903³ del año 1919. La “ley Agote” terminó de ser derogada en 2005, con la sanción de la Ley Nacional de Promoción y Protección de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes nro. 26.061, a la que se adecuó la Provincia de Buenos Aires en el año 2007 con la ley provincial 13.298. Durante estos distintos intervalos legales y, como parte de la gestión de la niñez, se crearon diversos dispositivos y/o programas de abordaje específicos con niñez y adolescencia en calle. La implementación de casas y/o albergues de noche, centros de día y talleres formativos, los dispositivos de callejeadas⁴, los espacios de recreación y alimentación en centros urbanos son algunos de los programas y propuestas elaborados entre la sociedad civil organizada y las distintas entidades públicas intervinientes. En lo específico de la intervención y/o acompañamiento a niños, niñas y adolescentes con experiencia de vida en calle, se crearon distintos dispositivos y espacios integrados por “operadores/as de calle”: se trata de grupos organizados que integran o convienen con el Estado provincial y/o municipal para abordar la problemática, conformados de manera interdisciplinaria por trabajadores/as sociales, educadores/as populares, sociólogos/as y referentes comunitarios/as. Su tarea puede sintetizarse como una práctica de “acompañar” a través de la generación de un vínculo con las y los niños, para el seguimiento de trámites de identidad, salud, educación y el apoyo en los proyectos que las y los niños, junto a sus familias, se proponen frente a su condición.

En lo que respecta al territorio específico del oeste del conurbano bonaerense, durante más de una década se desplegaron distintas experiencias municipales destinadas a estos pibes/as, programas como “Por Chicos con Menos Calle” de La Matanza y Morón, y Amuyen de Moreno, iniciativas conformadas de manera previa o en paralelo a la promulgación de la ley provincial 13.298. A partir del trabajo de campo realizado y del diálogo con las y los pibes, como así también tras mi experiencia previa como operadora de calle durante 6 años, pude constatar que todas estas experiencias realizaron un trabajo comprometido de escucha,

³ Si bien este paradigma debería haberse modificado tras la adhesión a la Convención Internacional de los Derechos del Niño en el año 1990 o en su posterior incorporación en el Tratado a la Constitución Nacional de 1994, fue recién en el 2006, con la ley 26.061 de Protección Integral que se reconoció jurídicamente a niños, niñas y adolescentes como sujetos diferentes de los adultos, y con derechos específicos.

⁴ Circuitos de recorridas realizadas por las y los operadores de calle en el territorio de intervención donde se trabaja el vínculo con las personas que en él habitan.

intervención y acompañamiento a niños, niñas y adolescentes con experiencia de vida en calle en diálogo con las organizaciones sociales.

Sin embargo, a partir del cambio de gobierno a nivel nacional, provincial y municipal en favor de la alianza Cambiemos, estos programas fueron desfinanciados o reemplazados. En ese sentido, desde el año 2016 se implementó el programa de “Operadores en calle”, dependiente del Organismo Provincial de la Niñez y Adolescencia que, como veremos en esta tesis, no articuló con los grupos de operadores/as de calle que ya trabajaban en el territorio. El programa comenzó como prueba piloto en los municipios de Hurlingham, Morón y Merlo, pero no se explicitaron sus planes de acción ni se elaboraron informes oficiales sobre su incidencia. Durante el Gobierno de Cambiemos a cargo de Mauricio Macri a nivel nacional (2015 -2019), María Eugenia Vidal a nivel provincial en Buenos Aires y Ramiro Tagliaferro en el ámbito municipal del territorio de Morón, las y los pibes con experiencia de vida en calle sostuvieron dinámicas de circulación callejera y participaron de las distintas propuestas que realizaron los diversos dispositivos. Si bien su permanencia se fue convirtiendo en uno de los temas que generaron mayor interpelación social hacia los gobiernos -tanto a nivel provincial como local-, fueron escasas tanto las políticas aplicadas en torno a la problemática como las estadísticas oficiales que pudieran dar cuenta de una real intervención sobre ella. En paralelo al contexto mencionado, distintas ONGs e iglesias acentuaron sus prácticas de asistencia a las situaciones. Algunos de estos dispositivos sostuvieron un trabajo constante con las y los niños que habitaron la calle en Morón, como así también denunciaron de manera permanente en redes sociales y medios locales de comunicación la situación crecientemente grave de muchas familias en calle durante este período.

Esta problemática debe ser entendida en su relación intrínseca con la situación de los barrios más empobrecidos de los cuales proviene el mayor porcentaje de personas que circula y/o habita la calle. Según el Registro Nacional de Barrios Populares (RENABAP), en 2018 Argentina tenía 4288 barrios populares o asentamientos que integran un total de 327.600 familias. Esta estadística nos habla de una compleja condición de hábitat donde millones de personas viven hacinadas, en espacios reducidos y sin servicios básicos como agua potable, gas natural o servicio eléctrico. En este contexto, la Provincia de Buenos Aires ha sido el foco de la crisis habitacional. El Registro Público Provincial de Villas y Asentamientos Precarios realizado en 2018 concluyó que, a lo largo de todo el

territorio provincial, había 1584 villas o asentamientos. De ese total, 981 se encontraban en el primer y segundo cordón del conurbano bonaerense, con alrededor de 350 mil familias que vivían en estos barrios; es decir, casi 1.500.000 de personas atravesaron una fuerte crisis económica y habitacional que las llevó -de distintas maneras- a implementar diversas experiencias de precariedad como respuesta (Fernández Álvarez, 2018). Este relevamiento nos permite entender cómo la situación de calle en el centro urbano de Morón, en este caso, se encuentra relacionada de manera directa con la situación del hábitat en los barrios populares del conurbano bonaerense, ante la cual un número considerable de personas tuvo que crear respuestas y alternativas frente a las condiciones de creciente vulneración. El espacio social, la calle, aparece entonces como el escenario predilecto para su implementación.

En el período aquí abordado, 2015-2019, en articulación con los programas municipales existentes continuaron conviviendo diferentes organizaciones sociales, religiosas y ONGs que respondieron a la problemática desde distintas prácticas en el territorio oeste. Es desde estos espacios que han obtenido cierto seguimiento para comprender la situación de la niñez y adolescencia con experiencia de vida en calle en lo que corresponde al corredor del Tren Sarmiento Once-Moreno. Organizaciones como el Equipo de Niñez de El Transformador, ubicado en Haedo, o Cable a Tierra, de Morón, mantienen sus prácticas hasta la actualidad.

Sin embargo, si bien existe una sensación generalizada de preocupación social sobre esta problemática, poco se conocen cuáles son las miradas que los propios pibes y pibas con experiencia de vida en calle, en este caso del Municipio de Morón, tienen sobre ese cotidiano ni cómo ven las intervenciones que realizan los distintos dispositivos. Y son pocas las investigaciones que trascienden las descripciones generales y que hayan realizado trabajo de campo centrado en el diálogo con esta población entendida como protagonista y, por ende, con capacidad de reflexionar sobre su propia vida. A su vez, los escasos relevamientos encontrados con el enfoque puesto en la mirada de los pibes y pibas que hacen parte de investigaciones académicas y/o experiencias de organizaciones sociales no han tenido mayor impacto en los programas y/o políticas públicas que abordan la problemática. Entonces, conocer qué sentidos, representaciones y trayectorias construyen sobre la calle; cuáles son sus estrategias que confluyen en ese cotidiano; cómo habitan y caracterizan al territorio y cuáles son sus reflexiones en

torno a los distintos dispositivos de intervención, son algunas de las preguntas que motivan esta investigación. En este escenario, abordado durante meses de trabajo de campo con las y los propios protagonistas, pusieron de manifiesto otra realidad, que no trascendió en las noticias: con todas sus complejidades, la calle y los centros urbanos son un espacio que se presenta con mayores posibilidades para la supervivencia que la casa y el propio barrio, poniendo de manifiesto la situación de decadencia y expulsión que generaron las barriadas populares en este contexto. A lo largo de este trabajo, encontramos voces y experiencias que, si bien comprenden que existen mejores condiciones de vida y las anhelan. A la vez -en su contexto- ponderan la estrategia de permanencia en los centros urbanos y de relación cotidiana con los distintos dispositivos de intervención orientados hacia su población por sobre la vida en sus barrios, donde los servicios, las políticas de Estado, los medios de transporte y de comunicación no llegan.

Este trabajo se propone analizar las experiencias de vida en calle de las y los pibes que transitan en el centro urbano del Municipio de Morón y sus relaciones con los distintos dispositivos de intervención de los que son destinatarios/as. Me propongo reconstruir sus trayectorias de vida para conocer cuál es la relación que guardan con el territorio que habitan y cómo lo describen y delimitan, como así también qué les ofrece ese espacio para convocarlos/as a un cotidiano. Por ello, resulta relevante considerar sus relaciones con los distintos dispositivos, que responden tanto a espacios gubernamentales como civiles y que tienen por objetivo atenderlos/as. En ese sentido, me propongo analizar en particular cómo interpelan a los pibes y pibas aquellas prácticas que son llamadas de “acompañamiento” por los propios dispositivos. A su vez, pretendo indagar sobre las diversas estrategias y modos de producir vida que implementan los pibes y las pibas en su cotidiano y cómo construyen su identidad a partir de ellas. Argumentaré que los pibes y las pibas con trayectorias de vida en calle y experiencias de precariedad que habitan el centro urbano de Morón reinventan y modifican el espacio social como así también las estrategias, prácticas y relaciones para producir vida. Como sujetos partícipes activos, asumen diversas formas de apropiarse y transformar el territorio en el que viven. La calle y el espacio social

aparecen, entonces, como un territorio contradictorio en el que se alternan la tensión y las violencias con el consumo, el placer y las amistades.

3. El siglo de la niñez

Haciendo una breve historización en lo que respecta a las leyes de intervención hacia la niñez, fue recién en el siglo XX que se comenzaron a crear distintas normativas específicas para dicha población. Inicialmente, las mismas se originaron desde una concepción paternalista y bajo la idea de protección. Su desarrollo conceptual, seguido de las discusiones y construcción de consensos sobre la niñez, fue realizado inicialmente sólo por los organismos internacionales. En ese contexto, en el año 1924, la Liga de Naciones aprobó la Declaración de Ginebra sobre los Derechos del Niño, mediante la cual se establecía:

“El derecho de los y las niñas a disponer de medios para su desarrollo material, moral y espiritual; asistencia especial cuando están hambrientos, enfermos, discapacitados o hayan quedado huérfanos; serán los primeros en recibir socorro cuando se encuentren en dificultades; libertad contra la explotación económica y una crianza que les inculque un sentimiento de responsabilidad social” (UNICEF, s.f.).

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial surgió la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y, durante ese período, los niños y niñas comenzaron a ser vistos en situación de vulnerabilidad social; es decir, sin acceso a derechos básicos de salud, alimentación, vivienda. Por tal motivo, en 1946 se creó el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia -UNICEF-, Organismo Internacional que se encuentra presente en 191 países de forma activa y se encarga de promover los derechos de niñas, niños y adolescentes de diferentes formas, desde campañas de difusión hasta investigaciones e impulso de políticas públicas. Dos años después, se proclamó la Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH) y en ese mismo año se realizó la segunda Declaración de los Derechos del Niño, a raíz de que se vinculó en el artículo 25 de la DUDH que "la maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencias especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de éste, tienen derecho a igual protección social" (UNESCO-Santiago, 2008: 20). En 1989 se sancionó la Convención Internacional de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes (CIDN) suscrita inicialmente por 26 países y ratificada por 196 países. El tratado internacional reconoce los

Derechos Humanos de los niños, niñas y adolescentes. En forma de ley internacional, la convención insta a los Estados que la integran a que aseguren que:

“todos los niños y niñas —sin ningún tipo de discriminación— se beneficien de una serie de medidas especiales de protección y asistencia; tengan acceso a servicios como la educación y la atención de la salud; puedan desarrollar plenamente sus personalidades, habilidades y talentos; crezcan en un ambiente de felicidad, amor y comprensión; y reciban información sobre la manera en que pueden alcanzar sus derechos y participar en el proceso de una forma accesible y activa”⁵.

Sin embargo, tal como lo afirma Agustín Barna (2012), más allá de la gran aceptación que generó la CIDN, en su formulación subyacen intereses políticos de trasfondo que dominaron el paradigma de intervención en la niñez, en este caso, las gestiones de lobby internacional encabezadas por Eglantyne Jebb de la Save the Children International Fund resultó determinante para el autor. Esta fundación plantea “un germen embrionario que, con el tiempo, se transformará en hegemónico en los modos de intervenir en la niñez a nivel global” (2012: 4). De esta manera, resulta en un proceso de homogeneización del sujeto niño/niña que hasta la actualidad obstaculiza su estudio desde la diversidad y desigualdad. Considerar los aportes de la convención “como un producto histórico singular, anclado en un contexto determinado signado por diversas relaciones de poder e intereses geopolíticos” (ibid: 16) contribuye también a cuestionar la tendencia simplista a considerar estas normativas como generadoras de cambios por sí mismas.

En paralelo a la aprobación de la CIDN, en Argentina, distintos organismos de la sociedad civil desplegaron diversas formas de accionar e intervenir sobre la niñez de sectores populares. Allí el sujeto conocido popularmente como *pibe/piba*, es decir, el niño/niña perteneciente a la clase empobrecida, fue incorporado en el medio social con una suerte de “proceso contradictorio de visibilización e invisibilización” en términos de S. Carli (1990) donde, mientras la retórica de los derechos de la niñez lograba visibilizarse en la esfera pública, en paralelo el Estado sostuvo una práctica de vulneración sistemática de los mismos derechos. Esta paradoja es presentada por C. Fonseca como un “frente discursivo” (1999) donde existe un proceso de sensibilización sobre la niñez como sujeto de derecho e

⁵ <https://www.unicef.org/>

inclusivo político pero, a la vez, una clara subestimación de sus alcances y agencia. Desde esas acciones se fueron cimentando lo que en la década de 1990 se constituyó como espacio institucional que alimentó el discurso de los derechos durante las últimas décadas, encontrando una gran brecha de distanciamiento entre la legislación existente con las prácticas diversas y cotidianas de niños, niñas y adolescentes.

Luego de la restitución de la democracia en Argentina, las organizaciones sociales trajeron a la arena pública la visibilización de los niños/as en el espacio político. El Movimiento Chicos del Pueblo, que surgió a finales de los años '80, puso el foco en la dimensión de clase social de la niñez. La propuesta por una participación sistemática de niños y niñas en todos los niveles de toma de decisiones y no la participación acotada a ciertas instancias o reuniones propició el debate para, en palabras de G. Batallán, “invertir el sentido común adultocéntrico que obliga el protagonismo de las nuevas generaciones” (2009: 4). Esta definición colectiva da cuenta de una postura política, la de entender al niño/a como compañero/a y a la vez como alguien a quien acompañar en el proceso de aprendizaje como “una instancia formativa en el camino a la autonomía y un ensayo hacia formas de participación real que respondan a las necesidades de cuidado de esa etapa de la vida” (Shabel, 2016).

Con este recorrido, tomamos la propuesta de C. Fonseca y A. Cardarello al señalar la importancia de las y los activistas de Derechos Humanos, desde donde marcar cierto distanciamiento del frente discursivo del paradigma de intervención sobre la niñez para “no correr el riesgo de articular programas que no sólo no alcanzan con sus objetivos sino, peor que esto, producen nuevas formas de exclusión” (2009: 220) . De esta manera, A. Barna propone ahondar en “el carácter históricamente situado, socialmente construido y atravesado por múltiples y complejas relaciones de poder del *paradigma de los derechos del niño*” (2012: 16), buscando cierta “desacralización” sobre el “enfoque de derechos” (ibid: 16) que nos permita profundizar en las reflexiones surgidas a través de la relación entre niñez y políticas de intervención.

4. Del Patronato a la Protección

Tras la aprobación de la ley de la provincia de Buenos Aires N° 13.298, en el año 2005, “De la Promoción y Protección Integral de los Derechos de los Niños”, los dispositivos de intervención sobre la niñez modificaron gran parte de su

estructura y se adecuaron al nuevo paradigma propuesto por la CIDN a través de su órgano ejecutor: El Organismo Provincial de Niñez y Adolescencia. Desde este nuevo enfoque se refieren a la consideración de los niños, niñas y adolescentes como sujetos de derecho, en lugar de como objeto de protección, tal como sucedía previamente con el sistema de patronazgo. Así, se reconoce “la capacidad de tener y ejercer derechos, se supera la noción de niño definido por su incapacidad jurídica”, según explica en su página el propio Organismo Provincial de Niñez. A partir de esta normativa se incorporó una serie de conceptos de manera definitiva:

- “- El niño, niña y adolescente como sujeto de derecho,
- La permanencia del mismo/a en el seno del núcleo familiar,
- El interés superior del niño/a,
- La responsabilidad del Estado en el cumplimiento de la Convención Internacional de los Derechos de la Niñez”.⁶

El objetivo principal de dicha entidad se centra en “restituir” los derechos vulnerados a niños, niñas y adolescentes. Esta estructura hace parte de la adecuación nacional con la ley 26.061 y en lo que respecta a la provincia de Buenos Aires, en particular, se implementa a través de la creación de convenios con las entidades municipales. De esta manera, distintos municipios bonaerenses conveniados con el Organismo Provincial de Niñez y Adolescencia implementaron un dispositivo dependiente del poder ejecutivo local que estuviera orientado a las prácticas de restitución de derechos: “Servicios Locales de Protección de Derechos de Niños”. A su vez, el Organismo Provincial cuenta con una estructura descentralizada presente en distintos territorios a través de los “Servicios Zonales de Protección de Derechos de Niños”. Tanto los servicios zonales como los locales realizan prácticas de “restitución de derechos” en permanente convivencia pero con distintos niveles de alcances y competencias. Para A. Barna (2015), uno de los elementos “más ponderados sobre las recientes transformaciones legislativas referidas a la infancia y sus derechos” (2015: 76) es la “desjudicialización” de “las intervenciones de origen ‘asistencial’”(ibid.). A partir de la misma, aquellas historias de vida y casos de vulneración de derechos a niños, niñas y adolescentes que no implican aspectos penales se transfieren hacia el ejecutivo (principalmente

⁶ Enfoque de la Ley Provincial de Protección y Promoción de los Derechos de la Niñez y Adolescencia, 13.298

municipal) aquellas competencias y responsabilidades que hacían parte del poder judicial previamente al 2005 .

La estructura de los Servicios locales es bastante uniforme. Como describió A. Barna (2015) para referirse al Servicio Local del Municipio de La Matanza:

El mismo cuenta con un “área de atención de casos”, y por otro un “área programática”. En la primera, la “atención de casos” en alguna de las tres oficinas distribuidas en el amplio territorio matancero conforma la actividad central del trabajo cotidiano de los técnicos y operadores. Las modalidades habituales de actuación suponen la recepción de demandas sobre una amplia gama de problemáticas de “niños y niñas con derechos vulnerados” y la “articulación”, con otras dependencias, estatales y no estatales, para revertirlas. La segunda se conforma por una serie de programas y proyectos destinados a intervenir sobre problemáticas específicas, por ejemplo: niños y jóvenes en conflicto con la ley, o niños en situación de calle. En ambos, “el caso” es la carne del trabajo cotidiano de los técnicos y operadores

(2015:141).

Durante el gobierno de Cambiemos, particularmente en su último año -cuando se realizó este trabajo de campo-, se evidenciaron cambios concretos sobre las políticas de la gestión de la niñez en cuanto a la falta de recursos para los programas como así también de lineamientos programáticos para llevar a cabo la práctica en el territorio. ¿Qué ocurrió con esta trama institucional durante los años del gobierno de Cambiemos y el recorte al gasto público? ¿Qué mirada tienen los pibes y las pibas que habitan la calle en Morón sobre las políticas de la gestión de la niñez en los últimos años? A lo largo de este trabajo procuraremos responderlo.

5. Cartografía de la tesis

Esta tesis se encuentra organizada de manera tal que las y los lectores puedan adentrarse al cotidiano de los pibes y las pibas que habitan la calle en el centro urbano de Morón desde sus distintas dinámicas. Con este trabajo, nos proponemos conocer paso a paso las perspectivas y miradas que despliegan a lo largo de sus diferentes experiencias situadas. La propuesta se centra en la posibilidad de transitar sus recorridos y espacios cotidianos que son constitutivos

para sus trayectorias. En ese sentido, en el primer capítulo nos centramos en la presentación del caso abordado en su relación con la propuesta teórico-metodológica con la que se realizó el trabajo. Mostramos las particularidades del territorio de Morón y su relación histórico-política con los diversos dispositivos y programas de gestión de la niñez y adolescencia, que lo convirtieron en un escenario propicio para la circulación de niños, niñas y adolescentes provenientes de diferentes territorios. Veremos cómo los encuentros definen los espacios de circulación y las dinámicas propias de la experiencia de habitar la calle. A continuación, en el segundo capítulo nos adentramos en el espacio social que habitan las y los pibes: aquellos recorridos, circuitos, espacios seguros y dinámicas construidas en el cotidiano que generan un entramado de afectos, relaciones y estrategias para la producción de la vida en la calle. En el tercer capítulo nos centramos en las miradas y estrategias que las y los pibes construyen en torno a los diversos dispositivos de intervención y acompañamiento con los que se relacionan permanentemente. Las decisiones, formas de participación y propuestas surgidas a partir de las diversas experiencias y trayectorias tanto subjetivas como colectivas con las que habitan la calle. En el cuarto capítulo se presentan las miradas y elecciones realizadas por los pibes y pibas a la hora de habitar la calle en el marco de un proceso de ajuste socio económico y los procesos de autonomía y construcción de identidades y pertenencias que de ella se desprenden. La calle como espacio placentero que posibilita satisfacer aquellos deseos históricamente anulados en sus espacios sociales de origen. Finalmente, presento las conclusiones del trabajo realizado, las mismas funcionan como un entramado de las diferentes aristas trabajadas a lo largo de los capítulos que nos permiten entender las relaciones entre el uso del espacio público con la disposición, participación y uso de los diferentes dispositivos de intervención, seguido de los vínculos y redes afectivas que allí se configuran y modifican las diferentes estrategias y formas de ser y estar en la calle. Que comience el recorrido...

Capítulo 1

Recorrer para reconocer:

Andamiaje teórico-metodológico y presentación del caso

1. La niñez situada

En principio, una mirada antropológica que busca hacer cotidiano lo exótico y exotizar lo cotidiano nos invita a reflexionar sobre cómo aquello que nosotros llamamos infancia no representa lo mismo y no es experimentado de la misma manera por todos/as los/as sujetos. Al respecto, A. Colangelo plantea: “La niñez como grupo no comienza a existir como tal (...) hasta que no es distinguida y recortada a través del conocimiento y reconocimiento de ciertas características que, al ser leídas como propias de una clase particular de personas, la transforma en una categoría social” (2003: 2). De esta forma, las edades son recortadas socialmente de distintas maneras y se perciben valorizadas de formas diferentes en la sociedad.

En un análisis complejizado de las infancias, éstas deben ser pensadas como construcciones sociales dinámicas, conflictivas, situadas en la historia y en constante transformación y no como una identidad singular, inmutable y esencializada (Szulc, 2006). Es en este sentido que se sostiene que “la forma en que se defina y caracterice la infancia es un fenómeno eminentemente político en el sentido de que tiene que ver con la distribución de poder entre distintos grupos de la sociedad” (Colangelo, 2003: 4). La realización de estudios genuinos sobre infancias, con niños y niñas que reflexionen desde un marco de procesos de desigualdad, diversidad y desde una perspectiva de géneros constituyen, entonces, un paso lógico en el camino hacia una visión más inclusiva de la sociedad y la cultura (Colangelo, 2003; Szulc, 2006; Shabel, 2013; Hernández, 2018).

2. Coordenadas conceptuales

Es preciso anticipar que para este trabajo partimos de la conceptualización de “niñez” entendida como una construcción sociohistórica, heterogénea, cambiante y disputada (Szulc, 2004). La niñez como conjunto social, donde el sujeto niño/a está inmerso en relaciones de poder de su contexto particular (Carli, 1990); de forma tal que, al ser entendida en contextos de desigualdad social, la niñez se construye de forma diversa (Szulc et al, 2009). Por otro lado, se concibe a los niños y niñas como sujetos sociales e interlocutores competentes (Szulc, 2015) para lo cual se tomará el concepto de “agencia infantil” (Roche, 1999). El sentido común suele generar formas naturalizadas de mirar la niñez vulnerada o

empobrecida, estas miradas acontecen no sólo en los espacios sociales o populares de disputa política, sino en todo el diverso abanico político, institucional, mediático, religioso y, también, académico construido sobre la niñez. En este sentido, el enfoque antropológico acerca de las perspectivas de la infancia nos permite pensar en cómo construimos e incorporamos conocimientos con los propios niños/as. Pensar en los niños/as como agentes sociales que reflexionan sobre sus acciones y su vida cotidiana rompe con las nociones de sentido común que los/as definen a partir de sus carencias, de autonomía, de madurez sexual, de responsabilidad, considerándolos como meros receptores de las acciones de los adultos (Szulc, 2006). Los niños/as son actores sociales y políticos con opinión en cuanto a participación, derechos y ciudadanía, e intervienen como “activos partícipes” (Shabel, 2016).

En lo que corresponde a la problemática particular trabajada, en esta Tesis trabajo con el concepto de “niñez con experiencia de vida en calle” (El Transformador, 2007), utilizado para comprender a los y las niñas inmersos en una dinámica de circulación y alternancia entre distintos espacios (Lucchini, 1999; Pojomovsky, 2008). A su vez, se entiende a la calle como un espacio dinámico y de tránsito que “ofrece algo más que miseria”, como la posibilidad de concreción de deseos, placeres y consumo para las personas que la habitan (Shaw, 2002). El uso del término “calle” y el “espacio social” aparecen como indisociables de las trayectorias de los sujetos con los que se decide trabajar, de forma que en el primer capítulo de este trabajo se recurre al concepto “territorio” desde la perspectiva de Milton Santos (1996), que lo comprende en términos de relaciones de poder y que considera al espacio como una instancia de la totalidad social donde cualquier fenómeno social es susceptible de un abordaje geopolítico (Benedetti, 2014). Por su parte, tomamos la propuesta de Henri Lefebvre (1974) para hablar de la “producción del espacio”, entendiéndolo como envoltorio de las producciones sociales en sus relaciones y simultaneidad que pueden relativamente variar entre orden y desorden. La ciudad, entonces, aparece como “espacio creado, modelado y ocupado por actividades sociales en el curso de un momento histórico” (1974: 130). No existe espacio “pre existente o neutral” por eso, para el autor, el espacio es social. Las y los sujetos se apropian del espacio social y lo habitan al interactuar con otras personas constituyendo, en términos de Michel De Certeau (2000), actos creadores de espacio.

Por otro lado, para entender las políticas de intervención se recurre a la noción foucaultiana de “dispositivos” como aquellas “tecnologías de gobierno” que pueden ser entendidas también como una “red de relaciones” (Miller, P. y Rose, N., 1992: 183-184). Una red que establece relaciones entre “un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no-dicho, éstos son los elementos del dispositivo” (Agamben, 2015). A su vez, entendemos que sus componentes, así como el conjunto de relaciones entre los mismos, varían en función del nivel de efectividad alcanzado en una coyuntura determinada (Vega, 2017: 5). Como complemento a dicha concepción, se integran los aportes de Michel de Certeau (1979) para reflexionar en torno a la relación sujeto-estructura, en este caso niño/a-dispositivo. Los sistemas que ejercen el poder y sus efectos en la estructura social resaltan la complejidad de la sociedad que no se reduce a la misma y que implementa “procedimientos populares -*minúsculos y cotidianos*- que juegan con los mecanismos de la disciplina”. Con el concepto de “procedimientos mudos organizadores del orden sociopolítico” se podrá “trazar los rasgos de la cotidianidad concreta” en relación a los dispositivos de intervención, de forma tal que desde el cotidiano cada sujeto puede implementar distintas estrategias y acciones sobre un mismo tipo de intervención. Certeau nos invita a inmiscuirnos en la creatividad cotidiana que, elusiva, dispersa, fugitiva, hasta silenciosa, fragmentaria, y artesanal construye “maneras de hacer”: maneras de circular, habitar, leer, caminar, o cocinar, etc. (de Certeau, 1996: 46). Ya no se trata (sólo) de pensar en la productividad del poder, del ejercicio del poder; sino en la productividad de las micro-resistencias movilizadas a partir de las prácticas cotidianas; porque “no hay prácticas sin uso”, por eso de Certeau habla de practicantes y no de consumidores (de Certeau, 1996: 44- 49). Se tomará también el concepto de “experiencias de precariedad”, de María Inés Fernández Álvarez (2018), para hablar de aquellas “prácticas creativas” llevadas a cabo por los sectores populares desde las cuales “los sujetos producen y reproducen la vida” (2018, p. 24). Esta noción habilita un proceso de investigación que “pone en tensión fronteras de categorización clásicas” y nos permite pensar nuevas formas de construcción de alternativas y estrategias para “ganarse la vida” (ibid) como así también de agencia para los sujetos que deciden llevarlas a cabo para “mejorar

su bienestar –material y emocional– y el de las generaciones futuras que incluyen modalidades de aprovisionamiento o cuidado comúnmente consideradas “no económicas” e involucran sistemas colectivos para sostener la vida” (ibid).

3. La niñez en las ciencias sociales: Un breve repaso

La construcción teórica sobre las distintas formas de “ser niño/niña” y su relación con el mundo adulto resurge en las últimas décadas del Siglo XX, aunque cuenta con antecedentes relevantes como los trabajos de Margaret Mead (1928), que evidenciaron la pluralidad cultural de las infancias. En su trabajo, “Samoan Children at Work and Play”, realiza un estudio comparativo entre las y los niños de Samoa con los de Estados Unidos. La autora plantea que los primeros participaban en la vida social de una forma distinta a la occidental y que, por ende, el modelo euroamericano no es universal. Por su parte, Malinowski (1975 [1922]) divulgó que en las islas Trobriand los niños tienen el mismo estatus que los padres. Se trata de dos trabajos de campo que se centraron en la observación de la transmisión de prácticas culturales. Entonces, en sus comienzos, la manera de entender la infancia desde la antropología fue en función del análisis de la cultura, concibiendo a la misma a partir de las dinámicas de transmisión de experiencias *inter* e *intra* generacionales.

A continuación, encontramos la investigación de Philippe Ariés, quien introdujo en las ciencias sociales la categoría “infancia” como una construcción histórica producto de la modernidad europea (1987 [1960]). Fue a partir de ello que se instaló socialmente la noción de la niñez y/o infancia, concebidas de forma homogénea y en términos de “vulnerabilidad, inocencia, necesitada de protección y gobernabilidad a través de la educación y la atención especializada” (Carli, 2011). La problematización de esta arraigada noción fue dando lugar al surgimiento de una perspectiva, desde mediados del siglo XX, conocida como “estudios de la infancia” por el extenso e interdisciplinario material que la compone. En esa línea, los estudios orientados a la niñez y/o infancia que se fueron constituyendo en las últimas décadas como un campo propio sostienen una perspectiva amplia y heterogénea que comprende al sujeto niño/niña inmerso en relaciones de poder y desigualdad propias de un contexto particular (Carli 1990, Fonseca 1999, Colangelo 2003, Szulc 2006, Llobet 2014). En ese marco, se comprende al concepto niñez y/o infancias como producto histórico-social, y por ese mismo motivo,

desde una perspectiva plural. A partir de esta propuesta, se elige visibilizar la heterogeneidad de representaciones y prácticas existentes en torno a la niñez (Szulc, 2006; Diker, 2009; Hernández, 2016). En esta propuesta, pueden distinguirse diferentes ejes de interés. Por un lado, encontramos trabajos que se centran en el análisis de las prácticas adultas dirigidas a la niñez y a los procesos sociales de reformulación de la infancia. Algunos más focalizados en prácticas estatales dentro de las normativas y políticas de infancia (Carli, 1990; Daroqui Guemureman, 1999; Villalta, 2010; Llobet, 2010; Barna, 2014) otras específicamente centradas en el plano educativo, tanto en contextos escolares (Rockwell, 2011) como así también por fuera de ellos (Padawer, 2010), específicamente dentro de los movimientos sociales (Scarfó, 2010) o aquellas que miran la interacción entre los contextos escolares con los movimientos y/o la comunidad educativa (Cerletti, 2011; Santillán, 2012; Villalta, 2012). Estos trabajos han aportado conocimientos que dan cuenta del mundo social en el que están insertos los niños y las niñas desde las formas en las que se los piensa en él. Un segundo eje, que se puede entender como complementario del anterior, analiza las prácticas de los niños y niñas desde sus propias experiencias y relatos (Martins, 1993, Szulc, 2006; Pires, 2007; García Palacios, Hecht, Enriz, 2015; Leavy, 2015; Shabel, 2016; Olivera et al, 2018; Hernandez, 2019). Es en este último eje que podríamos inscribir a este trabajo.

Por su parte, la “niñez en situación en calle”, entendida desde sus particularidades, forma parte de un apartado conceptual y constituye una materia reciente de reflexión en torno a la problemática (Carli 1990; Silva, 1998; Grima y Le Fur, 1999; Hecht, T. 2002; Urcola, 2003; Pérez Álvarez, 2005; Gentile, 2007; Pojomovsky, 2008; Llobet 2010; Talamonti Calzetta, 2013; García Silva, 2014; Litichever, 2017). Las y los autores recientemente citados coinciden en un origen común como problema social que colocarán hacia principios de la década de 1980 en la Argentina como parte del proceso socioeconómico posterior a la última dictadura militar, civil y eclesiástica. Si bien las preguntas realizadas por las y los investigadores fueron similares en torno a la problemática, se pueden encontrar diferentes miradas teórico-metodológicas. El trabajo de Grima y Le Fur es una de las primeras publicaciones sobre la temática. Allí se realiza una asociación directa entre el contexto de desempleo adulto con lo que ellos llamarán la “aparición” de las y los niños en la calle. Por su parte, el autor Osvaldo Torres (2004) refiere, respecto de la distinción de “ser de la calle” o “estar en la calle”: “los niños en la

calle son aquellos que están en la calle una parte de la jornada del día y regresan a sus casas luego de realizar algún tipo de trabajo que les reporta un ingreso para ellos y sus familias (...) en cambio los denominados niños de la calle se definen como aquellos cuyos vínculos familiares estaban debilitados al punto que esencialmente viven en la calle” (2004: 108). Por otro lado, las primeras investigaciones señalaron que la pobreza y las altas tasas de desempleo, subempleo e informalidad eran la principal causa o determinante que llevaba a que los niños debieran trabajar o que habitaran la calle (Lezcano, 1997, Rozé, 1999; Grima y Le Fur, 1999). También, otros autores y autoras sostuvieron esa lectura pero, a partir del trabajo de campo etnográfico, pusieron un particular acento además en los factores culturales, considerando necesario explorar los valores y creencias sobre el trabajo, la educación, la organización familiar, la infancia y las relaciones de género (Gentile, 2007; Llobet, 2010; Talamonti Calzetta, 2013; García Silva, 2014; Litichever, 2017). En esa línea, encontramos como uno de los primeros trabajos a Ricardo Lucchini (1999), realizado en Río de Janeiro, Montevideo y el DF de México. Se trata de una sistematización de las experiencias de las y los niños que habitan las calles con la que aportará la noción de “alternancia casa-calle” (Pojomovsky, 2008). En ese sentido, se plantea a la calle y a la casa como espacios dinámicos de alternancia por donde los sujetos transitan según la hostilidad que encuentran en los mismos (Miguez, 2008). Desde esta perspectiva de alternancia y movilidad, “el niño de la calle” ya no alcanza como categoría y será Urcola (2003) el primero en conceptualizar el campo como “niños/as en situación de calle”. Esta categoría está asociada a los debates surgidos en torno de la tensión inclusión-exclusión y/o marginación-dominación⁷ y tienen, en la Argentina, una fuerte incidencia a partir del año 2001. Sobre esta conceptualización existe, siguiendo a Valeria Llobet, “una fuerte presencia de organizaciones internacionales como fuentes de direccionamiento de la agenda y de financiamiento de la investigación, tales como UNICEF, PNUD, CEPAL” (2011: 9).

Así, la categoría de Niños, Niñas y Adolescentes “en situación de calle” propone una comprensión más amplia de las trayectorias e historias, contemplando el amplio universo de prácticas existentes en el campo de la infancia en calle. Sobre este concepto, Pablo Orellana Civila (1992) sostiene que el término niños, niñas “en situación de calle” pretende:

⁷ En términos de Minujín (2006), Bustelo (2007).

Contemplar el carácter plural del universo psicosocial de los niños y adolescentes que desarrollan sus vidas cotidianas en el ámbito de la calle, las características histórico-sociales por las cuales una persona, atravesada por condiciones de pobreza, pernocta o transcurre gran cantidad de horas diarias en la vía pública desplegando un sin número de recursos materiales y simbólicos como estrategia de vida o sobrevivencia familiar, individual o comunitaria (realizando diversas actividades lúdicas, laborales, de mendicidad, entre otras)

(1992: 50).

Desde esta perspectiva, Casal (2010) propone dos dimensiones para mirar el problema, por un lado desde la “práctica social concreta” que implementan las y los propios niños/as; es decir, desde sus “estrategias de vida y relaciones sociales”, y por otro lado como “práctica social representada” en lo que respecta a las “tipificaciones, representaciones, estigmatizaciones, idealizaciones que despierta esa realidad social” (ibid: 191). Por su parte, García Silva propuso una modificación al reemplazar el concepto “niñez” por “chicos” diferenciando -intencionalmente- la mirada construida por la sociedad sobre la niñez en general y la particularidad que se construye sobre “los chicos y las chicas en situación de calle” como algo separado de la realidad social. Cabe resaltar que las organizaciones sociales que trabajan con la niñez que habita la calle también conceptualizan su mirada desde la práctica, entre ellas algunas se refieren a esta población como sujetos que “transitan la calle de diversas maneras” identificándose por “su experiencia de vida en calle” (Llorens, 2005; El Transformador, 2007). Sobre esto, desde Gurises Unidos plantean:

No hay una situación de calle sino múltiples y las características y modalidades de la misma van a estar relacionadas con las características de cada niño/a, con su edad, con las características de la familia y con la realidad social, cambiante de acuerdo a los contextos históricos particulares. (2005:2)

En la misma línea, Llorens explica que el término niños y niñas con experiencia de vida en calle:

Intenta ofrecer un marco amplio que permita incluir distintas aproximaciones a la vida en la calle y, al mismo tiempo, pretende ser más exacto, caracterizando a este

grupo como jóvenes que han tenido importantes experiencias de vida en la calle pero que no son 'de la calle'. (2005: 53).

Del mismo modo, el acto de “callejear” colabora a esta conceptualización, ya que se entiende como otra forma de habitar y socializar en la calle que no implica necesariamente la pernoctada (Gentile, 2007) y posibilita comprender la problemática de forma más amplia. Por todo lo dicho, Valeria Llobet (2010) sostiene la importancia de entender que la deambulación por parte de niños, niñas y adolescentes en la calle no puede entenderse de manera homogénea, sino desde las particularidades de sus trayectorias.

Existe, a su vez, un conjunto de producción teórica que se centra en la relación de las y los niños con experiencia de vida en calle con el trabajo. El mismo se puede ver desde dos perspectivas que bien sintetiza Cappannini (2014) en “Apuntes para pensar a los niños y niñas en el mundo del trabajo”, quien toma a Rausky (2009) para plantear este debate en torno a las miradas “proteccionistas vs abolicionistas”. Entre los estudios de perspectiva “abolicionista, el trabajo es concebido como factor que atenta contra los derechos de la infancia” (Ibid; 2014). Por su parte, el enfoque “proteccionista” del trabajo infantil lo entiende como derecho, en el que son las condiciones de trabajo las que deben regularse. En este aporte se incluyen documentos y publicaciones del Movimiento de Niños, Niñas y Adolescentes Trabajadores (NATs, Perú) y de la ONG Save the Children (Liebel, 1997, 2003) que integra la mirada de las y los niños. Esta serie de estudios se encuadran en los debates sobre la inclusión y exclusión social, y la pobreza infantil, que se dan en Argentina ya desde la década de 1990 y continúan en la de 2000, en el contexto de la crisis socioeconómica que se desata como consecuencia de las políticas neoliberales (Llobet, 2011). Las dos perspectivas mencionadas coinciden en señalar la persistencia de la invisibilización y negación del trabajo infantil, “con su consecuente subregistro, hecho que dificulta además la posibilidad de un diagnóstico para la formulación de políticas de erradicación” (Macri et al, 2005).

Finalmente, es preciso dar cuenta de aquellas perspectivas que se centran en la mirada de los niños y niñas como sujetos partícipes de la vida social y, por ende, inherentemente políticos (Batallán y Campanini, 2008; Szulc et al, 2009; Scarfó, 2010; Shabel 2016), que discuten con las visiones que los excluyen de este campo. De esta manera, a partir de la reconstrucción etnográfica en un amplio

espectro de espacios (escuelas, programas estatales, movimientos sociales, iglesias, ONG's y espacios parlamentarios), se permite conceptualizar el protagonismo de niños, niñas y adolescentes como una forma de pensar su relación con la sociedad y romper con las miradas que las y los sitúan por fuera de la misma. Este trabajo, entonces, pretende hacer un aporte desde la perspectiva de las y los niños y niñas como protagonistas a los estudios sobre niñez desde la cual se puedan habilitar nuevas preguntas sobre las experiencias de las y los niños que transitan la calle en relación a sus modos de circulación, negociación y producción de la vida que allí generan, desde una perspectiva que contemple la diversidad, la desigualdad y la alteridad en el contexto local a partir de la reflexión etnográfica.

4. Reflexión metodológica

Nos apoyamos en el trabajo etnográfico para llevar a cabo la pregunta de investigación que permite indagar en la vida cotidiana del centro de Morón y los sujetos que allí habitan. La etnografía como método se origina en el positivismo, en pleno contexto de procesos de colonización donde surge como un tipo de investigación que buscaba comprender el punto de vista del nativo, figura materializada en los llamados "otros" como diferentes del sujeto/investigador. Sin embargo, la pertinencia del método etnográfico radica, según Mariza Peirano (1995), en el diálogo como modelo teórico entre las teorías nativas y la del etnógrafo/a, planteando que la tensión de la relación entre lo universal/teórico y lo particular/etnográfico va a estar mediada por los datos etnográficos. Este diálogo no es mera descripción en el sentido de traducción, sino que se trata de una descripción interpretativa, un análisis reflexivo que el antropólogo/a realiza acerca de las teorías nativas. La autora reivindica el carácter siempre abierto, fecundo, de la práctica etnográfica, donde los datos etnográficos son objeto de reanálisis, de nuevas preguntas o de nuevos datos que reformulan el planteo de la etnografía.

En este sentido, E. Rockwell (1980) plantea que sólo se hace etnografía si un mismo investigador/a integra tanto la experiencia de campo como la redacción del texto etnográfico. El aporte de las y los sujetos es el que nos permite no solo discutir con las teorías, sino también transformar la mirada; de manera que la etnografía es el mejor camino para ello. La antropología, como disciplina, se propone "llegar a captar la perspectiva de los propios actores sociales"

(Colangelo, 2003), por lo que se trata de una propuesta político, teórica y metodológica imprescindible para la recuperación de las voces y miradas de los niños y niñas sobre su cotidiano. Desde este enfoque, a su vez, se posibilita el estudio de manera integral de los procesos sociales para articular los diferentes niveles de análisis -el cotidiano y el estructural- que no son autónomos sino que están relacionados entre sí (E. Achilli, 2013). La vida cotidiana es entendida, en este sentido, como el momento de reapropiación de la existencia por parte de los sujetos (E. Rockwell, 2011). Desde esta perspectiva, es posible comprender el proceso particular y las trayectorias de las personas junto con el proceso más amplio de las políticas de intervención estatal. En palabras de Fernandez Álvarez, Gaztañaga y Quirós, descubrir “la relevancia de lo aparentemente irrelevante” (2019: 259) .

La reconstrucción y análisis de las prácticas y relaciones que establecen los niños, niñas y adolescentes con experiencia de vida en calle se realizó en esta Tesis mediante el enfoque etnográfico, como “método y enfoque” (Domínguez Mon, 2003) con el objetivo de documentar la “lógica interna de las prácticas” (Batallán, 2007) en el campo, donde los sujetos sociales despliegan múltiples relaciones, conflictos y disputas (Rockwell, 1980). En ese marco, desde la perspectiva etnográfica:

“se persigue conocer los significados, perspectivas y definiciones, con los que los sujetos interpretan, clasifican y experimentan su mundo (...) lo que implica un trabajo reflexivo del investigador frente a su información, como la que pone en tensión sus hipótesis y modifica progresivamente los prejuicios provenientes de su ignorancia acerca de los códigos interpretativos del sujeto” (Batallán y García 1992: 86). Al respecto comparto uno de los primeros intercambios que tuvimos con Manuel:

- *¿Entonces vos vas a estar viniendo a escribir sobre nosotros?*

- *Claro, la idea es contar la historia de los pibes y las pibas de Morón pero desde lo que ustedes mismos piensan. ¿Viste que vos siempre decís que todo el mundo habla de ustedes, pero que dicen cosas que nada que ver con lo que son?*

- *Si, cualquiera siempre dicen. Dicen lo que les conviene. Entonces te tenemos que cantar la posta a vos.*

(R. 2: 17/4. Manuel 19 años)

Nos proponemos, entonces, dar cuenta de las prácticas cotidianas de niños, niñas y adolescentes que transitan el espacio urbano de Morón desde sus propias experiencias y relatos. De forma tal que mediante la etnografía se propicia un diálogo entre las teorías académicas con las que las y los investigadores motorizamos nuestras reflexiones junto a las perspectivas y miradas locales que permiten una construcción de conocimientos, una “inmersión” en aquello que los sujetos experimentan como significativo sobre su propia práctica (Rockwell, 1980). El enfoque etnográfico posibilita atender al modo en que cada sociedad construye esta etapa del ciclo vital; “problematizar la niñez” restituyendo su carácter histórico, contingente y heterogéneo (Szulc, 2004). Esta es una de las características centrales de la etnografía como enfoque, ya que permite abrir aquellos conceptos consensuados como universales y naturales a la diversidad de la experiencia humana (Guber, 2001), y reintroduce el sentido que ella tiene para los sujetos (Szulc et al, 2009). Desde esta perspectiva teórico-metodológica, consideramos a los niños y niñas:

como agentes sociales que participan y otorgan sentidos a los procesos sociales que los involucran, y su análisis es válido y necesario para la investigación social. En consecuencia, se evidencia la importancia de considerar las distintas miradas y voces infantiles sobre los procesos de los que éstos forman parte.

(García Palacios; Hecht, 2009: 164)

A partir del trabajo de campo, y mediante el abordaje desde la subjetividad como punto de partida, las experiencias diversas de los sujetos resquebrajan los conceptos universales. La etnografía como método abre la posibilidad de generar una práctica de escucha atenta del “otro/a” (Guber, 2001). En este sentido, la etnografía permite dar a los niños, niñas y adolescentes una voz directa y mayor participación en la producción de conocimiento siendo “interlocutores válidos para la investigación” (Szulc et al, 2009). Desde esa perspectiva, se considera a los niños, niñas y adolescentes como sujetos sociales, “activos partícipes” (Shabel, 2016), ya que no sólo construyen sentidos y estrategias respecto de los procesos sociales que transitan -sentidos que son de interés para la investigación social (Batallán y Campanini, 2008; Hecht y García Palacios, 2009)-, sino que también

producen conocimiento (García Palacios, 2015; Szulc, 2017; Shabel, 2019) de forma tal que una etnografía enfocada desde sus aportes contribuye a la complejización del estudio de los procesos históricos y sociales. La práctica etnográfica con niños y niñas no se diferencia sustantivamente de la realizada con adultos/as, ya que si bien se encuentran otras formas de respuestas desde la niñez, la metodología etnográfica ha de ser levemente adaptada pero no sustituida en su totalidad (Pires, 2007, Szulc 2008).

Para concluir la propuesta metodológica presentada, se recurre a la síntesis realizada por Iván Rodríguez (2007), donde surge que los estudios de las ciencias sociales en torno a las infancias en la actualidad deberían exigir:

- Se propugna que los niños sean objeto de estudio *per se*;
- que constituyan, además, las unidades de observación;
- que puedan hablar con su propia voz sobre sus experiencias;
- que se contemple la infancia como parte de una estructura social dada;
- que se estudie a los menores de edad desde una dimensión presente y no sólo en tanto futuros adultos;
- que se contemple la infancia desde una perspectiva intergeneracional;
- que se caracterice la infancia como construcción social o componente estructural y cultural de las sociedades (sin negarle al tiempo su carácter biológico y natural);
- que se reconozca la relación existente entre la infancia y otras categorías sociológicas, como el género y las clases sociales;
- que se considere a los niños como sujetos activos en la construcción de la vida social;
- que se considere la idoneidad del método etnográfico para el estudio de la misma;
- que se parta de una “doble hermenéutica” que vincule a este nuevo paradigma con la tarea de reconstrucción de la infancia en sociedades modernas.

(Rodríguez, 2007:10).

El trabajo de campo en que se basa esta Tesis se realizó en el centro urbano del Municipio de Morón, en el oeste del conurbano bonaerense, compartiendo la dinámica cotidiana de circulación por el territorio llevada a cabo por pibes y pibas de 8 a 21 años aproximadamente, entre los meses de marzo y noviembre del año

2019. Se trata de un grupo fluctuante que varía en su permanencia según la época del año, con quienes he mantenido contacto y vínculo cercano desde hace más de 6 años, tanto con ellos/as como con sus familias, por una experiencia de trabajo previo como operadora de calle de un programa de organización social en convenio con el gobierno provincial. La mayoría de las y los niños, adolescentes y sus familias, que circulan por el centro urbano de Morón, provienen de las distintas barriadas populares tanto del Municipio de Morón como de municipios aledaños como La Matanza, Moreno y Merlo. Por la cantidad de medios de transportes que confluyen en el centro de Morón y por la variedad de comercios y circulación de personas, históricamente se ha tratado de un territorio habitado por distintas familias provenientes de barriadas populares que emplean diversas estrategias y modos para producir la vida. Tal como en todos los centros urbanos, entre las personas que circulan se encuentran aquellas que realizan tareas de subsistencia, entendidas por los mismos hacedores como “*de rescate*”⁸, en virtud de la potencialidad económica del espacio céntrico. En el caso particular de la zona de Morón y también en Castelar, Haedo y Ramos Mejía (localidades aledañas), gran parte de quienes realizan estas tareas son niños, niñas y adolescentes. En su mayoría provienen de barrios cercanos a estaciones de trenes de ambos ramales, que en gran parte vuelven a sus hogares luego de realizar las tareas de subsistencia, aunque otros/as, por diferentes circunstancias, terminan habitando en las “ranchadas”⁹ de los grandes centros urbanos como Morón, Ramos Mejía, Liniers, Once, etc. Sobre ese cotidiano de circulación durante los últimos años se crearon diferentes dispositivos y propuestas tanto estatales como comunitarias y religiosas que generan distintas respuestas y propuestas ante las problemáticas económicas, sociales, laborales y/o habitacionales que cada familia atraviesa. Las y los niños, niñas y adolescentes alternan entre las distintas propuestas y generan un circuito jerarquizado según lo que les resulta más conveniente en diferentes momentos.

En este contexto, realicé un trabajo de campo sistemático con instancias de observación-participante de las prácticas cotidianas de sus protagonistas,

⁸ En términos de las y los operadores de calle de los distintos dispositivos se entienden a los “circuitos de rescate” como aquellos recorridos que las familias y muchas veces los niños, niñas y adolescentes realizan en los espacios públicos. Están formados por comercios, casas de familias, centros sociales o de beneficencia. Los mismos cuentan con un esquema de organización de días y horarios establecidos que hacen a una lógica más general respetada por quienes realizan trabajos similares.

⁹ La ranchada, más allá del origen popular y gauchesco, es un término que últimamente remite a significados carcelarios, utilizado para diferenciar los grupos hacia su interior y los usos de espacios correspondientes. En este caso los niños, niñas o jóvenes lo resignifican para el ámbito callejero. Esta comparación revela parte del imaginario con respecto a estos espacios.

prestando particular atención a aquellas que suceden en los momentos de intervención de algún dispositivo, como suelen ser las instancias de entrega de alimentos llevadas a cabo tanto por los “operativos” municipales como aquellas propiciadas por espacios civiles y eclesiales. A su vez, se prestó especial atención a las distintas trayectorias de vida (educación, historia familiar, barrio, trabajo, contexto) a través de diálogos y entrevistas informales. Se realizaron recorridas con los pibes y pibas por el territorio para conocer su interacción con el mundo adulto, los espacios de encuentro y las instancias de soledad, los momentos de dispersión, la señalización de lugares que consideran seguros e inseguros para su vida, su vinculación y circulación por dispositivos de entrega de bienes materiales, los procesos tanto de educación formal como informal. Por la confianza construida, algunas conversaciones fueron grabadas, pero por la dinámica cotidiana de la calle no fue posible en todas las instancias donde, con acuerdo previo de las y los entrevistados, se utilizaron cuadernos y/o un teléfono celular para anotar las distintas respuestas.

La duración del trabajo de campo fue de 8 meses, con una dinámica sostenida de participación de actividades y mantenimiento de diversos diálogos durante 3 horas por semana aproximadamente. Como se explicó anteriormente, la gran mayoría de pibes y pibas con los que se abordó esta investigación me conocían previamente al igual que sus familias por mi participación en uno de los dispositivos de intervención en calle. Sin embargo, al comenzar el año 2019 comuniqué mi partida de dicho espacio y les propuse la construcción de mi tesis de licenciatura como un proceso colectivo donde se pudiera dar cuenta de todas las miradas y propuestas que durante años habíamos conversado. En ese sentido, este proyecto de investigación se propuso como una instancia de visibilización de sus experiencias y miradas sobre los distintos dispositivos con la claridad de que no serían juzgados por su sinceridad al plantear disconformidades o críticas hacia los espacios con los que me vinculaba previamente. Si bien con el cambio del tipo de vínculo se podía inferir la posibilidad de la pérdida del contacto o de la cercanía previa, más aún en un cotidiano tan complejo y con afectos e historias todavía vigentes entre nosotros/as, gran parte de las y los entrevistados accedieron a las preguntas con la seguridad de que su mirada sería respetada. De esta forma, se realizó una serie de diálogos e intercambios cercanos mientras repetíamos la dinámica de las callejeadas que nos permitieron conocernos. Tanto mi experiencia previa como los vínculos afectivos existentes posibilitaron mi desplazamiento por

el territorio sin las tensiones laborales, pero con el mismo compromiso, ahora de investigación, de visibilizar a las infancias como sujetos protagónicos y, por ende, políticos. La conceptualización de la niñez desde una perspectiva de agencia social infantil (Szulc, 2004) “reconoce la capacidad de acción y reflexión de los niños sobre su realidad, no implica negar las condiciones sociales, económicas y políticas estructurales que de diversos modos los limitan” (Szulc et al, 2009). Sin embargo, vale aclarar que el señalamiento de dichos condicionamientos no debe tornar a los niños objetos pasivos, “meros portadores de estructuras” (Szulc 2004:14).

En ese sentido, del mismo modo que Szulc et al (2009), sostengo que mi participación y trabajo como investigadora no es neutral y que se inscribe en dicha corriente de pensamiento:

Su presencia [de la investigadora] no es mera interferencia sino requisito para la producción etnográfica, en tanto no es esporádica, implica un vínculo con aquellos que forman parte del espacio a observar. Por ello, el trabajo etnográfico nos conduce a ingresar al juego de la dinámica social que se estudia.(Ibid: 4)

Por ese motivo, esta tesis asume las implicancias éticas propias de la perspectiva y conceptualización de la niñez compartida. En ese sentido, se sostiene la importancia del resguardo de la confidencialidad de los niños, niñas y adolescentes durante el proceso de investigación y su posterior difusión, “teniendo en cuenta, por ejemplo, que transmitir a otros -oral e informalmente- determinada información brindada por una persona puede causarle tanto o más perjuicio que su difusión masiva” (Szulc 2007: 59). Del mismo modo, se consideran los señalamientos metodológicos realizados por Phillippe Bourgois (2010) en su trabajo “En busca del respeto”, donde propone no reproducir ni sucumbir “a una pornografía de la violencia” que sólo pueda servir para reforzar los estereotipos sociales construidos en torno a la población del East Harlem de New York, EE. UU., donde trabajó. A su vez, el autor señaló que omitir o minimizar la situación lo convertiría en cómplice de la opresión de forma que sostuvo la importancia de que el investigador/a realice de manera sistemática un ejercicio de reflexividad tanto de su condición de investigador/a como de su posición racial y de clase.

Finalmente, cabe aclarar que los intercambios y diálogos para este trabajo fueron realizados en un marco de común acuerdo y consentimiento para su

investigación. Dicho esto, sostengo desde mi experiencia como investigadora -que es personal como así también colectiva- que la generación de procesos de diálogo e intercambios en un marco de igualdad y respeto, a la vez que de compromiso político con la práctica, son imprescindibles para la producción genuina de conocimientos. Así, el trabajo aquí presentado es entendido desde una perspectiva de “compromiso dual” (Fernández Álvarez; Careño, 2012: 6) tanto con la producción teórica como con las personas y/u organizaciones sobre/con las que trabajamos:

“Esta perspectiva supone la afirmación de un posicionamiento político explícito con quienes hacemos etnografía, admitiendo desde allí un diálogo conjunto que recorre las diferentes fases del proceso de investigación” (Ibid.). El compromiso con la práctica como la incorporación real y activa de las y los actores sociales como protagonistas en la producción teórica nos ayuda a pensar las posibilidades y estrategias frente a situaciones de desigualdad, produciendo “conocimiento emancipatorio” (Hale, 2006:102).

5. “Esto no es cualquier lugar. Esto es Morón - Morón”¹⁰

La localidad de Morón se conoce por tener uno de los centros urbanos más grandes del conurbano oeste. Su historia se remonta a los inicios de la fundación de Buenos Aires como poblado rural. Fue con la llegada del ferrocarril, hacia fines del siglo XIX, que comenzó a desarrollarse una fuerte producción industrial. Sin embargo, recién a partir de los años ´40 la ciudad de Morón fue poblada y urbanizada de forma masiva. Su concentración poblacional, ubicación geográfica, conectividad con otras ciudades, su importante polo comercial e industrial son algunas de las características que la convierten en una de las principales ciudades del conurbano bonaerense.

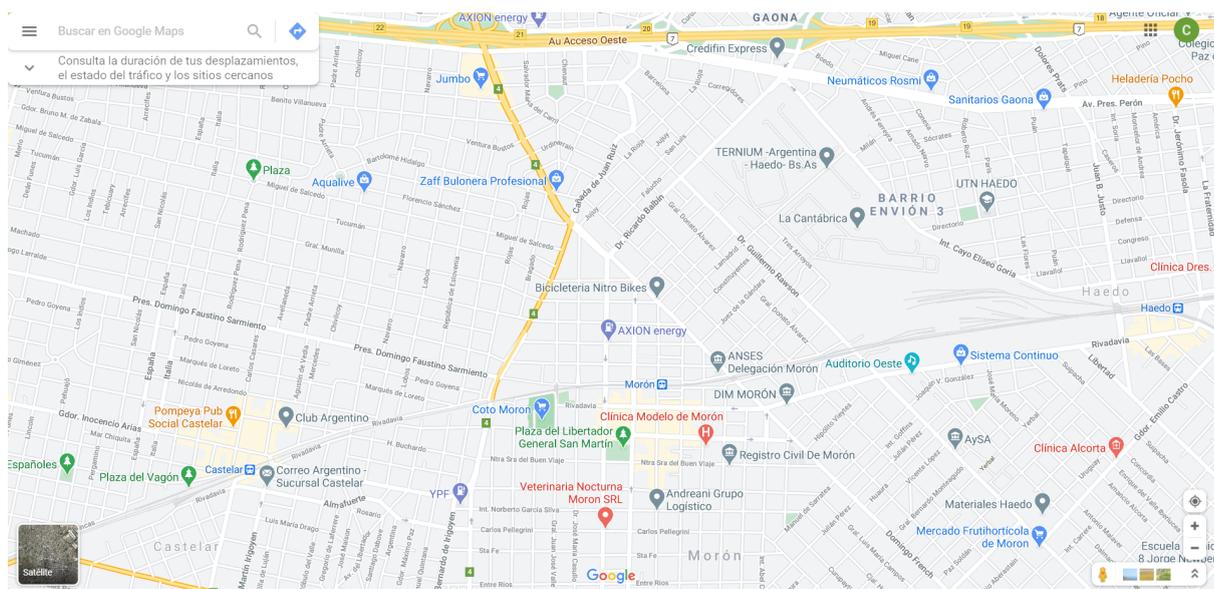
¹⁰ El Partido de Morón se divide en cinco localidades. Vulgarmente sus habitantes se refieren a cada localidad por su nombre seguido del nombre del partido como por ejemplo: El Palomar - Morón; Haedo - Morón; Castelar - Morón. De forma que para referirse al territorio que integra el centro urbano del partido lo llaman “Morón - Morón”. Este concepto es apropiado por las y los pibes en calle que, en su mayoría, provienen de otros partidos.



Verde: Morón

Naranja: Municipios limítrofes

Si bien el partido de Morón integra diferentes localidades (Castelar, Haedo, Morón, El Palomar, Villa Sarmiento), su centro urbano tan sólo cuenta con 12 kilómetros cuadrados y 122 mil habitantes; es decir, aproximadamente 10 mil personas por kilómetro cuadrado (una manzana). Cabe destacar que la localidad cuenta con una población que en gran parte se encuentra por sobre la línea de la pobreza y con la mayoría de sus necesidades básicas materiales cubiertas, como evidenció el último Censo Nacional de población, hogares y viviendas en cuanto a áreas como salud, educación y medio ambiente (censo 2010). Por su ubicación estratégica, tanto por ser punto de encuentro entre los ramales del tren Sarmiento y Metropolitano como por su cercanía a la Ciudad de Buenos Aires y a centros del conurbano como Ramos Mejía, se ha convertido en un lugar de mucha circulación, como se expuso anteriormente.



Centro urbano de Morón y zonas aledañas

Como uno de los centros urbanos más importantes de la zona oeste del conurbano bonaerense, Morón, cuenta con una larga historia de personas con experiencia en la calle. Sin embargo, no es una población fácil de medir e historizar. Según los registros encontrados en el Programa por Chicos con Menos Calle de Morón y posteriormente por las planillas de sistematización de El Transformador, se puede asegurar que existe una presencia constante de pibes y pibas en la calle. Se trata de una población que cuenta con historias previas a su permanencia, que construye referencias y tiene un funcionamiento interno; es decir, que genera dinámicas de organización que se sostienen en el tiempo. Entonces, si bien es difícil sistematizar su historia en el territorio por falta de censos y registros formales, sus relatos colectivos dan cuenta de un proceso sostenido en el tiempo por al menos 20 años. Si bien la dinámica de organización de la población en calle nos habla de una historia y un esquema generalizable, cada experiencia de vida en la calle, como hemos afirmado, es singular. Entre las trayectorias abordadas para esta investigación, encontramos personas o grupos que:

- Permanecen por un tiempo prolongado en la calle y la eligen ante la posibilidad de respuestas habitacionales alternativas¹¹.

¹¹ Hoteles, paradores, albergues, operativos, casas de familiares o conocidos/as.

- Viven en la calle por problemas socioeconómicos / habitacionales aunque no eligen su permanencia y se proponen estrategias varias para evitarla.
- Fueron expulsados de sus casas y/o barrios por conflictos de salud mental, violencias intrafamiliares, consumo problemático, conflicto narco, etc., y la calle es su última opción.
- Alternan de forma sistemática la permanencia en la calle con casas propias o de personas cercanas.
- Habitan la calle de manera excepcional y/o temporal por situaciones de violencias que pueden ser intrafamiliar, laborales, socioeconómicas, de consumo problemático, entre otras.
- Sostienen circuitos y dinámicas callejeras diurnas pero regresan a lugares para pernoctar, ya sean casas propias o de personas cercanas como así también hoteles, hogares, paradores, albergues, etc.

Con este escenario amplio y diverso, las fluctuaciones de las personas con experiencia de vida en la calle son constantes y se pueden relacionar con la época del año, clima, fechas festivas, instancias de encuentros colectivos, actividades sociales y/o religiosas, contextos laborales y/o económicos. Entonces, si bien es posible asegurar que en el centro urbano de Morón se encuentre una población que habita la calle, su flujo varía según sus propias particularidades. En el trabajo de campo, durante los primeros meses de 2019, se relevaron al menos tres *ranchadas* compuestas por tres de las familias más conocidas por las personas y dispositivos de niñez que circulan la calle¹². Dos de estas familias tienen una dinámica de alternancia desde hace años, que articula períodos de permanencia en el centro urbano de Morón con otros de residencia en viviendas propias o alquiladas. La tercera familia, si bien cuenta con una casa propia en una barriada popular alejada de los centros urbanos, permanece en la calle de Morón hace al menos 15 años según sus propios relatos y los registros de los distintos dispositivos de intervención¹³. Cada grupo familiar, a su vez, recibe a otras personas (en su mayoría menores de edad o jóvenes) que también alternan la vida en la calle. Estos tres grupos constituyen la base de la población en calle conocida en Morón por los dispositivos, y por cada uno de ellos circulan aproximadamente entre 5 y 10 personas de las cuales la mayoría son menores de 23 años. En los momentos de

¹² Si bien existen otras *ranchadas* en el territorio, las mismas se componen mayormente por adultos y no hacen al objetivo de esta investigación.

¹³ Programa Por Chicos con Menos Calle; Cable a Tierra; El Transformador; Red de Organizaciones en Calle.

mayor auge se llega a una población de 30 personas que permanecen en la calle con un fuerte componente etario que ronda entre los 13 y los 23 años. Si bien durante los ocho meses de trabajo de campo trabajé con otros grupos y diferentes personas que circulan la calle, los tres grupos mencionados habilitaron la profundización en las preguntas debido a la confianza y conocimiento previo con que contaba.

Cada grupo familiar o persona -que tanto puede circular como permanecer de manera temporal o indefinida en las calles de Morón- cuenta con su propia historia de intervenciones por parte de los distintos dispositivos que trabajan con esta población. En el caso del Municipio de Morón, estas tareas son llevadas a cabo principalmente por la Dirección de Acción Social. Específicamente en lo que corresponde a las intervenciones sobre la niñez y adolescencia existen, también, dispositivos que intervienen sobre el grupo familiar desde la Dirección de Políticas de Niñez y Juventud. En particular, esta acción fue llevada a cabo tanto por la Casa de la Juventud como por el Programa de “Chicos por Menos Calle”, que luego fue reemplazado por el Equipo de Operadores de Calle en 2016. Esta relación, como su dinámica, es cambiante y en muchos casos tanto organizaciones sociales como comedores e iglesias intervienen como terceros en la construcción de una estrategia más amplia cuando desde los dispositivos municipales se tensiona la relación o se inhabilita el diálogo. De esta manera, las intervenciones llevadas a cabo como respuestas de acompañamiento frente a la problemática también son diversas, fluctuantes e intermitentes. Estas respuestas pueden dividirse en tres grupos por los cuales cada niño, niña o adolescente alterna con distintas estrategias al respecto. Presentamos a continuación el escenario en el que se desplaza la población con experiencia en calle y, en particular, sus niños, niñas y adolescentes. Cabe destacar que existe un mecanismo de organización y circulación entre los distintos dispositivos y que entre ellos se construyen diversos objetivos. Por un lado, nos encontramos con las acciones de intervención, que responden a la gestión pública y gubernamental. Por otro lado, aquellas propuestas de acompañamiento realizadas por organizaciones sociales y/o comunitarias; acciones llevadas a cabo por ONG’s, entidades religiosas y grupos autoconvocados de la sociedad civil.

En lo que respecta a la implementación de políticas públicas, el municipio de Morón cuenta con una memoria reciente de dispositivos que desde la propia gestión se presentaron con un foco puesto en la niñez y la acción social durante los 10 años del gobierno municipal de Martín Sabbatella entre los años 1999 y 2009, y los 6 años del gobierno de Lucas Ghi entre 2009 y 2015, 16 años de una gestión sostenida y unificada en el gobierno municipal. De esta iniciativa política se destaca la creación del dispositivo Por Chicos con Menos Calle y la Casa de la Juventud, espacios frecuentados por diversos niños, niñas y adolescentes junto a sus familias. Su gestión en términos de políticas de niñez fue reconocida tanto por organizaciones sociales y religiosas como por parte de las y los mismos usuarios/as. En ese marco, se realizaron propuestas unificadas entre los distintos actores a partir de la articulación mediante el Consejo Local por los Derechos de los Niños, Niñas y Adolescentes¹⁴ de Morón con participación de organizaciones sociales, trabajadores y trabajadoras estatales, representantes de la política pública del municipio y referentes religiosos y también con la realización de mesas de trabajo bilateral entre las distintas entidades. De estas articulaciones se desprendieron estrategias integrales de intervención: inicialmente, el “Operativo frío”, un espacio nocturno que funcionaba durante el invierno para personas en situación de calle, que al principio no distinguía los espacios y/o habitaciones para niños y niñas de las personas adultas; y posteriormente una “Casa de noche” destinada a una población de niños, niñas y adolescentes que no poseían los lazos sociales o espacios institucionales nocturnos, y que funcionó como complemento

¹⁴ El Consejo Local de Niñez tiene el objetivo de coordinar las políticas de promoción y protección de los Derechos de niños, niñas y adolescentes en el marco de la Ley Provincial 13.298. En Morón la Dirección de Niñez y Adolescencia convoca y coordina el Consejo Local de Protección de Derechos del Municipio. El objetivo central de esta entidad es el de elaborar acciones de manera conjunta con diversas áreas oficiales y organizaciones de la sociedad civil, en forma de políticas públicas destinadas a promover y proteger los derechos de los niños/as. Participan alrededor de veinte entidades, en su mayoría organizaciones intermedias. En agosto de 2009 fue organizada la Primera Jornada de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, bajo responsabilidad del Consejo. Algunas de las temáticas desarrolladas fueron maltrato y abuso infantil; sexualidad; discriminación; inclusión social; y criminalización de niños. Distintas acciones del Municipio realizadas durante esta gestión fueron las siguientes: - Capacitaciones y talleres con todos los Equipos de Orientación Escolar de las escuelas públicas en materia de derechos del niño, Ley 13.298 y responsabilidad de los establecimientos educativos en el marco de la nueva norma. - Reuniones con todos los inspectores de escuelas públicas de todos los niveles educativos. - Reuniones con los actores relevantes pertenecientes a Tribunales de Familia, Defensoría Civil Judicial y Defensoría Civil prejudicial. - Encuentros con el Colegio de Abogados de la Provincia de Buenos Aires, a fin de determinar competencias para que sean ellos quienes tomen los casos de tenencia, alimentos y régimen de visitas. - Encuentros con la Comisaría de la Mujer, con el objetivo de lograr acuerdos que delimiten las responsabilidades y el accionar de cada una de las instituciones involucradas. El sentido fue remover obstáculos relacionados con la toma de denuncias por hechos de maltrato y abuso, sobre todo en casos de que sean los propios niños/as y/o adolescentes quienes las realizan. También se buscó identificar qué causas tienen que derivar a los Tribunales de Familia y cuáles al Servicio Local. Todo esto fue acompañado con la difusión de distintos materiales, como por ejemplo la Convención Nacional de los Derechos de los Niños; un resumen de la ley provincial 13.298; trabajos dedicados exclusivamente al maltrato infantil, con definición, indicadores y un protocolo de intervención por parte de las escuelas; y un cuadernillo en el que se aborda específicamente el tema de la participación. (<http://www.nuevoencuentro.org.ar/advf/documentos/500dbf627a611.pdf>)

a los trabajos diurnos implementados en diversos centros de día tanto comunitarios como estatales. A su vez, los distintos dispositivos estatales municipales generaron diversas instancias de construcción conjunta con las instituciones escolares y comunitarias que los niños y niñas frecuentaban, con el objetivo de unificar las estrategias de intervención sobre cada persona.

Durante el gobierno saliente de Ramiro Tagliaferro (2015-2019) el único dispositivo de intervención con población en situación de calle que se mantuvo fue un nuevo “Operativo Frío”, que intervino dos días a la semana, siempre y cuando hiciera menos de 12 grados de temperatura, distribuyendo alimentos calientes por las noches como así también abrigo y ropa de manera esporádica. En este mismo periodo, desde el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, conducido por María Eugenia Vidal, el Organismo Provincial de Niñez y Adolescencia implementó un programa piloto de Operadores/as en Calle que generó un convenio con el Municipio de Morón en el año 2016 para su implementación. En ese marco, el dispositivo Por Chicos con Menos Calle fue disuelto, a la vez que las y los trabajadores conocidos/as hasta el momento por las familias fueron despedidos/as, con lo cual quedaron también desactivadas las articulaciones y estrategias de intervención entre los distintos dispositivos.

Por su parte, las organizaciones y espacios comunitarios de Morón también tienen su historia en la intervención y acompañamiento de niños, niñas y adolescentes con experiencia de vida en calle. Esta historia se remonta a la crisis del 2001 donde distintos colectivos y organizaciones implementaron proyectos de intervención y acompañamiento a niños y niñas que circulaban por dicho territorio. En este sentido, se destacan organizaciones como el Equipo de Niñez de El Transformador, ubicado en Haedo, y Cable a Tierra de Morón, que dieron cuenta en sus proyectos institucionales de la particularidad del territorio moronense, en el que circula un número importante de familias en situación de calle. Desde el año 2008, estos proyectos se encuentran conveniados con el Organismo Provincial de Niñez y Adolescencia, y trabajan con más de treinta niños, niñas y adolescentes con experiencia de vida en calle en el Municipio de Morón. Estos convenios que articulan el trabajo de organizaciones sociales, así como también de entidades municipales con el Organismo Provincial de Niñez y Adolescencia de Buenos Aires, se enmarcan en el Programa de Fortalecimiento Comunitario para la Inclusión de Niños, Niñas y Adolescentes de la Ley Provincial de Promoción y Protección de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes nro

13.298 ya mencionada. El Organismo, como ente ejecutor de la Ley Provincial, otorga un máximo de treinta becas económicas por proyecto a cada entidad y es la encargada de monitorear esas becas.

La tarea de los equipos de niñez implica, en principio, la realización de las “callejeadas”¹⁵ desde las cuales, a través del diagnóstico y el trabajo en territorio, se acompaña en materia de derechos a niños, niñas y adolescentes que frecuentan la calle. Tras más de 15 años de trabajo sobre la problemática se ha ido construyendo un sólido conocimiento del territorio así como de la metodología de abordaje, por lo que se definen como un dispositivo de prestación fija. En este sentido, el equipo de Niñez de El Transformador ha sabido construir una red de trabajo que articula con otras organizaciones, con el Estado en sus diferentes niveles y con la comunidad, para visibilizar la red de organizaciones e incidir en una mejora en la calidad de vida de los niños, niñas y adolescentes con experiencia de vida en calle. Entre estas organizaciones, es pertinente también destacar a la Red de Operadores en Calle, que en sus objetivos principales buscaba facilitar las vías institucionales en salud, consumo problemático, documentación, educación como así también realizar capacitaciones específicas para sus integrantes hasta el año 2018. Es en la callejeada donde se da la primera vinculación con el niño, niña y adolescente o sus familias al compartir el espacio. Se trata de una forma de intervención directa desde la cual se propicia el encuentro e intercambio para, de esta forma, ir construyendo un vínculo, establecer normas e involucrarnos en las historias de vida. A su vez, en las recorridas se realiza un monitoreo del territorio, se articula con diferentes actores que inciden de forma positiva o negativa en la cotidianeidad del niño/a y adolescente, y se reconstruye, así, el “circuito de rescate”. Una vez contruidos los vínculos entre la organización y las familias, éstas plantean a las y los operadores/as sus pedidos o consultas durante las callejeadas o bien se acercan a sus respectivas sedes en Haedo o en Morón, donde funcionan sus centros de actividades diurnas. A veces las relaciones entre organizaciones y familias se tensionan cuando no se logran construir acuerdos en las estrategias planteadas o cuando no se aceptan las propuestas realizadas por el equipo de niñez, lo cual genera el cierre en los acompañamientos propuestos.

Por último, existe un tercer grupo que se ha diversificado considerablemente durante los últimos cinco años. Se trata de ONG religiosas, políticas y/o civiles que realizan tareas de asistencia inmediata de alimentación,

¹⁵ Conocidos como aquellas recorridas realizadas por las y los operadores de calle en el territorio de intervención donde se trabaja el vínculo con las personas que en él habitan.

abrigo, vestimenta, higiene, etc., durante los siete días de la semana en el espacio que habita y circula gran parte de los niños, niñas y adolescentes con experiencia de vida en calle en Morón, reuniendo en cada actividad un total aproximado de cien personas en situación de calle de las cuales un tercio de esa totalidad es menor de edad. Similares a las iglesias y ONG's antes mencionadas. Cada grupo conserva un día y horario de entrega como así también se despliega en un lugar específico de la ciudad. Estos lugares y horarios son conocidos por la población en calle que circula entre los mismos. La mayoría de sus beneficiarios/as genera esquemas de circulación individual o familiar por los mismos para obtener los recursos de manera más organizada.

Como vimos, cada uno de estos dispositivos se despliega de manera particular en el espacio social. Tanto las actividades y propuestas realizadas por dichos dispositivos como las distintas alternativas de supervivencia que se encuentran en el centro urbano de Morón propician la creación de ciertas dinámicas de circulación callejera que abordaremos a continuación.

6. Capitanes de la vereda

*Eran, en verdad, los dueños de la ciudad,
los que la conocían en su totalidad,
los que la amaban en toda su extensión,
sus poetas.*

Jorge Amado, Capitanes de la arena (1937)

Una pila de colchones deshilachados se visualiza desde la esquina con el objetivo de marcar territorio. “Este es nuestro lugar, nuestra casa”¹⁶, me dice Darío (17 años), recostado contra una vidriera abandonada. Su vereda no es cualquier vereda, y su elección es parte de un proceso colectivo e histórico. Esta ranchada se encuentra ubicada en la plaza de la Cultura, una de las últimas plazas creadas por el gobierno de Martín Sabatella en el centro urbano de Morón. La plaza funciona como patio extendido de las diferentes instituciones que la bordean: la

¹⁶ Registro nro. 3: 02/05/2019. Darío, 17 años

Universidad de Morón, la Escuela Municipal de Danza y el Centro de Formación Profesional. Se trata de un espacio rectangular que poco respeta la forma conocida como plaza, con gran parte del espacio cubierto de cemento y con algunos canteros amorfos que decoran su moderna forma. A su vez, está provista con asientos de material que simulan sillones de mueblerías, esos mismos que pueden verse en lugares como Recoleta y/o Palermo de la Ciudad de Buenos Aires. Durante el día este lugar no es más que un mero contenedor del paso efímero de sus transeúntes. Algunos días el Municipio de Morón realiza una feria de emprendedores/as que le devuelve el ritmo lento del paseo a las y los curiosos que detienen su andar. Por la tardecita, en ese horario en el que algunos/as terminan su jornada laboral y otros/as comienzan su momento de estudio y formación, la plaza empieza a ser habitada: estudiantes universitarios y terciarios, grupos de Free style¹⁷, empleados/as de una misma oficina, vecinos/as de los departamentos linderos que pasean sus perros, grupos que entregan alimentos y personas que se acercan a cenar, entre otros/as.

En ese mismo predio, un grupo se mantiene de una manera diferente. Una presencia cotidiana que avanza sobre el espacio como si se tratara de una conquista: son los verdaderos dueños de la plaza, conocen sus horarios y sus ritmos, saben en qué momento visibilizarse y avanzar, pero también cuándo disminuirse hasta quedar imperceptibles: son los capitanes de la vereda. Un grupo de no más de 10 personas integrado, mayoritariamente, por pibes que rondan entre los 15 y los 18 años. Si bien su permanencia en el centro urbano de Morón no comenzó en aquel lugar y todos/as provienen de experiencias previas de calle en distintos puntos de la ciudad, hace unos tres años, aproximadamente, eligieron ese lugar para mudar las diferentes ranchadas en un mismo espacio.

Pero, como decía, esta plaza es particular. Está bordeada por edificios y locales que, de alguna manera, cierran el espacio público e intentan hacerlo más contenedor. Contra una vidriera de un local abandonado, el grupo de pibes y algunas personas adultas, con quienes se vinculan mayoritariamente por lazos de parentesco, desplegaron sus bienes materiales al ras de un techito para cuidarlos de cualquier lluvia inesperada. A simple vista su lugar parece pasajero, momentáneo, una pila de colchones, ¿Cuánta vida puede conservar? Sin embargo, en su interior cada objeto tiene su orden: las frazadas se ubican arriba de la alta fila, por encima unos nylon transparentes combinados con bolsas de consorcio

¹⁷ Subgénero musical del rap que se realiza de manera improvisada

negras abiertas protegen los lugares del descanso; contra la vidriera abandonada se guardan algunas bolsas y cajas provistas con mercadería que corresponde a todo el grupo, ya sea alguna donación, alguna entrega del municipio o la puesta en común por parte de algún integrante. Las pertenencias personales se conservan de esa manera, cada uno/a guarda su ropa, pelota, cargador, artículos de higiene de diferentes maneras, ya sea teniéndolos siempre cerca en su mochila, contra el colchón que duerme, en algún lugar donde siente confianza (ciber¹⁸, casa de familia, dispositivos) o en algún rincón escondido en el espacio público (garitas de gas, techos de paradas de colectivos, huecos en los árboles, locales o casas abandonadas, etc.). La plaza se encuentra estratégicamente ubicada en el centro de todos los espacios por los que circulan los pibes y las pibas. A su vez, tres días a la semana funciona un comedor que se configura, por escasas horas, como si fuera la cocina a pasitos de cualquier habitación:

- *¿Me traés la comida a la cama? Estoy cansado.*

- *Bueh, ¿Qué soy, tu mamá?*

(R. 3: 02/05/2019. Diálogo entre Darío de 16 años y Camilo de 18)

Durante el día cada uno circula por el espacio de manera autónoma, ya sea trabajando, estudiando, *viciando*¹⁹, de *gira*²⁰, visitando a afectos o participando de alguna de las actividades propuestas por los diferentes dispositivos. Por la tardecita, al igual que todas las personas que se congregan en el mismo lugar, los pibes de la plaza de la Universidad (como ellos la llaman) se van encontrando en los mismos colchones de descanso nocturno. Cada persona que pasa, cada ruido, es identificado como cotidiano. Los celadores de la plaza conocen toda su mística y participan de manera protagónica en ella. Ya sea en los festejos de las personas que se reciben en la Universidad, en las competencias de freestyle o en las entregas de comidas, los pibes de la ranchada tienen “pase libre” por sentirse dueños del espacio social: “Y bueno, si no le gusta que nos metamos, que se vayan a su casa”²¹,

¹⁸ Local de alquiler temporario de computadoras con servicio de internet donde se suele jugar en red con otros usuarios/as

¹⁹ Término utilizado para referirse al consumo de tecnologías como juegos en red, chats, redes sociales

²⁰ Término utilizado por los pibes y pibas para hablar de los momentos en que se encuentran bajo el efecto de alguna sustancia psicoactiva

²¹ Registro nro. 3: 02/05/2019, Darío, 16 años

remata Darío luego de agarrar un pomo de un grupo ajeno y tirarle espuma a un recién recibido por la Universidad de Morón.

Capítulo 2

Los pibes y las pibas en el centro urbano de Morón: Habitar el espacio social

1. Introducción

“En qué te cambia saber geografía si sabés que toda tu vida vas a estar en el mismo lugar”

(R.5: 9/5/2019. Bruno, 17 años)

En este segundo capítulo nos adentramos en el espacio social que habitan las y los pibes: el centro urbano de Morón. Los recorridos, circuitos y dinámicas construidos en el cotidiano generan un entramado de relaciones y estrategias para producir la vida. Al habitar el espacio social, los pibes y las pibas no sólo satisfacen sus necesidades y deseos tanto materiales como afectivos, sino que también disputan los sentidos y representaciones sociales que existen sobre la ciudad como así también sobre ellos y ellas. Las maneras de habitar la calle son diversas, implican una serie de circuitos y dinámicas construidos a través de las diferentes generaciones que circulan el espacio urbano durante años. Según las experiencias y trayectorias tanto subjetivas como colectivas, cada pibe o piba organiza una dinámica capaz de ser estructurada y sostenida en el tiempo. A lo largo del capítulo, nos preguntamos por esas relaciones y circuitos que trazan un recorrido y se entrelazan con el espacio social haciéndolo habitable como así también se construyen pertenencias en él. En ese sentido, reconstruimos las dinámicas callejeras, sus formas de ser y hacer cotidiano en la calle que devienen en diversas experiencias distintas a las socialmente construidas.

2. Desde lejos no se ve

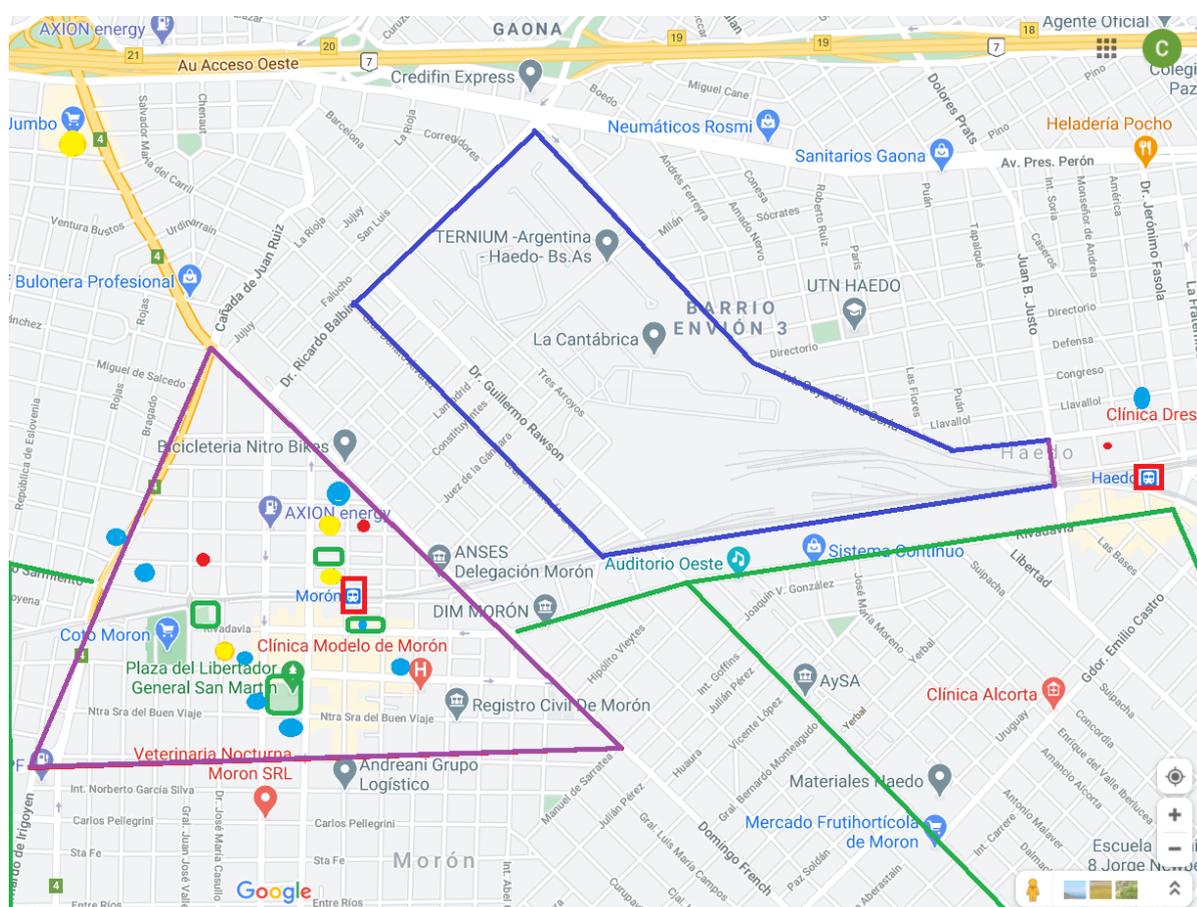
“Imaginate que le tenemos que contar a otras personas cómo es la vida de los pibes y las pibas de Morón, su historia, las cosas que les gustan y los lugares por dónde andan... ¿por dónde empezarías vos?”

Y yo arrancararía diciendo que de más pibitos nos fuimos conociendo por acá con nuestros hermanos viniendo a laburar, que nos hicimos amigos, y que ahora cada uno

anda en la suya pero la calle siempre nos encuentra. Tenés la Roche²², el ciber, la otra plaza, el Jumbo, ahí siempre te encontrás con alguno de nosotros”

(R. 10: 3/7/2019. Dario, 16 años)

Las mismas veredas todos los días. Un mapa que, dibujado en papel, recorre los mismos lugares hasta el infinito: *La Roche, el ciber y la placita* una y otra vez. Cada tanto, alguna propuesta nos desvía del mapa: visitas familiares, iglesias, centros comerciales, centros de día y escuelas.



Polígono Azul: Zona Fabril

Polígono Violeta: Centro urbano y zona de mayor circulación

Polígono verde: Circuito de rescate y donaciones

Círculos Celestes: dispositivos (Iglesias, gestión pública, organizaciones, comisaría, juzgado, escuela)

Círculos Amarillos: Espacios laborales

Rectángulos Verdes: Plazas y espacios públicos

Puntos Rojos: Cibers

²² “La Roche” es una de las plazas de Morón ubicada estratégicamente enfrente de la Estación del Tren Sarmiento. Si bien no cuenta con las características propias de las plazas como espacios públicos y se asemeja más a una plazoleta, las y los pibes habitan ese espacio como parte de su cotidiano y como punto de encuentro por ser centro de la dinámica de circulación que tienen.

Pero todo sigue estando ahí. En un cotidiano que no abarca más de 2000 mts a la redonda, del que conocen cada detalle de su geografía.

-Estamos acá 24 / 7

-Pero yo nunca las veo

-Buscanos bien porque siempre estamos

(R. 12: 22/7/2019. Irene, 15 años)

Para adentrarse en la dinámica de circulación que tienen las y los pibes que habitan la calle en Morón no basta con caminar por el centro urbano. A simple vista, la ciudad continúa siendo ese espacio rodeado de vidrieras con muchas personas transitando y “de paso”. Porque habitar no es lo mismo que transitar. Habitar “es parar”, como dicen las y los mismos pibes al referirse a su lugar de pertenencia. “*Yo paro en Morón hace bastante*” (R. 13: 15/10/2019) comenta Bruno (17) en uno de los intercambios. Y dicen “parar”, aunque paradójicamente sea una práctica en permanente movimiento, implica una reflexión, un proceso que no lo da el mero transitar. Porque se trata de un “andar”, un caminar, que es enunciado y, por ende, habitado. En términos de Michel De Certeau (1999) al habitar, los sujetos trazan los rasgos de una cotidianidad concreta. Y agrega en esa misma línea Noel García López (2003: 1), al habitar las y los sujetos “llenen de tácticas, compromisos y conveniencias” sus prácticas. De forma que, el habitar funciona como práctica enunciada y estructura aglutinante de relatos y aventuras urbanas (ibid.) que surgen del desplazamiento cotidiano. Al andar, una y otra vez por las mismas veredas y sitios, las y los pibes interactúan entre espacios y personas, constituyendo actos creadores de espacio, en términos de Michel De Certeau (2000). Al habitar, explican Daich, Pita y Sirimarco (2007) el espacio se vuelve significativo:

Supone de-signarlo; esto es, marcarlo con la propia topografía. El territorio resulta, en este caso, de insertar, en un espacio, una relación. Así, el territorio sólo se manifiesta, pareciera, cuando los sujetos –sus cuerpos, sus corporalidades, sus emociones– lo actúan (2007: 84).

Para Iglesia, habitar debe ser entendido como un sinónimo de vivir, “sólo se habita cuando la persona se orienta e identifica con su entorno, cuando a éste se lo experimenta como algo significativo” (en Pojomovsky 2008: 51) ya que como agrega Celeste Hernández:

Al andar los niños y niñas establecen y recrean caminos, construyen sus experiencias al elegir modos y lugares por los cuales transitar. Sus recorridos, en este sentido, dan cuenta de los modos en que habitan “su” ciudad y seguir sus pasos nos asoma a su experiencia urbana. (2016: 67)

En Morón, las y los pibes construyen sus experiencias en torno al encuentro con otros/as y a la disposición del espacio social. Aquí, el “parar en Morón” aparece como una síntesis entre el andar y el habitar la calle, entre la circulación y la permanencia. En este primer capítulo, veremos cómo los encuentros definen los espacios de circulación y las dinámicas propias de la experiencia de habitar la calle.

3. “Andar es no tener lugar”²³

Comenzar un análisis sobre las experiencias de vida en la calle de las y los pibes sin una reflexión en torno a la centralidad que ocupa el espacio público en su cotidiano sería un primer paso en falso. La calle es constitutiva de aquellos pibes y pibas que la eligen por más diferentes que sean las razones que las y los motiven. Por eso, si nos proponemos abordar qué implica y qué ofrece la calle, para ello es necesario comprender las dinámicas, vínculos y circuitos que de su relación se desprenden. En esta Tesis, no es mi intención centrarme en los motivos de porqué las y los pibes “salen” a la calle, como lo han hecho gran parte de las investigaciones sobre la problemática (Carli 1990; Grima y Le Fur, 1999; Lucchini, 1999; Urcola, 2003; Gentile, 2007; Pojomovsky, 2008; Llovet 2010; Garcia Silva, 2014; Litichever Cecilia 2017). Partimos de una base: la calle es un escenario probable en varios tipos de hogares (Pojomovsky 2008, p. 53) y se ha acentuado en el contexto de ajuste y crisis económica propiciada durante el gobierno de Cambiemos. Las razones, como se ha estudiado, pueden ser múltiples, ya sea por

²³ Michel de Certeau 2008, p 11

la ubicación geográfica distante a los centros urbanos, la situación de desempleo o la falta de recursos económicos, situaciones de violencias intrafamiliares y/o intrabarriales, situaciones de hacinamiento y precariedad, la sobrecarga de tareas de cuidados o simplemente por aburrimiento algunos/as niños, niñas y adolescentes de las distintas barriadas del conurbano oeste deciden alternar la calle con otros espacios cercanos (Lucchini, 1999; Urcola, 2003; Pojomovsky, 2008; Silva, 2013). En ese marco, los pibes y las pibas que “callejean” explica Celeste Hernández (2016) “son de los sectores más pobres, para quienes su experiencia urbana se vincula en parte con el uso del espacio público” (P.77). Esta dinámica no acontece de un día para el otro ni se presenta como un cambio radical. Muchas veces responde a prácticas cotidianas de circulación que ya se realizaban dentro del barrio, alternando entre casas de familiares, vecinos/as, amigos/as o mismo participando de circuitos familiares de búsqueda de recursos materiales para la supervivencia en centros urbanos.

Yo en mi barrio también me la pasaba de gira. Eso no me lo dió la calle. Te lo da el barrio, de pibito me la pasaba en la casa de mis amigos y también otras veces me mandaban por meses a lo de mi tía que vivía a unas cuadras. (R.8: 30/5/2019. Ernesto, 18 años)

La permanencia en la calle aparece, entonces, como un cotidiano que, tanto puede exceder la presencia en los centros urbanos como así también es precedida por otras experiencias previas. Desde el relato de Ernesto se desprende una premisa: la figura del niño, niña o adolescente en calle no “molesta” en cualquier parte, tampoco en cualquier calle. Incómoda en el centro urbano, en el espacio público de la ciudad. Porque la ciudad, desde su constitución e inicios con el sistema capitalista, no se configura de igual manera para todos y todas. Con la revolución urbana y su posterior parcelación de las calles la ciudad se configura a partir de “la renta del suelo y la separación tajante entre menesterosos y pudientes” (Pojomovsky, 2008: 47). De esta manera, el suelo urbano privilegiado por su conectividad y la disposición de los servicios, comercios e instituciones aparece como una construcción de sentidos contradictorios. Siendo el espacio por excelencia para la circulación y participación de sus habitantes como así también representa un “no lugar” en términos de Marc Augé (1993), entendido como un espacio de conductas estándar no domésticas. La calle, el espacio urbano, se

construye como un lugar “de paso” sin involucramiento o implicancia sobre los hechos allí acontecidos. Esta no implicancia con el espacio público reviste, a su vez, una mirada sobre aquellos y aquellas que lo habitan de forma permanente. La objetivación de las y los sujetos, la invisibilización de la compleja problemática que las y los llevó a la calle y la incapacidad de considerarlos/las como iguales son algunas características de esta mirada. Sin embargo, la calle es también un lugar de construcción política e histórica de lo público, donde los diferentes actores con sus formas de habitarla, se apropian de la misma, generan constantemente prácticas de resignificación y por ende de disputa política y construcción de sentidos.

Pero a mí me conocen en Morón desde siempre. Aunque nos mudamos muchas veces, yo siempre fui Morón-Morón. Desde chiquita que venía con mi mamá.(R.9: 27/6/2019. Romina, 17 años)

La situación de calle, en este sentido, puede ser entendida como una forma particular de experimentar otras dimensiones de la niñez y adolescencia. En esa línea, coincidimos con Kessler cuando sostiene que la situación de calle no debe ser vista como una “experiencia totalizadora” (en Pojomovsky, 2008: 14.) pues su experiencia implica una “alternancia” (2008: 144) y circulación entre otras vivencias. En nuestro caso en particular, encontramos niños, niñas y adolescentes que construyen sus trayectorias y miradas de la propia vida a partir de la calle como así también por su participación en distintos ámbitos ya sean afectivos, familiares, políticos, religiosos y/o comunitarios. Muchas veces este “estar en la calle”, que puede ser visto desde afuera como una permanencia totalizadora, no es visto de la misma manera para quienes la habitan. La calle puede, por el contrario, ser experimentada como una consecuencia habilitada por otras experiencias elegidas y/o privilegiadas para la vida en el momento de la adolescencia, como lo es la amistad entre pares. Sobre esto nos explicó lo siguiente Bruno:

Tengo a todos mis amigos en la calle, eso es por lo que estoy en la calle. Por otra cosa no, de la calle no me gusta nada. O sea yo paro en Morón hace bastante. Yo antes cuando era guachín, cuando era más chiquito, salía a pedir monedas por todos los locales con mi hermano y entre todo eso conocí amigos muy copados que me cayeron muy bien, y nada, me empecé a juntar con mis amigos y seguí conociendo más amigos

a través de ellos. Hoy en día no es que sigo en la calle, sino que sigo con mis mismos amigos que conocí y nada. (R.13: 15/10/2019. Bruno, 17 años)

Para Bruno, como para muchos y muchas, la calle es soporte de las relaciones que eligen construir. En este marco, tomamos en consideración la concepción de la afectividad propuesta por Alicia Lindón a través de su carácter circulatorio entre los cuerpos de un espacio-tiempo:

La afectividad es social, porque va más allá de un individuo, pasa de un cuerpo al otro en la proximidad que ofrece el escenario urbano. La circulación de la afectividad entre los cuerpos genera tipos de performatividades o dramatizaciones, que son materializaciones efímeras de esa afectación. De esta forma, la afectividad contribuye a la construcción socioespacial del lugar porque las corporeidades hacen puestas en escena, que le dan un tono particular al lugar en cierto momento.(2017: 10)

La calle, entonces, es entendida como vehículo o mediador de afectos pero no como fin. De forma que el dicho “parar en la calle” se relaciona con esa manera de entenderla: la calle como un paso momentáneo que se mide según las relaciones y afectos y que se puede mantener en el tiempo. “Parar” como una manera de habitar y enunciar un cotidiano (De Certeau, 2010).

4. La palabra caminada

Para hablar de los circuitos, desplazamientos y las formas de desenvolverse que construyen los pibes y pibas con experiencias de calle, necesitamos comprender cuál es el soporte que posibilita dichas dinámicas porque, como decía el pedagogo brasileño Paulo Freire²⁴, y suscribo, “la cabeza piensa donde los pies pisan”. Es el espacio social entendido como soporte lo que nos permitirá comprender las experiencias que allí se construyen. En términos de Henri Lefebvre el espacio público, la calle, es aquel “espacio creado, modelado y ocupado por actividades sociales en el curso de un momento histórico” (2013 [1974] P.130). Continuando esa línea, la actual configuración del espacio social se ha modificado a partir de la especialización y división social. Es decir, que la misma surge del proceso de industrialización del trabajo y, por ende, de la

²⁴ Paulo Freire en Frei Betto, 2002

tecnificación y especialización de la mano de obra propias del capitalismo actual. Si bien desde esta perspectiva el espacio se produce de manera disociada, fragmentada y separada donde “todos los espacios, como los trabajos en el proceso de división social están especializados” (Ibid, P.153), las fronteras entre ellos no son tan claras de discernir y aparecen difusas en un proceso de homogeneización de los mismos espacios disociados: “las fronteras han desaparecido entre la ciudad y el campo, entre la periferia y el centro, entre los arrabales y los núcleos urbanos, entre el dominio de los automóviles y el de las personas. Podríamos decir que la frontera entre la felicidad y la desgracia también ha sido suprimida”, sostiene Lefebvre (P. 153).

Sobre esto, explica De Certeau que “las aventuras narradas producen geografías de acciones y derivan hacia los lugares comunes (...) no constituyen solamente un ‘suplemento’ de las enunciaciones peatonales y las retóricas caminantes. No se limitan a desplazarlas y trasladarlas al campo del lenguaje. En realidad, organizan los andares. Hacen el viaje, antes o al mismo tiempo que los pies lo ejecutan”. (2000: 128). Entonces, como anticipaba previamente, el “parar” y el “andar” en la calle funcionan como el resultado de una reflexión práctica sobre el espacio que se habita. Del mismo modo que se relaciona con las relaciones y afectos que allí se construyen, las cuales “hacen y deshacen los lugares de la ciudad en cada instante porque los configuran en cuanto a las formas de sentir en ellos y a las formas de comportarse” (Lindón, 2012).

Entonces, este escenario es tan homogéneo como contradictorio y dinámico: se produce y reproduce de manera dialéctica en una suerte de permanente tensión entre la estructura y los sujetos que la componen. En ese marco, el espacio social -entendido desde la perspectiva de Lefebvre- cuenta con una característica particular de “hipercomplejidad”. De forma que si bien el espacio es producido de manera especializada, donde existen espacios para el descanso, el consumo, el esparcimiento o la satisfacción de necesidades y placeres para la población, también los distintos grupos se apropian del mismo “para servir sus necesidades y posibilidades” (p. 144), a partir de ello diversifican sus posibles sentidos y representaciones. Aquí las fronteras se desdibujan y aquel espacio que fue producido con un fin es apropiado y reproducido con otros. En esta línea, resulta importante entender al espacio social como un derecho, como sostiene Oszlak (1991). La ciudad como derecho al que todas las personas deberían tener acceso, de forma que su circulación, apropiación y el uso entendido desde

esa perspectiva posibilita “el goce de las oportunidades sociales y económicas asociadas a la localización de la vivienda o actividad” (1991:24). Y agregamos junto a los enunciados de David Harvey (2013), ese espacio urbano entendido como derecho propone, también, su comprensión en términos de derecho para “cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo a nuestros deseos” (Harvey, 2013: 20). De forma que si ese derecho no es otorgado, el permanecer y habitar la calle, como lo hacen los pibes y las pibas de Morón se convierte en una práctica de resistencia y visibilización ante su vulneración.

“*Recién me dieron banda de mercadería*” me dijo una noche Emiliano (16) en la Plaza La Roche durante una entrega de comida por parte de un colectivo de vecinos y vecinas con fines solidarios. “¿Y dónde la guardas?” pregunté al ver las cajas y bolsas que tenía a su lado. “*Ahí -respondió riendo al señalar el lugar donde suele dormir junto a sus hermanos y amigos- en la alacena*”²⁵. En su relato, podemos ver la utilización y apropiación del espacio urbano como espacios domésticos en los que se desarrolla la vida. La asimilación entre los espacios públicos apropiados para la vida doméstica es una de las principales representaciones que las y los pibes con experiencia de vida en calle realizan al momento de dar cuenta de su cotidiano. Esta construcción que, en muchos casos, es acompañada desde la ironía o la burla por la condición de precariedad que experimentan y reconocen desde el propio cuerpo, caracteriza al espacio tanto como una pertenencia surgida del esfuerzo por obtenerla como una resistencia a la disposición hegemónica del espacio público.

Pasá, te invito a mi living -dice con picardía Abel sentado desde un sillón en pleno espacio público- esperá que saco la alarma.(R.3: 2/5/2019, 28 años)

La reconfiguración del espacio social y la disposición para uso y apropiación personal no sólo satisface la necesidad en términos materiales y organizativos de la vida sino que modifican su percepción sobre su permanencia en el espacio. “¿Y vos te vas y dejás todas tus cosas ahí?” le pregunté a Dario (15) cuando se propuso acompañarme a visitar a otro de los pibes. “*Acá nadie toca nada, se sabe de qué es cada cosa*” me respondió²⁶. “*Yo dejo todo armado para que ya me quede el lugar*” explica Lucas (14) “*está re piola este lugar, tenés solcito a la mañana y sombra a la*

²⁵ Registro nro. 14: 22/10/2019

²⁶ Registro nro. 5: 09/05/2019

*tarde cuando hace calor, me mato si lo pierdo*²⁷. En una de las recorridas, Emiliano me comentó que había cambiado de espacio para dormir, si bien antes dormía en grupo con sus amigos y hermanos durante las últimas semanas había decidido dormir solo en el cajero automático del banco ubicado en frente a la Universidad de Morón, donde suele pedir monedas:

Acá se duerme piola, no te jode nadie, lo único que a la mañana me despiertan temprano pero casi siempre con un café con leche y de ahí me voy para el otro lado de la plaza y me vuelvo a dormir otro rato. (R. 4: 08/05/2015. Emiliano, 16 años)

Refiriéndose al espacio donde duermen sus hermanos y amigos. Existe un uso, señalización y delimitación del espacio a partir de las pertenencias y se colocan estratégicamente en los lugares que se eligen para habitar. Entonces, no se trata de pibes y pibas circulando de manera azarosa y sin reflexión previa sobre el espacio sino que muestra la existencia de proceso de elección y selección de lugares para la resolución en torno a sus deseos y necesidades. Del mismo modo, sus experiencias nos plantean la configuración de los pibes y las pibas como actores sociales que sostienen “formas concretas de ubicarse, prácticas de agrupamiento, operación, organización y diferenciación realizadas por ellos en espacios del centro de la ciudad”, como estudió Pérez Alvares para el caso de niños y niñas en el centro urbano de Medellín, Colombia (Pérez Alvarez, 2005: 6). Sobre esto, recuperé en mis anotaciones de campo:

En la recorrida que realizamos juntos pasamos por el espacio donde suele dormir junto a sus hermanos, estaba ordenada de forma tal que parecía que una persona dormía allí y le hice un comentario al respecto, igual se re nota cuando no estamos, por eso yo ahora dejo mis cosas en el Ciber que se ensucia menos y no te lo pungen, acá dejamos las cosas que no tienen valor, algunos colchones, frazadas, bolsas de donaciones para guardar el lugar me contestó. (R. 16: 19/11/2019. Emiliano, 16 años)

El día al que se remite la reciente cita, realizamos un recorrido por gran parte de los lugares por donde, en este caso, Emiliano circula de manera cotidiana:

²⁷ Registro nro. 6: 23/05/2019

“Comenzamos el recorrido desde la Plaza de las Artes, ubicada al lado norte de Morón, donde suele dormir junto a sus hermanos en los últimos años. Su familia fue modificando los lugares de pernocte a lo largo de los años, esto se debe por un lado a los emergentes estacionales y climáticos que van variando en el año pero también a las condiciones edilicias de los lugares elegidos, como a los límites establecidos por agentes públicos en distintas oportunidades. Ya que, en muchos casos, comerciantes y/o vecinos/as de la zona denuncian su permanencia en determinado lugar. Volviendo al recorrido compartido, caminamos por una de las calles secundarias que dan al túnel de la Estación Morón. Allí saludamos a Mabel, quien se autodefine como una “*histórica de Morón*”, ella pide monedas en una de las ventanillas de la estación hace muchos años. Nos contó que no había visto pasar a ninguno de los chicos o chicas. Continuamos hacia la Plaza La Roche, allí se encontraba uno de los hermanos mayores de Emiliano junto a sus amigos. Estaban tomando una cerveza mientras esperaban “*la comida de las ocho*”²⁸, los saludamos y preguntamos por el otro hermano, Manuel. Nos respondió que seguramente estaría jugando a la pelota en la “*plaza grande*”, refiriéndose a la plaza central lindera a la Municipalidad de Morón. “*Es miércoles -recordó Emiliano- también está la comida de la iglesia*”, en la Catedral de Morón ubicada en frente a la “*plaza grande*” se realiza una cena semanal que suele ser muy valorada por las personas que allí concurren por su calidad como por su cantidad. “*Aquí te dan tarta de jamón y queso, milanesa, pizza o guiso con carne. Nada que ver con las comidas de la Roche o de la otra placita*”²⁹ que es puro arroz”³⁰ me había explicado Manuel en otra conversación. Caminamos por una de las avenidas principales hasta llegar a la plaza, vimos un grupo de pibes jugando a la pelota pero ya no se encontraba su hermano entre ellos. “Entonces está en frente” me dijo refiriéndose a la catedral. La iglesia católica de Morón tiene unas rejas que dividen la vereda de sus escalinatas. Los días miércoles aquellas rejas que corresponden a la puerta lindera a la catedral (donde funciona el comedor) se encuentran abiertas. Las puertas del comedor se abren a las 20 hs en punto y su ingreso es por orden de llegada. Y, como se trata de un lugar cerrado, cuenta con un cupo de ingreso de forma que muchas personas se aseguran su cena desde temprano. Aún faltaban 45 minutos para su apertura pero la cantidad de personas ya llegaba a hacer tope con

²⁸ Refiriéndose a uno de los comedores que realizan entrega de comida los días miércoles a las 20 hs en la Plaza La Roche

²⁹ Plaza de las Artes ubicada en el lado norte de la Ciudad de Morón

³⁰ Registro nro. 16: 19/11/2019

la reja de la vereda. *“Allá están”* señaló rápidamente Emiliano a su hermano, Manuel, y su cuñada, Nair. Nos acercamos a saludarlos y a preguntar qué iban a hacer a la noche ya que eso definiría el lugar donde Emiliano dormiría, *“si el Manu no duerme acá³¹ y se va a lo de la novia yo duermo en el banco hoy”*. No me lo dijo pero noté que le incomodaba dormir con su otro hermano mayor a quién habíamos visto previamente junto a muchas personas. Recordé que en otra conversación me había comentado que cuando había mucha gente en donde solían dormir con sus hermanos él prefería estar solo. No se quedó a comer, dijo que ya había comido tres panchos con una coca y que estaba lleno. Volvimos caminando por otra de las avenidas a la Plaza La Roche, las personas que allí se encontraban ya estaban realizando la fila para recibir la cena. Emiliano no hizo ninguna fila, se acercó directamente al frente y preguntó si estaban cortando el pelo, le dijeron que sí e inmediatamente se sentó para que le realicen un nuevo peinado. *“¿Ves? acá lo tenés todo”* me dijo Héctor (22), otro de los pibes -que ya conocía mi trabajo- al acercarse a mí mientras esperaba que termine su sesión de peluquería. *“¿A qué te referís?”* pregunté, *“que si te querés cortar el pelo tenés dónde hacerlo, si querés morfi o pilcha también lo conseguís”*. Le pregunté si eso era distinto en el barrio donde se encuentra gran parte de su familia, y respondió: *“Sí, allá nada que ver, encima si te quedás sin plata es cómo que quedás encerrado porque no tenés para la sube, entonces no tenés para salir a buscar comida o ropa, dependes de que el vecino te tire algo o que te hagan un préstamo para poder conseguir algo de mercadería, yo por eso cada tanto cuando hago una moneda voy para allá porque sé que mis hermanos la pasan peor. Acá comida, pilcha o plata nunca te falta”*, me terminó de decir mientras se alejaba porque era su turno en la fila. Retomé esa charla con Emiliano (16) que ya estaba listo para continuar el recorrido con su peinado nuevo, *“¿Para vos también es mejor estar acá que en el barrio?”* pregunté. *“Sí, allá si el novio de mi hermana se pone a tomar y le pinta el descanso no tengo a dónde ir, acá si algo no me gusta me voy para otro lado, como ahora -dijo riendo mientras me señalaba a su otro hermano que continuaba tomando cerveza con sus amigos a los gritos. ¿Vamos al ciber?”,* me preguntó Emiliano (16). Finalizamos el recorrido a una cuadra de dónde lo habíamos iniciado: *“Hicimos como un círculo”*, le dije al llegar al último destino, *“sí, acá es todo así, siempre estamos dando vueltas”*, concluyó mientras saludaba a la dueña del lugar.” (R. 16: 19/11/2019)

³¹ Refiriéndose al espacio colectivo de pernocte en Morón

Le pregunté entonces por el temporal y me dijo que la habían pasado mal y que por eso habían decidido ir a hacer recorrida por las casas de Morón donde le dan mercadería y comentó “conseguí que me prestaran 30 pesos para la sube y me vine, pero está difícil, ya perdí como dos turnos de hospital.”(R. 9: 27/06/2019, 18 años)

Estos relatos nos muestran algunos ejes importantes para nuestro análisis. Por un lado, la configuración de una forma de circulación por el espacio que se constituye en torno a los afectos y necesidades que la motivan. Por otro lado, despierta una reflexión que se relaciona con la propia mirada que tienen sobre la calle las y los pibes que la habitan, donde manifiestan encontrarse “privilegiados/as” por las posibilidades de recursos tanto materiales como afectivos, en detrimento de sus posibilidades en los barrios de procedencia. Si bien en este intercambio queda explicitado, durante distintas conversaciones y reflexiones surgidas a partir del trabajo de campo, se repite una mirada sobre la calle que rechaza la homologación con la “miseria y la pobreza” como se suele entender a las personas que habitan la calle desde las representaciones hegemónicas y la asocian más con la idea de “riqueza y beneficios”. Las calles de la ciudad se representan así como posibilidad de acceder a ciertos recursos que no se consiguen desde el cotidiano del barrio. Esta concepción se relaciona con el contexto socio histórico en el que fue realizado este trabajo de campo donde se acentuó considerablemente la pobreza y la desigualdad en las barriadas populares del conurbano bonaerense. Este proceso tiene como contraparte un “progresivo encierro barrial” en términos de María Epele (2010) que “se asocia a la rápida restricción de la movilidad social y territorial” (ibid. 201) de las últimas décadas. Esta situación fue caracterizada previamente por las organizaciones sociales de niñez que corresponden al Movimiento Chicos del Pueblo y, posteriormente al Encuentro Niñez y Territorio³² que nombraron al proceso de abandono de políticas sociales en los barrios como la configuración de “cárceles a cielo abierto”³³:

Villas, asentamientos, vagones, carpas bajo la mirada atenta del sistema, *los inútiles para el mundo* alejados de cualquier derecho que los abrigue, aplastados y sometidos por una red de asistentes sociales y manzaneras que -con las mejores intenciones- naturalizan el infortunio mientras los niños y los padres viven

³² Uno de los espacios de confluencia de organizaciones de niñez en la Argentina. Se trata de una de las líneas de continuación del Espacio Chicos del Pueblo

³³ Término difundido en sus discursos y entrevistas:

<https://ctanacional.org/dev/estigmatizacion-de-ninos-ninas-y-adolescentes-en-tiempos-electorales/>

-fieramente existiendo- entre los interlineados del Código Penal, acosados por el lenguaje mediático que los convierte en pesadillas urbanas.

(Morlachetti, 2007: 116)

Ese análisis se relaciona con las reflexiones de Héctor sobre su experiencia de supervivencia en la calle como mejor a la de su familia en el barrio. Y también nos habla de la continuidad de cierta estructura y dinámica que se mantiene al mismo tiempo que es permeable a los imprevistos del cotidiano (De Certeau 2000: 13), y es en ese punto en el que nos detendremos. El espacio funciona de manera tan dinámica y cambiante como subjetiva. En ese sentido, encontramos lugares que, si bien muchas veces son los mismos, aparecen diferenciados y especializados para sus diversos usos en la vida cotidiana o en distintos momentos, y que pudimos sistematizar de la siguiente manera:

- **Espacios para la alimentación:** Comedores en espacios públicos (plazas y veredas) y en espacios cerrados con días y horarios prefijados (iglesias, espacios municipales de niñez y juventud, ollas populares y organizaciones sociales); lugares de comidas y kioscos del centro urbano; casas de familias y redes de vecinos/as que realizan donativos por fuera del centro urbano que garantizan almuerzos en los circuitos de rescate o entrega de alimentos en horarios específicos.
- **Espacios para el descanso:** Espacios públicos (veredas, puentes, plazas, estaciones de trenes, túneles y paradas de colectivos, cajeros automáticos, vidrieras, galerías); organizaciones sociales y comunitarias, casas de abrigo y paradores, casas de familiares y amigos/as.
- **Espacios para el entretenimiento:** Espacios públicos (plazas, estaciones de trenes, etc); espacios comerciales (cibers, canchas de fútbol, shopping, cines); espacios comunitarios (actividades y talleres recreativos).

- **Espacios para trabajar:** Espacios públicos (semáforos, trenes y sus estaciones, estacionamientos, veredas) comercios y espacios de contratación privada (obradores, locales y ferias) emprendimientos productivos y cooperativas (organizaciones sociales, programas estatales, planes sociales)
- **Espacios de formación:** Escuelas y programas de educación formal (pueden ser linderas al centro urbano de Morón o aquellas cercanas a sus barrios) centros de formación complementaria (centros de día, apoyo escolar, talleres)
- **Espacios para la higiene personal:** Identificación de espacios públicos con acceso al agua corriente (plazas, veredas, avenidas) centros de día, comedores comunitarios, clubes, iglesias con baños y duchas; casas o comercios particulares.
- **Espacios para la vestimenta:** Entrega de ropa en comedores y dispositivos; roperitos comunitarios en organizaciones sociales; donaciones en casas particulares que hacen parte del circuito de rescate; donaciones espontáneas de personas en los lugares de pernocte; ferias y comercios de precios accesibles y/o trueque; comercios de venta de artículos en cuotas.
- **Espacios para acopio:** En casas de familiares y personas a las que se les tiene confianza; en comercios y locales de participación cotidiana (kioscos, cibernets, restaurants); en espacios públicos y/o de pernocte (garitas de gas; techos de paradas de colectivos, en árboles, locales abandonados, monumentos)

Como se puede ver, la dinámica de circulación construida por las y los pibes en el espacio urbano alternan tres esferas, ya sean públicas, privadas y comunitarias. Estos espacios pueden dividirse de la siguiente manera: aquellos que tienen como objetivo la contención de la población específica; y aquellos otros que son apropiados por las y los pibes para satisfacer sus necesidades y placeres. De esta manera, los espacios sociales aparecen tensionados entre sus objetivos,

funciones y especialidades por los que son creados y aquellas reconfiguraciones que se dan desde la práctica.

5. Dinámicas callejeras: un modelo para habitar

Las representaciones hegemónicas sobre las vidas de los pibes y pibas en la calle suelen relacionarse con aquellas nociones asociadas a la miseria, la falta de rutina y “buenos modales”. Esta construcción de representaciones sobre un sujeto social hace parte de un discurso unificado que se sostiene tanto a través de las noticias y opiniones propias de las empresas de comunicación como desde las miradas del sentido común, podemos ver que existe una lectura sobre las personas que habitan la calle homogénea que en nada se relacionan con las trayectorias relatadas hasta el momento. Estas representaciones relacionan a las personas que habitan la calle con la falta de orden, higiene y limpieza; de hábitos, horarios y estructura cotidiana; de educación, salud y creencias; de ideologías y definiciones políticas. De esta manera, las vidas de las personas que habitan la calle se suelen presentar como desorganizadas y sin elecciones subjetivas. En lo que corresponde particularmente a la mirada de la niñez y adolescencia que habitan o circulan la calle esa representación se marca de manera más acentuada. Esto se relaciona con las representaciones y discursos existentes sobre la niñez en sí en el actual contexto de desigualdad entre generaciones donde la niñez es caracterizada como una etapa de la vida homogénea, ingenua, dependiente del mundo adulto (Szulc, 2006). Sobre esto, explica Celeste Hernandez (2016) que, desde una mirada esencialista, las y los pibes en calle son presentados como “una figura antitética a la infancia, como un lugar inadecuado” (P. 80). Sin embargo, como planteamos en esta Tesis, a lo largo del trabajo de campo y tras numerosos diálogos llevados a cabo con los pibes y las pibas que habitan la calle, advertimos que las generalizaciones socialmente construidas distan de los sentidos con que ellos y ellas mismas se representan.

Entendiendo al espacio social tanto como soporte para las relaciones sociales y productivas que allí se desarrollan (Lefebvre 2013, p. 434) y como un derecho fundamental de las personas que habitan las ciudades (Lefebvre, 1968), la persona o el grupo al que hace parte de dicha dinámica se apropia de un espacio natural modificado (una plaza, estación, calle, monumentos, etc) para servir sus necesidades y posibilidades, acondicionando su dinámica y estructura cotidiana a

un espacio cualquiera sea. En esa línea, explica Pérez Alvarez (2005) que las y los pibes que habitan la calle, configuran el espacio social “como un sistema de lugares móviles, cargado de significados particulares y de fragmentos que requieren revelarse a través de los diversos relatos que ellos tejen sobre él”.(2005: 2)

En ese sentido, el espacio social donde las y los pibes se desplazan se sostiene en sus formas de relacionarse entre sí y con otros, que lo moldean y se apropian del mismo. Por ese motivo, me propuse reconstruir junto a uno de ellos/as la dinámica cotidiana que se estructura en su relación con el espacio: la calle. La selección del entrevistado no es azarosa, por un lado se desarrolla tras un diálogo cotidiano y sostenido en el tiempo durante más de cinco meses, de forma que se trata de una de las personas con las que más se pudo profundizar en la propuesta de este trabajo. Ese intercambio sistemático se debe, también, a que la persona entrevistada hace parte de una familia que comunicaba -durante mis años como operadora de calle- haber elegido la calle como forma de vida a pesar de tener una casa propia en una barriada popular por la zona alejada de Merlo Gomez, por más de 8 años. Durante el trabajo de campo en el año 2019, gran parte de las y los integrantes de dicha familia se encontraban conviviendo con sus parejas en distintos lugares, sin embargo, Emiliano (16) continuó permaneciendo en la calle a pesar de las distintas invitaciones que familiares, amigos/as y hasta distintos dispositivos le ofertaron para modificarlo.

- Mi mamá se la pasa en la casa del novio y a mí no me gusta ir a su casa, a mí me gusta estar acá.

- ¿Ella te invitó a vivir con ellos?

- Sí, pero siempre que voy me vuelvo, no me gusta, me asusto hay muchos ruidos, a parte te acordas que una vez te dije que vi un espíritu por la noche ahí? Bueno desde ahí como que me quedó esa idea.

- ¿Te sentís más seguro acá?

- Sí, como que ya estoy acostumbrado y me conocen todos, yo acá me siento tranquilo, hago lo que quiero, allá tengo que ver qué hacen ellos.

-¿Cómo sería eso?

-Acá si hay mucha gente en la ranchada y quiero estar solo me voy al ciber o vengo para acá (al cajero automático) si quiero estar con mis amigos los busco y me sumo y así, nada.

-Sería que vos vas eligiendo tu dinámica.

-Claro, como que yo manejo mis tiempos.

-¿Y cuando te llevaron a la casa de abrigo del Municipio³⁴? ¿Qué onda?

-Ahí peor (risas). Estaban todo el tiempo encima viendo qué hacías y qué no, tenía a los más chiquitos que no te dejan tranquilo. Te dicen a qué hora levantarte, comer, dormir. Encima el colchón era más incómodo que los que tengo acá, terrible dolor de espalda tenía así que ni eso estaba bueno.

-¿A vos no te gusta que te marquen los tiempos?

-Yo ya tengo mi forma y estoy bien así. Ya me conocen acá”

(R. 14: 22/10/2019, 16 años)

Como podemos ver en los relatos, las relaciones sociales se entrelazan y delinear formas de vida que condicionan el desplazamiento y la elección de rutinas dentro del espacio social:

- Contame cómo es un día normal para vos.

- En realidad depende del día, bah de la noche anterior (risas). Pero ponele que cuando duermo en la ranchada nos despertamos temprano. Como a las 7 cuando dormimos de este lado de la plaza de la Universidad³⁵. Igual si duermo solo del

³⁴Dispositivo de niñez que hace parte de las propuestas implementadas por la ley 13.298 como espacio de contención para historias de vulneración de derechos de la niñez

³⁵ Refiriéndose a la Universidad de Morón ubicada en el centro urbano de Morón

otro lado de la Universidad, ahí en el techito de la escalera o en el banco también me levanto a esa hora.

- ¿Y por qué tan temprano?

- Porque ahí suele pasar la policía. Nos suelen despertar a los gritos para que corramos los colchones de la plaza. Y cuando estoy del otro lado, lo mismo, el tipo de la Universidad te despierta cuando abre la puerta y los del banco también te piden que te vayas, lo bueno de ellos es que a veces te traen un café con medialunas, re cheto.

- ¿Entonces acomodan los colchones para que no ocupe mucho espacio y ya te quedas despierto? ¿Los demás que hacen?

- No, yo me suelo acomodar de nuevo para seguir durmiendo un rato más la mayoría de las veces. O sea, acomodamos un poco entre todos y después cada uno se pone con la suya. Mi hermano y el Román suelen salir a trabajar de cuidacoches. Y los otros a veces se quedan o se van depende de si les salió alguna changa.

- Entonces vos haces una siestita más... ¿y después?

- Después me voy al tren un rato. Reparto tarjetitas y hago una moneda de eso. A veces me quedo por ahí hablando con los vendedores y otros amigos que trabajan en el tren. Y después depende o me voy a almorzar a la casona³⁶ si hay almuerzo o me voy un rato a viciar al ciber³⁷.

- ¿Y si no comés en la casona dónde comés?

- Me voy al Mac o pido por ahí siempre se come piola acá, eso no es un mambo. Y después a veces voy a la escuela o me quedo en el cyber un rato más. Si hay casona me baño ahí y sino voy a los de la iglesia de este lado de la vía que tienen agua caliente, re piola. Como a la tardecita me voy al cajero del banco y ahí me

³⁶ Refiriéndose al Centro de Día de El Transformador de Haedo

³⁷ Las y los pibes utilizan la palabra "viciar" como verbo para referirse al consumo de los videojuegos en red como un vicio.

quedo hasta la hora de la comida, y ahí veo si hay algo rico como ahí y sino me compro un pancho. A veces ahí en la plaza los de la iglesia cortan el pelo y también dan ropa buena como este buzo (señala un buzo de algodón de marca conocida). Después puede que vaya al ciber como que me vaya a dormir.”

(R 7: 23/5/2019. Daniel, 15 años)

Podemos decir a simple vista que este relato dista mucho del imaginario que la sociedad en general puede tener sobre las y los pibes en la calle. Una rutina cotidiana donde se cubren las necesidades de descanso, recreación, alimentación e higiene. A su vez, aparecen en este relato instancias de soledad que rompen con otra de las ideas que se suelen producir sobre la niñez y adolescencia en calle, esa noción de “los chicos de la calle” entendidos desde lo colectivo como “manada” y grupalidad. Si bien cada experiencia es distinta y existen instancias grupales, que posiblemente sean las más visibles para quienes ven desde afuera, a su vez, vemos que existen momentos de encuentro y desencuentro donde cada uno/a alterna entre momentos colectivos y solitarios. Sobre esto, reflexionaba también Emiliano (16) en otra oportunidad:

Es que yo ahora tengo buena pilcha, me baño en la casona y me cortan el pelo los del miércoles en la Roche, entonces si estoy solo nadie flashea³⁸, pero si nos ven a todos juntos ahí sí reaccionan distinto, como que se dan cuenta que estamos en la calle cuando somos unos pares (R. 9: 27/06/2019, 16 años)

En el relato compartido anteriormente podemos ver que existe una idea de que las y los pibes que están en la calle sólo viven de la comida y donaciones que reciben en los comedores. Sin embargo, vemos que el comer o no en dichos lugares, también, hace parte de una elección. Muchas veces los comedores y espacios colectivos se relacionan más con el espacio de encuentro que con espacios de buena alimentación. En términos de Lefebvre, la forma del espacio social es la del encuentro entre quienes se relacionan en él (ibid:156) Me comentó al respecto Darío:

³⁸ Se utiliza con el sentido de no parecer potencialmente “peligroso”

Yo a veces prefiero las sobras del Mc Donalds o lo que te dan en otros restaurantes que comer el mismo arroz de siempre, vengo al comedor para ver a la gente nomás pero casi nunca como acá, muy de ultima me compro un pancho acá enfrente (R 12: 22/7/2019, 16 años)

Entonces la elección de lugares para comer, para trabajar, para dormir, para divertirse tienen una relación con los dispositivos, los comercios y sus propuestas en tanto espacios de encuentro colectivo más allá de su motivo de uso en sí. En ese sentido, los pibes y las pibas construyen sus circuitos y desplazamiento por el territorio en alternancia en torno a aquellas propuestas que colectivizan y aquellas otras que responden a momentos de intimidad y soledad. A su vez, esta dinámica aparece íntimamente relacionada con prácticas de producción y consumo de forma que adecúa el circuito en torno a las relaciones sociales como de producción. Podríamos decir que la dinámica, entonces, se organiza desde los afectos y los recursos como así también a través de las estrategias construidas en torno a las miradas de las y los demás sobre ellos/as.

- *¿Volviste para acá o siguen en Moreno?*
- *Estamos en Moreno, pero siempre estoy acá*
- *¿Y quién sigue por acá?*
- *Ya casi nadie, Ernesto y Camilo pero cada uno en la suya, ya no es lo mismo*
- *¿Y Santiago y Lucas?*
- *Están todo el tiempo en Merlo ahora. Están en otra.*
- *¿En qué parte?*
- *En el ombú de la calesita, si vas cerca del mediodía los vas a encontrar levantándose, ellos sí siguen 'en esa'.*
- *¿Que sería que están 'en otra' o 'en esa'?*

- *Que no les importa nada, queman un lugar y se van para otra y se re cortan.*
- *¿Con ustedes se cortan?*
- *Van cambiando de lugar porque la pudren en todas partes*
- *¿En qué sentido?*
- *Ni se rescatan, afanan a cualquiera, bardean a la gente que da la comida, andan re pasados de pasta y yo ya no estoy para esa, o sea un rato me junto y me cago de risa pero yo tengo dos hijas tengo que conseguir comida, ropa y esas cosas, si me sumo en con ellos me pongo a todos en contra ¿Y qué gano yo? A mí acá me guardan cosas para mis hijas, me esperan en las casas que me hice mi lugar con comida, yo ya tengo mis lugares en Morón no lo puedo perder por eso sigo viniendo aunque viva en Moreno. A mí ni me tira para ir a Merlo o Moreno a pedir. Yo sigo siendo de acá para eso.*

(R.12: 22/7/2019. Juana, 18 años)

La diferencia que plantea Juana en relación a Lucas (14) y Santiago (15) nos habla de las distintas maneras de desplazarse por el espacio que construyen como personas que circulan por la calle. El dicho “yo ya no estoy para eso” se presenta como un quiebre entre las personas que circulan la calle con fines orientados más al esparcimiento y la espontaneidad y entre quienes lo toman de manera estructurante y como habilitadora para la supervivencia y/o como sostén de vínculos y afectos. Las particularidades subjetivas de cada uno/a habilitan ciertas dinámicas y circuitos que no son iguales para todos y todas sino que se relacionan con las formas de participar en dicho espacio. La territorialidad se construye a partir de los vínculos y estrategias que tanto personas como grupos familiares y/o afectivos desarrollan en ese sentido. El espacio es dinámico y flexible y no se presenta del mismo modo para todos y todas sino que responde dialécticamente entre la relación de cada persona con el espacio y sus vínculos. El “tener permitido” estar o no en determinado lugar se relaciona directamente con la aceptación de normas preestablecidas, su ruptura tiene consecuencias: “El

bardeo” de un espacio trae consigo la expulsión, el señalamiento, el enojo, la desconfianza: *“Ellos ya no pueden pisar acá porque se las mandaron todas. La tienen jurada, y bueno eso les pasa por cagar donde te dan de comer”* (R.12: 22/07/2019. Violeta, 18 años).

Es notorio cómo, a diferencia de la imagen de la vida en la calle construida como una absoluta “anomia” sin estructura ni reglas claras, las experiencias de las y los pibes del centro urbano de Morón muestran que -aunque esa dinámica no siempre se respete- existen ciertas reglas internas que influyen en las diferentes formas de comportarse como así también de relacionarse entre ellos/as, con los dispositivos y el espacio social.

6. Elige tu propia aventura

Para comprender el cotidiano que viven los pibes y las pibas de Morón, propongo una reconstrucción sobre su propuesta de dinámica callejera, los distintos circuitos que hacen a una forma de organizar la vida y que, en muchos puntos, contradicen los sentidos construidos en torno a la calle y su vida en ella. Como gran parte de las y los que alternan la calle (Lucchini, 1999; Pojomovsky, 2008) esta población genera una rutina de circulación que funciona bajo una lógica común entre las distintas personas que frecuentan la calle y con quienes se construyen diversos vínculos: vendedores/as ambulantes, comerciantes, operadores/as de calle, organizaciones, repartidores/as, “trapitos³⁹”. Este accionar integra distintos circuitos que hacen a la dinámica callejera.

Según los mismos pibes y pibas con los que se trabajó, dichos circuitos podrían dividirse de la siguiente manera:

- **“Rescate”**: Cada persona construye un vínculo con familias y comercios del lugar que realizan donativos de ropa, comida, artículos de limpieza y bazar, dinero en efectivo, etc.
- **“Changas”**: Compilación de diferentes actividades remuneradas como limpieza de vidrios de autos en los semáforos, entrega de tarjetitas en

³⁹ Término utilizado para referirse a las personas que trabajan en la vía pública estacionando autos.

boleterías y trenes, pedir monedas en el shopping, corte de pasto y/o poda de árboles, reciclaje de plástico y aluminio, venta de golosinas, realización de malabares, hurtos, canciones de rap y/o destrezas en espacios públicos, etc.

- **“Choreo”**: Dinámica de actividades delictivas que pueden ser tanto individuales como colectivas, tanto organizadas como espontáneas, según la situación.
- **“Papeo”**: Esquema de horarios, días y lugares donde los distintos dispositivos despliegan sus propuestas de entrega de comida, otros donativos y / o actividades específicas de recreación. Centros de día, talleres, iglesias evangélicas, comedores en las plazas públicas, iglesia católica, casa de la juventud, escuelas.
- **“Joda”**: Dinámica que integra aquellos lugares de entretenimiento, placer y dispersión. Cibers, canchas de fútbol, partidos, ferias públicas, plazas, villas conocidas como el Bajo Flores o la 31 para el consumo de drogas y estupefacientes, el shopping.

Si bien cada uno/a elige y realiza su propia dinámica, los distintos circuitos aparecen como complementarios y la gran mayoría de los pibes y las pibas coinciden en tener al menos una experiencia en cada uno de los circuitos antes mencionados. Estos circuitos, se encuentran íntimamente relacionados con la división de espacios presentada previamente, la disposición de espacios para usos específicos trazan una serie de formas de circular. Esta división de tareas, lugares y tiempos no depende de cada persona, es una construcción colectiva donde, mayormente, existen relaciones de respeto y permiso. Entonces da cuenta de la existencia de un esquema de organización previo que nos habla de una historia de la calle. En este sentido, podemos sostener que las personas que circulan y habitan la calle responden a una historia que las antecede, siempre se empieza con un contacto o con un entramado familiar que moldeó previo a su llegada ciertas estructuras de organización y rutina que se reproducirán por quienes ingresan posteriormente, como puede verse en el siguiente fragmento de entrevista:

- *Yo empecé de abajo porque no tenía una familia acá “guardandome lugar” como por decir. Hay familias que hace años vienen a Morón. Ponele que si no están vos te ponés en el lugar de ellos, pero si vuelven a la calle te rajan de su espacio y vos no podés decir nada, como mucho te invitan a quedarte si hay buena onda.*
- *¿Y vos cómo te hiciste el lugar entonces?*
- *Conocía a los chicos que vienen de Merlo porque a veces viajamos juntos o me veían dormir ahí, entonces ellos me dijeron cómo era la onda. Y ellos me hicieron conocer a los demás, a los que están de antes digamos, entonces como que te vas sumando en los comedores y a las juntadas hasta que te incluyen y ahí te vas haciendo tu lugar, tus changas, tu grupo de amigos, las casas por donde te dan cosas y así”*

(R. 11: 10/7/2019. Ernesto, 17 años)

Aquí la calle, como cualquier espacio social, se construye y reinventa a partir de historias previas, un recorrido marcado por las experiencias de quienes “están de antes” y estructuran ciertas reglas de convivencia en el espacio. En ese contexto, se producen relaciones de confianza como así también se crean límites y “códigos” entre quienes la habitan. Estar en la calle significa, también, conocer “ese espacio”: el intervenido, sus marcas y cicatrices, sus fronteras y pertenencias que desde afuera parecen difusas pero que, en su interior, son bastante claras. En este sentido, resulta interesante cruzar ese recorrido con el concepto de “experiencia precaria de vida” que retoma María Inés Fernández Álvarez (2016) de Susana Narotzky y Nico Besnier (2014). Sobre esto, explica la autora, “la gente desarrolla estrategias individuales o colectivas para mejorar su bien-estar -material y emocional- y el de las generaciones futuras” (2016, P. 3). A través de su trabajo de campo con trabajadores y trabajadoras de la Economía Popular como vendedores/as ambulantes en el tren San Martín, Fernández Álvarez explica que tanto el ingreso al espacio de trabajo como su circulación está mediada por las relaciones de parentesco y por afinidades estrechas, como así también por la construcción de códigos entendidos como prácticas de cuidados frente a las situaciones de violencia sistemática (2016: 13). En ese sentido, las experiencias de

precariedad se construyen en un contexto de creciente desposesión en términos de Harvey (2003) que las y los deja fuera del mercado de trabajo, según reflexiona Fernández Álvarez y, agrego, como del acceso a una vivienda digna. Sin embargo, es desde las mismas experiencias de precariedad que se “habilitan los márgenes de autonomía como el manejo de los tiempos y dinámicas de trabajo” (p. 14). En términos de Judith Butler, hablamos de precariedad para referirnos a la condición ontológica de vulnerabilidad compartida por todas/os las/os sujeta/os que nos hace dependientes de otras/os y de soportes materiales que hagan viable la vida; y de precariedad como la maximización de la vulnerabilidad de ciertas/os sujetos o sectores de la sociedad que es políticamente inducida (Butler, 2010). En Morón, los grupos de personas que habitan la calle sostienen la creación de reglas y códigos internos que, lejos de entenderse como prácticas de mezquindad, individualismo o egoísmo construyen prácticas colectivas de autonomía frente a las violencias y desigualdades sistemáticas.

7. Primeras reflexiones: “La calle nos encuentra”

A modo de síntesis de este primer capítulo de análisis, vemos que las reflexiones planteadas hasta el momento dan cuenta de ciertos procesos y trayectorias de pibes y pibas que habitan la calle en el centro urbano de Morón, donde la mirada de ellos y ellas como protagonistas no sólo se centra en la desigualdad y la pobreza, que es una realidad y que hace parte de los sentidos y representaciones desde donde se las y los caracteriza en la sociedad. Sino que también, muestra la heterogeneidad de vivencias existentes que no tienen a la calle como experiencia única y totalizadora (Kessler, 2008) sino que, por el contrario, hace parte de las estrategias frente al proceso de precarización de la vida.

Como expliqué en las primeras páginas de esta tesis, este proceso debe ser entendido en el contexto de empobrecimiento de las barriadas populares de las cuales proviene el mayor porcentaje de personas que circula y/o habita la calle. El hacinamiento, la falta de viviendas con acceso a servicios básicos como agua potable, gas natural o servicio eléctrico, la situación laboral de desempleo y/o informalidad entre otros que ponen de manifiesto una compleja situación de crisis habitacional. En ese sentido, la situación de calle se relaciona de manera directa con la situación del hábitat en los barrios populares del conurbano bonaerense,

donde un número considerable de personas crearon respuestas y alternativas frente a las condiciones de creciente vulneración. Por ese motivo la práctica de habitar la calle, muchas veces asociada con el extremo de la pobreza y miseria social es, a los ojos de las y los pibes, un escenario posible para el acceso a recursos materiales y afectivos que en otros contextos, como lo es en la barriada popular, se complejiza más. La apropiación del espacio social en la ciudad, su modificación y utilización para satisfacer necesidades y placeres nos corre de una concepción victimizante de las personas con experiencias de vida en calle, para entender estas estrategias de resistencia y supervivencia en un complejo contexto de desposesión.

Esto no quiere decir que esta situación sea mejor o peor, pero sí da cuenta de que aquella mirada hegemónica que ve infancias vulneradas, dista de su autopercepción donde se ven resolviendo y respondiendo de forma activa a la desigualdad manifiesta. Su construcción de una memoria colectiva, el mantenimiento de ciertos códigos, dinámicas y maneras de circular por el espacio social condicionan la visión hegemónica de la ciudad y visibilizan una situación que se pretende solapar con las fronteras y muros de las barriadas populares.

El centro urbano es, también, epicentro de intervención y control de los distintos dispositivos configurados en el entramado social y político. De esta manera, la apropiación y disputa por el espacio social no pueden entenderse escindidas de las prácticas llevadas a cabo por cada uno de los dispositivos que intervienen sobre la vida de la ciudad en general como así también en lo que corresponde a la gestión de la infancia como específico. Comprender la relación entre el espacio social y los dispositivos a raíz de las experiencias de los propios pibes y las pibas de Morón se convierte entonces en una de las preguntas que abordaremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 3

**Acompañar o intervenir, esa es la cuestión:
Los dispositivos institucionales de niñez y adolescencia en calle
desde las perspectivas de sus destinatarios/as**

1. Introducción

En el centro urbano de Morón existen diversos dispositivos que responden a la problemática de la niñez y adolescencia con experiencia de vida en calle. Algunos hacen parte de las políticas públicas de gestión de la niñez, otros responden a motivaciones religiosas como así también los hay en términos más abarcativos en torno a la ciudadanía y la mirada social sobre la niñez en calle que de ella se desprende. Cada dispositivo conserva sobre sí una imagen como así también un propósito y/o objetivo a la hora de acompañar a las y los pibes de Morón que habitan la calle. Sin embargo, estas percepciones no siempre coinciden con las que los y las propias destinatarias de las propuestas construyen.

A lo largo de este tercer capítulo, nos centramos en las representaciones y perspectivas que las y los propios pibes construyen de los diversos dispositivos como así también de la diferencia que encuentran entre sus prácticas de intervenir y/o acompañar su dinámica callejera durante el último año de la gestión de Cambiemos en el territorio de Morón como así también a nivel provincia y nación.

2. “No quieren ver lo que vemos”⁴⁰

“Antes era distinto - me contestó al preguntarle por el programa de operadores de calle- las chicas de Menos calle nos conocían bien, visitaban a mi familia y me acompañaban de verdad. Ahora sigo intervenido pero es distinto, sólo pasan a mirar cómo estamos y siguen. No les importa de verdad.”

(R. 12: 22/07/2019. Emiliano, 16 años)

“Acompañar de verdad” ¿Existe una manera de acompañar que no sea sincera? Desde la perspectiva de Emiliano, sí. Porque así como sostuvimos en el primer capítulo que *habitar* no es lo mismo que *transitar*, *acompañar* no es lo mismo que *intervenir*. En este segundo capítulo, nos detendremos en la mirada de las y los pibes en torno a las prácticas de *acompañamiento e intervención* implementadas por los distintos dispositivos. Durante el trabajo de campo realizado, así como en la experiencia previa de trabajo en uno de los dispositivos

⁴⁰ Registro nro. 14. Darío, 17 años.

de niñez en calle, encontré que, si bien los conceptos “acompañar” e “intervenir” suelen ser utilizados para referirse a la misma práctica, también tienen sus diferencias. Ciertamente, estas categorías tienen sentidos distintos en otros contextos, pero en esta experiencia en particular encuentran una relación: Se refieren a la misma práctica llevada a cabo por los dispositivos que abordan la niñez en calle. Sin embargo, se podrían diferenciar por la creación o no de vínculos de confianza. Si *intervenir* es “pasar y seguir” y, *acompañar* se entiende como “conocer bien”, podemos trazar una clara diferenciación entre los dispositivos y su manera de acercarse a la niñez y adolescencia en calle. De esta manera, nos proponemos entender la lógica de los dispositivos de calle del Municipio de Morón a partir de lo que significa la práctica de intervenir y/o de acompañar para los pibes y pibas que son sus destinatarios.

Como vimos anteriormente, la dinámica callejera que tienen los pibes y las pibas de Morón mucho se relaciona con la disposición, frecuencias y horarios que se desprenden de los distintos dispositivos y sus propuestas. Entendemos el concepto de dispositivo en su manera amplia e inserto en el marco de una estructura de poder en términos de Michel Foucault. El dispositivo se distribuye en los discursos, las instituciones, las edificaciones, los reglamentos, las leyes, las medidas administrativas, los enunciados científicos, las nociones filosóficas y morales (Vega, 2017: 4). Es decir que pueden ser espacios tangibles y visibles, como en este caso lo serán las iglesias, los centros comunitarios, la dirección de niñez, destacamentos policiales y/o comisarías, entre otros. Como así también se instituyen en leyes, reglas y normativas legitimadas desde el discurso hegemónico que delimitan las prácticas y decisiones de las y los sujetos.

De esta manera, encontramos en la rutina de los pibes y pibas de Morón una circulación que alterna por los espacios públicos e instituciones y que es atravesada por aquellos discursos que determinan al mismo espacio social que habitan. Desde la propuesta de Valeria Llobet podemos entender a los dispositivos como “sistemas simbólicos sancionados” desde los cuales se ligan significados a determinados símbolos y se los hace valer como tales (2010: 53). La coexistencia de reglamentos, leyes, discursos con espacios físicos: edificios, plazas, monumentos de representación estatal invaden el espacio social y se unifican. Así, el uso y la circulación por cada uno de los dispositivos, a la vez, genera una red de relaciones de poder y una estructuración de un discurso hegemónico como totalizador. Siguiendo esta línea de análisis, es adecuado adherir a la noción de

Estado ampliado desarrollada por Gramsci⁴¹, quien comprende a éste más allá del aparato coercitivo o sociedad política, incorporando también a la sociedad civil en su conceptualización. En Morón, las y los pibes circulan por distintos dispositivos que realizan diversas actividades para ellos y ellas. Si bien estos espacios ciertamente tienen propuestas comunes frente a la problemática, conservan distintas formas y funcionamientos, como así también, difieren en los objetivos, lineamientos o perspectivas sociales, políticas, religiosas, y pueden ser ordenados de la siguiente manera:

- **Dispositivos estatales de gestión de la niñez:** En este grupo encontramos a la Dirección de Niñez y Adolescencia del Municipio de Morón donde funciona, a su vez, el Servicio Local como representación de la ley provincial de Promoción y Protección de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes (13.298) en el territorio, a su vez el Servicio Zonal de Morón, Programa por Chicos con Menos Calle, Programa Operadores de Calle que realizan callejeadas por el centro urbano, Casa de la Juventud, el Centro de Referencia para adolescentes y jóvenes con conflicto con la ley, la Dirección de Acción Social, entre los principales.
- **Dispositivos religiosos:** Se trata de entidades religiosas, en este caso de creencias evangélicas y católicas mayormente que cuentan con sus espacios de culto, templos, iglesias, y que realizan actividades de asistencia a personas en situación de calle con comedores en espacios públicos y/o en sus propias sedes, instancias de oración y/o cantos en plazas, albergues nocturnos, “roperitos” de entrega de vestimenta, centros de días, espacios de acompañamiento escolar.
- **Dispositivos comunitarios:** Aquí tenemos, por un lado, a aquellas organizaciones sociales que hacen foco en la niñez, es decir organizaciones que cuentan con centros de día, espacios de acompañamiento para las y los pibes y sus familias, casas de noche, espacios de apoyo escolar, talleres recreativos, callejeadas.

⁴¹ Simionatto, Ivette. Gramsci: sua teoria, incidência no Brasil, influência no Serviço Social. São Paulo . Cortez Editora, 1995.

Principalmente encontramos aquí al Equipo de Niñez de El Transformador de Haedo y al Centro de Día Cable a Tierra de Morón. Por otro lado, organizaciones sociales que realizan actividades con fines solidarios como comedores, festejos del día de la niñez, bibliotecas populares.

- **Dispositivos judiciales:** Si bien tras el cambio de paradigma con la Ley de Promoción y Protección la judicialización de las historias de vida de las y los pibes dejó de ser prioridad de los lineamientos programáticos, en el cotidiano, muchas situaciones son intervenidas mediante juzgados a través de causas, ya sea por situaciones de violencia intrafamiliar, juicios por identidad, adopción, entre otras.
- **Dispositivos punitivos:** Encontramos aquí intervenciones en espacios públicos por parte de la policía local, provincial, federal como así también de la gendarmería en estaciones de trenes. Lugares de detención y privación de libertad en comisarías, destacamentos, penitenciarías.
- **Dispositivos de ciudadanía⁴²:** A través de discursos, reproducción de normas, reglas y límites sociales, ciudadanos/as “anónimos/as”, comerciantes, transeúntes, donadores, intervienen y modifican sus maneras de estar en la calle.

A pesar de que estos dispositivos se definan y caractericen de distinta manera según determinados objetivos y propuestas, en las perspectivas de los propios pibes y pibas aparecen englobados en una categoría homogénea. Así, a lo largo del trabajo de campo, me encontré en repetidas oportunidades con las frases: “*son todo lo mismo; te chamuyan; da igual; no se puede hacer nada; son así; no los puedes cambiar*” ante las preguntas sobre determinados dispositivos. Esta caracterización los identifica como, en parte, los mismos dispositivos se presentan, como inamovibles y rígidos. Actúa sobre esta estructura una doble relación de uso y descreimiento en paralelo. Existe una sensación, validada en

⁴² Entendida en términos de Valeria Llobet (2010:56) como modalidad de relación entre Estado y miembros como parte del “Régimen de verdad” (Foucault, 1979) de cada sociedad. A partir de conjugar derechos y deberes, la ciudadanía se constituye en un dispositivo de verdad sobre el que se fundamenta el poder.

experiencias cotidianas y concretas, donde los dispositivos no responden de la manera en que ellos y ellas esperan.

- *¿Cómo elegís los espacios a los que querés ir?*

- *No lo elijo, tienen días por ejemplo la Casona⁴³ tiene un día de jóvenes que si vos no estás yendo no podés ir, lo mismo panadería. Y la iglesia es solo el miércoles.*

- *Y también acá en las plazas*

- *Ah sí bueno estos también vienen distintos días según cada grupo.*

- *¿Y a Niñez vas?⁴⁴*

- *Ahí cuando te dan bola, a veces te vienen a buscar pero nunca hacen nada es como que vienen para mostrarte que trabajan pero solo lo muestran después no hacen nada, te dicen que van a empezar el documento o que te van a llevar al médico y no vuelven por meses y después cuando vuelven te retan*

- *¿Cómo sería eso?*

- *Te dicen que te tenes que hacer el documento, que te pongas las pilas, que es tu vida y esas cosas pero ellos no continúan los acompañamientos esos.*

- *¿Todos hacen acompañamientos? ¿la iglesia, el tranfo y Niñez?*

- *No, ah bueno sí, pero re distinto. Con Niñez uno hace las cosas como que te diga “serías” pero después la re cuelgan o vas y no te atienden.*

- *¿Cómo sería?*

- *Los documentos, los turnos...*

⁴³ Espacio de Niñez de El Transformador

⁴⁴ Refiriéndome a la Dirección de Niñez y Adolescencia del Municipio de Morón

- *¿Y la casona no hace eso?*
- *Sí en realidad sí, lo hace pero también se la pasan retardote cuando no vas o te quedas dormido ahí es más los talleres o que pasen por acá⁴⁵ a ver cómo estás.*
- *¿Y las iglesias?*
- *Esa es fácil, te traen ropa, te suman a ayudar a otras personas que la están pasando mal, comes con tus amigos.*
- *Pareciera que es lo que más te gusta.*
- *Sí porque ayudás a otros y estás acá en la plaza, a veces se pudre porque se agarran a las piñas o atacan a la gente que viene buena onda y no da, pero es lo que pasa.*
- *Pero el tranfo y los operadores también vienen para acá.*
- *Pero no es lo mismo, la posta es ir a a la casona, por acá sólo pasan y ven que esté todo bien.*
- *¿Vos estuviste en la Casa de Abrigo de la muni, no?*
- *Sí.*
- *¿Y porque no te pinto seguir ahí?*
- *Tenías a todos los pibitos llorando y un montón de tareas, te levantaban temprano y a los gritos, si yo acá estoy bien no necesito estar ahí encima esos colchones eran más incómodos, dormía re mal, me hicieron mal la espalda.*

(R.12: 22/7/2019. Emiliano, 16 años)

⁴⁵ Tras las dinámicas de callejeada El Transformador realiza una recorrida semanal por los lugares donde se encuentran las y los pibes.

En su caracterización vemos cómo los distintos dispositivos son calificados a partir de las respuestas o propuestas que realiza cada uno de ellos y cómo éstas son identificadas como acordes o negativas para sus usuarios/as. No casualmente, aquellos dispositivos que se presentan como entes ejecutores de la política pública de niñez tanto en los dispositivos estatales como a través de aquellos espacios comunitarios que cuentan con programas y financiamientos del Estado, que tienen una expertiz en el marco de la ley de resguardar derechos, son interpretados como más rígidos y normativos que aquellos que realizan tareas de asistencia por fuera de la normativa y esto se debe a la responsabilidad que conlleva y que se traducen en ciertos procedimientos estandarizados ya sea a través de la realización de documentación, auditorías, mediaciones, medidas, entre otros. Esta práctica se entiende en el marco del “paradigma de la normalización desde el cual los dispositivos se ocupan de proveer entorno ambiental y de rutinas y/o dinámicas cotidianas similares a las de un hogar” (Llobet, 2010: 100). En este marco, el sistema de promoción y protección de derechos se centra en la posibilidad de restituir derechos desde una perspectiva universal donde “hogar, familia, trabajo, educación” se construyen de manera homogénea. Desde esta propuesta, se construye una relación de permanente tensión entre las diversas trayectorias con las que llegan las y los pibes a los dispositivos y la respuesta unificada que se propone desde el dispositivo: *“Con todos hacen lo mismo, te preguntan si tenés DNI, que si vas a la escuela, que si te hablás con tu familia y que si te ponés las pilas ahora de grande vas a poder trabajar y tener casa, y eso es un re chamuyo”* (R.14: 22/10/2019. Dario, 15 años).

En contraposición al sistema tutelar, al adecuarse a la Convención de los Derechos de la Niñez las instituciones y programas enmarcados en el nuevo paradigma apelan a la voluntad en vez de a la obligatoriedad (Ibid. 2010: 106). En sus términos, la voluntad es entendida a través del “interés” que manifiesta el pibe o la piba en sus propuestas institucionales. De forma que si no hay acercamiento o modificación de ciertas prácticas cotidianas no es posible la continuidad de un seguimiento o intervención: *“Son todo lo mismo, no quieren ver lo que vemos” respondió enojado. ¿Y por qué eso no te enoja de la iglesia o de la dirección de niñez? pregunté “porque ellos son así no los vas a poder cambiar”* (R.14: 22/10/2019. Dario, 15 años).

Entonces, los dispositivos no cambian y son vistos como estáticos, lo que cambia es la estrategia frente a los mismos. En ese sentido, se entienden a los dispositivos desde la mirada de quienes son intervenidos o intervenidas. Sobre esto, coincidimos con Michel De Certeau en que, si bien los sistemas ejercen el poder y éstos implican efectos en la estructura social, existen también “procedimientos populares -minúsculos y cotidianos- que juegan con los mecanismos de la disciplina y sólo se conforman para cambiarlos” (2007). A través de estos “procedimientos mudos” se organiza el orden sociopolítico como así también se trazan los rasgos de la cotidianidad concreta en relación a los dispositivos de intervención. De esta manera, desde lo cotidiano, cada sujeto implementa distintas estrategias y acciones sobre un mismo tipo de intervención. En términos de Gramsci, “el Estado no es algo impermeable a la lucha de clases, sino que es atravesado por ellas” (1995: 64). Es desde esta concepción que sostenemos que es en el terreno de luchas donde compiten las diferentes fuerzas sociales del Estado y es en ese escenario en el que se inscribe la promoción de intereses, sentidos y representaciones que influyen en las relaciones de fuerza y en las orientaciones dominantes en la sociedad.

3. Del acompañamiento a la intervención

Así como los dispositivos, en su origen, tienen el propósito de intervenir y controlar el orden social, los sujetos con sus estrategias moldean, resquebrajan e incluso modifican las estructuras de funcionamiento de los propios dispositivos. De esta manera, encontramos a la práctica de *intervenir* como aquella que reproduce la propia lógica del dispositivo. Por el contrario, las propias personas que integran los dispositivos estatales de gestión de la niñez como trabajadores y/o funcionarios emplean a su vez diversas acciones y prácticas que no siempre se relacionan con los lineamientos programáticos y estructurales de los dispositivos que integran. Al acompañar, al vincularse, los lazos y relaciones construidas por las y los trabajadores con las y los pibes, el dispositivo es plausible de ser modificado y así lo identifican las y los receptores de sus políticas. Que los dispositivos sean permeables a los cambios y tensiones de las personas que los integran en el cotidiano, sugiere la existencia de un proceso de apropiación por parte de los usuarios para su propio beneficio. Los casos de algunos de los dispositivos ubicados en el municipio de Morón-sobretudo los llevados a cabo por

el “Programa por Chicos con Menos Calle” como por las organizaciones sociales “El Transformador” y “Cable a Tierra”- pueden ser esclarecedores para caracterizar la relación entre el dispositivo y usuarios como dinámica y cambiante. Allí tanto trabajadores/as como pibes/as construyen relaciones y moldean la política pública desde la propia experiencia cotidiana y situada en el espacio. De esta manera, las y los sujetos “hacen carne las políticas” como sostiene A. Barna en su trabajo sobre el Servicio Local de La Matanza (2015). Esta actitud frente al trabajo, no casualmente es asumida por quienes tienen el rol de “operadores/as sociales” en contraposición de otros roles técnicos y/o administrativos que suelen asumir tareas de documentación y derivación desde las distintas sedes. La figura de operador/a, es entendida en términos de Barna, como una de las figuras producidas por las formas estatales contemporáneas, y funciona de manera central para la implementación del proceso de territorialización de las políticas de infancia (2015: 116). Al hacer carne las políticas en el territorio, el operador se apropia de la práctica y construye prácticas de acompañamiento. Explica Barna sobre la relación entre operadores y técnicos que funciona como:

Par en tensión, como dos imágenes identitarias que pendulan entre la militancia y el saber profesional como recursos legitimadores de saberes contrapuestos. (...) Suelen enmarcarlo en una trayectoria más amplia de trabajo en territorio con niños y jóvenes, que usualmente se relaciona con organizaciones sociales o socio-religiosas de base, en muchos casos en los mismos barrios donde ellos han crecido o viven actualmente. Es habitual que tanto los propios operadores – aunque no exclusivamente ellos- se asocian a sentidos vinculados a lo barrial y territorial y en particular al “embarrarse” como oposición al “escritorio”, asociado despectivamente al universo técnico. (2009: 12)

Como explicamos previamente, la aplicación de la Ley Provincial de Protección y Promoción de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes se realiza mediante los servicios zonales y locales, este último, en el Municipio de Morón, se caracteriza por su disposición territorial. Esto responde a un mecanismo de construcción de la política pública que pondera lo local como espacio de construcción micro-política y re-sitúa a los barrios como espacios privilegiados para la gestión de los programas sociales (Barna, 2015: 114) durante los últimos años. En ese sentido, para Laura Santillán “el campo de intervenciones contemporáneas sobre la infancia y la vida familiar no está exento de estas tendencias hacia la territorialización de las iniciativas estatales” (2011, en Barna

2015: 115). En cuanto a la descentralización, particularmente se caracterizó por la implementación de políticas desde el estrato nacional hacia los municipios y demás jurisdicciones provinciales con la intencionalidad de garantizar la participación, aunque controlada, de los beneficiarios (Paoloni, 2016). Sobre esta característica Isela Firpo y Laura Salazaral refieren: “En la práctica, este proceso fue de desconcentración de la ejecución pero, al no descentralizarse el manejo de fondos, queda invalidada.” (2011: 154) En ese contexto, en Morón cada oficina del servicio local, que corresponde a la Dirección de Niñez y Adolescencia, se encuentra ubicada en las diferentes sedes llamadas Unidad de Gestión Comunitaria del Municipio (UGC) e intervienen sobre las y los niños de cada territorio según la dirección de su hogar. En el caso de las y los pibes que habitan el espacio urbano de Morón, esta descentralización de la dirección en sus distintas UGC imposibilita su intervención, ya que se entiende que cada pibe/a debe ser intervenido desde la sede que le corresponda por su domicilio (que en muchos casos no corresponden siquiera con el municipio de Morón). Es así que las y los pibes en calle se dirigen directamente a la Dirección Municipal ubicada en el centro urbano y, donde por mucho tiempo funcionó el Programa “Por Chicos con Menos Calle” que las y los tenía como destinatarios. Esto se debe a que durante 10 años, el municipio de Morón tuvo en funcionamiento un dispositivo de atención y acompañamiento específico para niños, niñas y adolescentes con experiencias de vida en calle. El Programa Municipal “Por Chicos con Menos Calle” de Morón (creado en el año 2004) realizaba una dinámica de callejeadas diarias y contaba con un espacio de atención ubicado en la Dirección de Niñez y Adolescencia ubicada en el centro del distrito. En sus objetivos principales se establecía la misión de “intervenir con niños, niñas y adolescentes en situación de calle, creando un vínculo de confianza que permita poner en práctica estrategias de reducción de daños y restitución de derechos”⁴⁶ En esa línea, la definición del nombre “Menos Calle” se relaciona con una perspectiva que no carga prejuicios sobre la permanencia en la calle sino que se propone su reducción de daños y la posibilidad de acompañar tras la restitución de derechos. Este dispositivo funcionó hasta el año 2017, cuando fue reemplazado por el Programa Provincial de Operadores de Calle. “El Menos calle” -como también lo llaman las y los pibes- se caracterizó por el vínculo generado no sólo con el espacio y sus propuestas sino

⁴⁶ Proyecto del Programa Por Chicos Con Menos Calle, 2009

también con las trabajadoras y trabajadores que hicieron parte del mismo y desarrollaron sus proyectos en torno a la cercanía establecida.

Particularmente, las trabajadoras y trabajadores que integraron este espacio desde el año 2002 hasta el cambio de gobierno encabezado por Ramiro Tagliaferro en 2015, se caracterizaron por un claro compromiso en la práctica de restitución de derechos, la grieta existente entre el discurso y la práctica de la restitución de derechos de la niñez se saldaba en la relación creada entre operador/a - pibe/a a través de las “estrategias prácticas” implementadas por las y los trabajadores estatales, mediante las cuales “redefinen la institución sin entrar en confrontación con la lógica dominante pero sí generando así el espacio para el desarrollo de otras lógicas” (Llobet, 2010: 82). En este caso, esto se puede comprender a través de las acciones de los trabajadores/as del mencionado programa, tal como fueron señalando los propios pibes y pibas:

- **Horas extras de trabajo:** *“vino a verme en un horario que no trabaja⁴⁷; ¿todavía estás por acá?⁴⁸; “Este está como nosotros todo el día en la calle”⁴⁹.*
- **Visitas a familiares de las y los pibes en lugares alejados a su espacio laboral:** *“Con Paula era distinto, ella se subía a su auto y nos caía a Rodriguez para ver si estábamos bien”⁵⁰; “Ella conoce todo de nosotros: mi barrio, mi familia, mi casa. No hay secretos entre nosotros, ah re”⁵¹.*
- **Pago de viáticos y otros gastos no pagos por la Dirección:** *“ahora que pegué la sube de Catalina soy yo”⁵²; “Siempre que tenemos turno en el médico nos compra un pancho”⁵³*
- **Continuidad en la labor por mucho tiempo:** La mayoría de las y los trabajadores del Dispositivo “Por Chicos con Menos Calle” trabajaron en el mismo por más de 4 años promedio, de forma que construyeron referencia en el territorio.

⁴⁷ Registro nro. 9

⁴⁸ Refiriéndose a un operador que se acercaba a él. Registro nro 4

⁴⁹ Ibid. 30 Registro nro 14

⁵⁰ Refiriéndose a una de las trabajadoras del Programa Por Chicos con Menos calle que se desplazaba en su auto particular de Moron a Gral. Rodriguez

⁵¹ Registro nro. 4

⁵² Registro nro 11

⁵³ Registro nro 2

Esta práctica posibilitó, a su vez, la sensibilización y politización de la problemática. A raíz de ella, quienes eran trabajadores y trabajadoras del Estado dependientes de un programa de política pública, también asumieron un lugar político y militante de forma que crearon junto a las organizaciones sociales de la zona la Red de Operadores de Calle en el año 2005⁵⁴. A través del acompañamiento realizado por las y los trabajadores desde esa perspectiva construida en la práctica, tanto los pibes y las pibas como sus propias familias valoraron la práctica y construyeron relaciones de confianza con ellos y ellas, de forma que la continúan añorando. Desde esta iniciativa, se acompañó en materia de derechos a las y los chicos que habitaban la calle de Morón con articulaciones con escuelas y salas de salud, con trámites de documentación y acompañamientos de causas y con propuestas recreativas y formativas. Del mismo modo, en la sede de la Dirección de Niñez y Adolescencia funcionó un espacio diario de atención para las y los pibes donde asistían para alimentarse, vestirse, higienizarse como así también dar seguimiento a su trabajo de documentación y acompañamiento. Por otro lado, desde el dispositivo se visibilizó la voz de las y los pibes de Morón a través de la creación de campañas de sensibilización junto a la Red de Organizaciones en Calle⁵⁵.

Durante los cuatro años de gestión del Gobierno de Cambiemos tanto a nivel local como provincial, el Organismo Provincial de Niñez y Adolescencia incorporó el programa de Operadores en Calle en algunos municipios que se eligieron como “testigos” para su implementación. En esa línea, Morón, fue seleccionado por su historia y por su política de niñez para ser sede del nuevo dispositivo. Con la llegada del Programa de Operadores de Calle, el dispositivo Menos Calle dejó de tener financiamiento y con él las y los trabajadores que hacían parte del mismo fueron reubicados en otros espacios y direcciones municipales. Ante la falta del rol de acompañamiento de las y los trabajadores de Menos Calle, las y los pibes señalaron una diferencia con el nuevo programa de operadores que fue caracterizado por la práctica de intervención y no como un acompañamiento. Como elocuentemente expresó Bruno: “*Antes era distinto, te conocían, te*

⁵⁴ Que luego se llamará Red de Organizaciones en Calle tras la participación y fuerte presencia de organizaciones sociales en la misma

⁵⁵ “Espacio de articulación interinstitucional entre organizaciones de la sociedad civil y actores del Estado municipal y provincial en la zona oeste del conurbano Bonaerense, se vinculaba a la necesidad de implementar políticas sociales destinadas a la infancia en condiciones de calle” (Paoloni, 2016: 132)

acompañaban de verdad. Ahora ni saben tu nombre y te saludan desde lejos” (R.14: 22/10/2019. Bruno, 17 años)

Así, el cambio del programa de Menos Calle por el de Operadores de Calle en el año 2015 aparece en el relato como un punto de inflexión a nivel local, un cambio de la práctica de acompañamiento a la de intervención. Aquellos vínculos e historias de acompañamiento contruidos en torno a las relaciones de confianza con las y los pibes y sus familias se rompieron con la llegada del nuevo programa. El espacio de la Dirección de Niñez y Adolescencia que había sido referencia para las personas que habitan la calle dejó de recibirlas y esta situación generó mucho malestar. Sobre esto reflexionaba Violeta (18): *“Y ahora hacen como si nada, como si no existiéramos. Desde chiquitos todos vamos a la dirección no nos pueden decir que ahora nos vayamos a la Casa de la Juventud⁵⁶. Bien lejos nos quieren”⁵⁷*. Desde su lectura, Juana (18) interpreta que *“la quieren lejos”* es decir, por fuera del centro de Morón, siendo el espacio que suele habitar. Como explicó también Ayelén

Ahora acá nadie te ayuda así que por eso lo digo, yo no me cayo nada, lo que más bronca me da es que se creen que son lo único para nosotros onda nuestra única salvación y nada que ver, osea nos tienen que ayudar pero nosotros igual nos la rebuscamos.(R.2: 17/04/2019. Ayelén, 15 años)

Podemos inferir que, cuando no hay acompañamiento, el *“nos la rebuscamos”* -como señaló Ayelén - es una respuesta posible que no deja de exigir lo que corresponde ya que entiende la responsabilidad de los dispositivos respecto de ellos y ellas. El *“rebuscarse”* implica la creación de una serie de estrategias y acciones para habitar la calle ante la falta de las respuestas esperadas. Al rebuscarse las y los pibes construyen su relación con los dispositivos de manera independiente y sin esperar mucho de ellos. Desde su experiencia, el dispositivo, entonces, aparece como un espacio reconocido para garantizar ciertos derechos pero que, a su vez, presenta límites. Y, paradójicamente, al postulado de la progresividad de las leyes ⁵⁸ podríamos decir, a partir de este caso, que existe cierto deterioro entre las formas de acompañar que se realizaban desde el

⁵⁶ Refiriéndose a otro dispositivo ubicado en Morón Sur a más de 20 cuadras del centro de Morón

⁵⁷ Registro nro. 12: 22/07/2019, 19 años.

⁵⁸ En A. Barna 2015 (p. 40) puede encontrarse mayor información al respecto

“Programa Por Chicos con Menos Calle” y el Programa de “Operadores de Calle” que lo reemplazó. Del acompañamiento a la intervención.

4. De la calle a la casona

“En la casona es distinto. Es como la escuela, tenés horarios y talleres. También pasan por acá para ver que esté todo bien. Lo que a mí me gusta es que te enseñan tus derechos para que te defiendas”

(R.9: 27/6/2019. Julián, 17 años)

En este apartado me gustaría centrarme en la relación construida entre las y los pibes con una de las organizaciones sociales del conurbano oeste que realiza acompañamientos hacia la niñez en situaciones de vulnerabilidad. El Transformador, la casona, los hippies, condensan en la experiencia de las y los pibes de Morón una relación particular que se distingue de los otros dispositivos que habitan y circulan. Como comentamos al inicio de este trabajo, la organización social “El Transformador de Haedo” aborda la problemática de la niñez desde los comienzos de la Ley 13.298 de Promoción y Protección de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes. Como Asociación Civil, “el Transformador” constituye programas de intervención y acompañamientos conveniados con el Organismo Provincial de Niñez y Adolescencia. La consolidación del Sistema de Protección y Promoción de los Derechos de la Niñez y Adolescencia en 2007 con la ley provincial 13.298 implicó la generación de acuerdos entre diferentes actores que ya sostenían espacios de acompañamiento de manera previa a los postulados de la ley. Así, partidos políticos, gremios, organizaciones sociales e iglesias de base no sólo conservaron una injerencia activa en el trabajo cotidiano con niñez y adolescencia sino que también fueron parte del proceso de construcción del proyecto de ley durante el gobierno de Néstor Kirchner. Por esta razón, a partir de la creación de la nueva ley de niñez se construye una relación entre organizaciones sociales y gobierno que no fue ajena a las disputas y conflictos políticos de los años anteriores surgidos tras la crisis del neoliberalismo hacia finales de la década de los ´90 y comienzos del 2000. Este proceso socio histórico fue constitutivo de la identidad territorial. En el año 2008, en el marco de las tensiones mencionadas por la plena consolidación del Sistema de Protección y Promoción y, tras la

necesidad de las autoridades del ejecutivo provincial y municipal de contener las demandas sociales sostenidas por las organizaciones sociales en diversos municipios se creó el Programa de Atención Integral a Niños, Niñas y Adolescentes en Situación de Calle⁵⁹, marcado por la participación e impronta de las ya mencionadas organizaciones. La aprobación de convenios de cooperación con organizaciones de la sociedad civil que ya venían desarrollando actividades en la promoción y protección de derechos en condiciones de calle, representó una respuesta a sus demandas y reclamos. Ahora bien, como sostiene Paoloni (2016):

La existencia de organizaciones de la sociedad civil, con basta trayectoria de atención a la infancia y la adolescencia con experiencia de vida en calle en la región oeste, determinaba un contexto de desafíos para la construcción del Programa de Atención a Niños, Niñas y Adolescentes en Situación de Calle (PAINNASC), así como las posibilidades de reconstituir una matriz válida de relación entre la sociedad civil y el Estado local y provincial, materializada en programas concretos. Surge del PAINNASC, un claro reconocimiento al accionar de diferentes organizaciones sociales y movimientos cuyas prácticas se enmarcaban en el enfoque de derechos con participación de los NNYA, cuestión por demás necesaria para la intervención eficiente de una política social de abordaje territorial. Esto va a representar una clara ruptura con el modelo anterior de intervención tutelar y represiva.

(2016: 122/123)

Sobre este aspecto se destaca en su enunciado principal : “El Estado de la provincia de Buenos Aires a través del programa de Atención a Niños, Niñas y Adolescentes en Situación de calle, sostuvo y sostiene casi la totalidad de iniciativas de ONGs, particularmente del conurbano bonaerense, adecuando las ofertas asistenciales a las necesidades emergente”⁶⁰. En términos de estructura, el programa plantea como objetivo general la reducción de aquellos factores de riesgo a los que están expuestos los pibes y pibas con experiencias de vida en calle apelando a una perspectiva integral y de revalorización de la familia y la comunidad, como actores estratégicos.

Al respecto explica Paoloni (2016):

⁵⁹ Por resolución 565/97 del ex Consejo Provincial del Menor, en los partidos de Morón, Ituzaingo, Moreno y La Matanza, ubicados al oeste de la provincia de Buenos Aires.

⁶⁰ Subsecretaría de Niñez y Adolescencia, Programa de Atención Integral a Niños, niñas y Adolescentes en Situación de Calle. Resolución 565/97 del ex Consejo Provincial del Menor, Buenos Aires, 2008.

La propuesta de los Programas de Atención a Niños, Niñas y Adolescentes en Situación de Calle establece la necesidad de acciones consensuadas a los fines de otorgar prioridad en la atención a salud, educación y vivienda. En efecto la participación protagónica en instancias locales del SPPDN⁶¹ no quedaría contemplada en la estructura formal del programa, entendiendo que la condición de calle implica exclusivamente la inserción de niños, niñas y adolescentes en espacios recreativos, culturales y de contención. Como consecuencia de ello la participación quedaría relegada al campo de las organizaciones sociales que formarían parte de dicho programa.

(2016: 122/123)

Sobre esto, resulta pertinente retomar los aportes de Héctor Atilio Poggiese (2016) que incorpora el concepto de “redes mixtas” para referirse a la tensión existente tras la participación de los actores que provienen de espacios sociales y/o comunitarios en instituciones estatales de estructura vertical y que, al mismo tiempo, sostienen la necesidad de ejercitar la horizontalidad de las relaciones sociales en ese espacio. Al respecto de las redes mixtas, Poggiese plantea: “Las redes mixtas socio-gubernamentales (de gestión asociada o cogestivas) se configuran como un sistema que genera un nuevo ‘saber-hacer’. ‘Saber-hacer’ es un compuesto de saber y de hacer, que se potencia en su continuum. Se conoce de una manera nueva y por eso se actúa de una manera nueva, o viceversa, porque se actúa de una forma nueva, se puede conocer de otro modo.” (1985:26)

“El Transformador de Haedo” se inscribe en esa historia siendo una de las pocas organizaciones que sostiene dicha práctica de articulación con el Estado en la actualidad y, a su vez, se constituye como Espacio de Niñez. Así, es parte de una elección política poner foco en la niñez a la hora de definirse. Al igual que el Programa “Por Chicos con Menos Calle” -y quizás de una forma más acentuada- las y los operadores de “El Transformador” -que cobran por su trabajo a partir de la obtención de becas y convenios con la provincia- alternan la figura de trabajadores del Estado (al realizar proyectos, notificar a las entidades correspondientes las historias acompañadas, derivando situaciones de vulneración de derechos, entre otras) con la figura de militantes (politizando el

⁶¹ Sistema de Protección y Promoción de los Derechos de la Niñez y Adolescencia

sentido del sujeto de derechos “niño”, exigiendo reivindicaciones y mejoras económicas, formándose y generando instancias colectivas de producción de conocimientos).

Si bien desde el lado de las y los operadores los límites en las tareas y posibilidades de acción parecen claros, del otro lado, el de los pibes y pibas que son destinatarios de sus propuestas, muchas veces surgen contradicciones. Esto se debe a la tensión existente entre un discurso político contra la criminalización de las infancias pobres -que sostiene que las y los pibes “no son peligrosos sino que están en peligro”- y la necesidad de reglas claras para el desempeño de la tarea. Esa tensión muchas veces no es comprendida por las y los pibes que, desde su estrategia de supervivencia en la precariedad, eligen tomar algunas de las propuestas elaboradas por el colectivo pero no su totalidad.

-No, nada que ver, yo hago lo que se me canta pero si necesito algo de ahí veo cómo me la rebusco y la consigo. Sólo con los hippies es más difícil y nada.

-¿Porqué es más difícil?

-Porque no siempre queremos participar de todo lo que hacen ellos

-¿Y por qué no?

- Porque a veces es un embole y está bueno cuando van tus amigos, pero sino ni da, entonces faltás y después por ejemplo no podés viajar⁶²

- ¿Y a vos te gustan más esas partes de viajar?

-Y sí, porque hacés cosas que no hacés acá ¿Me entendés? Para ir a hablar con gente que ni te cabe y que te tenés que volver a cruzar ni da.

(R. 14: 22/10/2019. Julián, 17 años)

La existencia de reglas y la construcción de acuerdos mínimos establecidos por la organización -como el cumplimiento de horarios, el sostenimiento de la

⁶² Refiriéndose al viaje de fin de año que realiza la organización con la condición de sostener permanencia en el espacio durante el año.

participación y la no violencia dentro del espacio comunitario- muchas veces generan una grieta entre los y las pibas que eligen participar o no del mismo: *No, ahí no vamos más. Porque si vamos, nos vamos a agarrar a las piñas con unas gilas que también van, es fija y eso a los hippies no les gusta* (R. 9: 27/6/2019. Clara, 15 años).

Es evidente en sus relatos la tensión entre las reglas y los límites claros que sostiene la organización por un lado, y sus aportes particulares que no se encuentran en los otros dispositivos, así lo explicaba Julián:

- Y, con la casona es distinto, está bueno, onda te enseñan tus derechos. Yo antes no sabía que podía denunciar cuando la policía se zarpa y ahí te enseñan cómo es la mano.

-¿Cada cuánto vas vos a la casona?

-Y, no... muy cada tanto. Como que no me pinta para todos los días. Son copados y te tiran cosas piolas, pero después para el día a día yo tengo que trabajar y entonces si no participo después tampoco puedo hacer las actividades porque te dicen que es para los que van seguido. Igual todo bien con los hippies.

(R. 2: 17/04/2019. Julián, 17 años)

Si bien en sus relatos no coinciden con algunas de las propuestas o mecanismos de funcionamiento que tiene El Transformador como organización social, este espacio es identificado por su propuesta política y no cuestionan sus reglas y/o definiciones como sí marcan cuando se refieren a los dispositivos de gestión estatal. Como explica V. Llobet (2010), uno de los objetivos principales de los Centros de Día consiste en la limitación de la permanencia en la calle a través de la construcción de diferentes propuestas y actividades de restitución de derechos. Esta propuesta, en muchos casos, choca con las experiencias de las y los pibes que no coinciden en la necesidad de reducir su permanencia en la calle siendo, como vimos en el primer capítulo, el espacio social para desarrollar las diversas estrategias de precariedad y resolver la dinámica cotidiana de producción de vida.

5. Dejar de ser de la calle estando en la calle

“Hice todo, pero todo, lo que me dijeron que me iba a sacar de la calle, y acá me ves”

(R. 14: 22/10/2019. Manuel, 19 años)

Como vimos hasta aquí, tanto los programas estatales como aquellos comunitarios que cuentan con convenios mediante becas con el Organismo de Niñez realizan diversas propuestas para los pibes y las pibas de Morón, y éstas tienen sus similitudes en la práctica. Por un lado, en lo que respecta a las y los trabajadores a través de la elaboración de estrategias prácticas para el desarrollo de la política pública de la niñez acorde a su compromiso con la promoción, protección y restitución de derechos. Por otro lado, por la lógica de funcionamiento normada y estructurada en horarios y rutinas donde se sostienen ciertos acuerdos de participación entre los/as usuarios/as y los dispositivos, que ambas partes deben cumplir. Desde este posicionamiento, los dispositivos sostienen la importancia de respetar el interés superior de los niños/as y, por ende, su voluntad para aceptar cada intervención o no. Si bien las intervenciones realizadas por los dispositivos estatales y comunitarios de Morón tienen distintos procedimientos llegan a la misma propuesta: la construcción de un “proyecto de vida”⁶³ y, por ende, individual. Este recorrido implica según cada trayectoria: la documentación y el acceso del derecho a la identidad; el seguimiento de su situación de salud; la escolarización, alfabetización y/o acompañamiento de trayectorias escolares; la revinculación con referentes familiares; la incorporación a cooperativas, emprendimientos y/o diversos proyectos laborales acordes a cada uno/a de los/as pibes/as. La construcción de un *proyecto de vida* para los pibes y pibas que habitan la calle en Morón suele ser un proceso muy complejo, ya que implica el despojo de los hábitos y rutinas callejeras propias para la incorporación de nuevos hábitos normados socialmente. La mayoría de las y los pibes con los que trabajé expresaron una sensación de frustración frente a la construcción de un proyecto de vida y todo lo que esto implica.

A lo largo de mi experiencia como operadora de calle y, particularmente, tras los ocho meses de trabajo de campo, pude notar cómo la propuesta de

⁶³ En términos de los propios dispositivos.

construcción de un *proyecto de vida* -que es presentada desde los dispositivos como una alternativa a la calle y como parte de un acompañamiento comprometido y genuino con las y los pibes- muchas veces genera un proceso contraproducente en sus usuarios/as. El no cumplir con los horarios, dejar de asistir a la escuela, no responder a los pedidos de los dispositivos en el cotidiano, entre otras prácticas, aleja a las y los pibes de la propuesta de acompañamiento.

Manuel hizo “todo” -como él afirma- para concretar la propuesta sugerida por los distintos dispositivos. Proveniente de una de las familias más históricas de permanencia en la calle en Morón, el joven de 19 años a quien conozco desde los 13 participó de todas las propuestas y realizó cada una de las recomendaciones que le hicieron: Se re-escolarizó a los 16 años y terminó la escuela a los 19 años con buenas notas, realizó los trámites correspondientes para la restitución de su identidad, alternó la calle con la casa de la familia de su novia y finalmente consiguió un trabajo en un restaurante. Su historia era comunicada como ejemplo hacia los demás pibes y pibas por parte de los dispositivos. Sin embargo, en uno de los últimos días de mi trabajo de campo volví a hablar con Manuel y la situación había cambiado:

- *¿Cómo estás Manu?*
- *Ahora enojado, estaba trabajando de bachero hasta hoy y me despidieron de la nada,*
- *¿Cómo es eso?*
- *Parece que el dueño quiso meter a otro conocido y de la nada le dijo al otro que trabaja con él que me despida. Yo ya tenía DNI, me visto bien, trabajé bien. Es muy injusto. Es como que los trabajos normales no son para nosotros aunque nos parezcamos lo más que podamos a ellos.*
- *¿A qué te referís?*
- *Eso, yo me empilcho bien, tengo DNI, estoy terminando la escuela, todo lo que nos dicen que hay que hacer para progresar y parece que no es tan así, soy el*

ejemplo de que se cagan en todo, y vos sabes que a mí ni me pinta la de robar, ni nada ¿Pero qué voy a hacer, pasarmela en el semáforo o de cuidacoches?

(R. 15: 12/11/2019. Manuel, 19 años)

Ciertamente esta historia no es determinante ni es responsabilidad del joven ni de los dispositivos. Sin embargo, hay algo de ella que me atrajo para entender las prácticas de la política pública en el cotidiano de las y los pibes. Como sostiene V. Llobet, las intervenciones se proponen recrear un niño/a donde hubo un pibe/a de la calle (2010: 203). La tensión entre la niñez entendida como homogénea, de identidad inmutable y esencializada (Szulc, 2006) y las identidades forjadas a través de las trayectorias y experiencias de calle, construye distintas maneras de ser pibe/as y, por ende, las prioridades presentadas por los dispositivos para la vida de las y los pibes son distintas a las que ellos/as mismas jerarquizan para producir vida. En un contexto tan complejo de precarización y desempleo como al que asistimos, el “esfuerzo” de hacer todo lo solicitado para normalizar y estandarizar la vida no alcanza para lograrlo. Esto se relaciona a su vez, con las desigualdades tanto de capital económico como simbólico y cultural, la falta de conexiones y/o redes personales que inhabilitan a las y los jóvenes de las barriadas populares a conseguir su primer trabajo. El planteo realizado por los diferentes dispositivos de intervención o de acompañamiento hacia la construcción de un *proyecto de vida* deja entrever una perspectiva compleja sobre la agencia de los pibes y las pibas. Como sostiene Andrea Szulc desde esta perspectiva, se “sobrestima la capacidad de acción social de los niños y niñas” (2019:56). Es decir, se acciona desde un concepto de agencia que suele vincularse con el de individuo de la modernidad occidental, como plantea Lucía Rabello de Castro (2001). Como vimos previamente, este es un proceso de homogeneización e individualización de los sujetos sociales que no contempla las desigualdades en términos de las pertenencias de clase, de géneros y/o las diferentes trayectorias de las personas, y que puede terminar responsabilizando por los pobres resultados a la propia población vulnerada.

6. Rezar, comer, ayudar: La propuesta de las Iglesias para los y las pibas...

- “¿Y las iglesias?”

- *Esa⁶⁴ es fácil, te traen ropa, te suman a ayudar a otras personas que la están pasando mal, comés con tus amigos.*

- *Pareciera que es lo que más te gusta.*

- *Sí, porque ayudás a otros y estás acá en la plaza.”*

(R. 14: 22/10/2019. Emiliano, 16 años)

La circulación de personas y la conectividad con distintas localidades con las que cuenta el centro urbano de Morón, como dijimos previamente, posibilita la existencia de expresiones colectivas en la vía pública de manera cotidiana. En ese sentido y, de igual manera, las iglesias y grupos religiosos se apropian de los espacios sociales para visibilizar sus creencias. En este apartado nos detendremos en aquellos grupos que realizan diversas actividades en torno a la existencia de personas en situación de calle sin distinción intergeneracional. Durante el trabajo de campo realizado en el año 2019 y, tras experiencias previas en el territorio, pude constatar que las distintas propuestas empleadas por las iglesias son valoradas y concurridas de manera mayoritaria por las personas que circulan y habitan la calle en el centro urbano Morón. De manera notoria, en el período abordado se relevó una participación desigual entre varones y mujeres en la obtención de alimentos y vestimenta en las distintas entregas diarias que se realizan. *“Y claro porque ellos pasan por la comida antes de volver a sus casas cuando vienen de trabajar”⁶⁵* me respondió Ramona⁶⁶ cuando consulté por la participación masculina en dichas entregas. *“Para nosotros esto es un lujo, comida calentita todas las noches, allá en el barrio no existe que te acerques a la plaza y te den de comer, allá te cagas de hambre, es corta.”*

(R. 4: 08/05/ 2019. 41 años)

La existencia de espacios concretos con horarios y días fijos para la entrega de los distintos recursos de “mercadería” necesaria para la vida, colocan a Morón

⁶⁴ Refiriéndose a la pregunta

⁶⁵ Registro nro. 4

⁶⁶ Madre de un grupo de pibes y pibas que circulan la calle durante el día junto a ella

en un lugar privilegiado en contraposición a otras localidades o barrios periféricos, como ya planteamos. Desde esta lectura, habitar en Morón y acceder a ciertos recursos también distingue entre aquellos/as que “salen” del barrio y quienes se “quedan”, a las y los que les llega una selección de lo *rescatado*.

Las tareas y propuestas desarrolladas por las distintas iglesias en el centro urbano de Morón son diversas. Aún así, a pesar de las posibles diferenciaciones y características que las separan, para los pibes y las pibas de Morón representan un mismo dispositivo. Las actividades empleadas por la catedral que responde a la iglesia católica o aquellas que corresponden a los distintos templos evangélicos son entendidas en un marco más general que se lee a partir de sus propias prácticas: entrega de alimentos para comer en el momento como así también de alimentos no perecederos; donaciones de ropa, pañales y artículos de limpieza; instancias de oración, sanación e imposición de manos; propuestas para el aseo e higiene personal. Las actividades llevadas a cabo por las personas de los distintos grupos religiosos, mencionados como “los grupos de la comida” por los mismos pibes y pibas, se sostienen en torno a las motivaciones y creencias de quienes lo integran. En ese sentido, muchas personas mantienen una continuidad en la propuesta mientras que otras participan solamente por un tiempo. A raíz de las formas de participación que tienen las personas integrantes de los distintos grupos religiosos, se generan diversas relaciones y vínculos con los propios pibes y pibas, llegando incluso a relaciones de “padrinazgo”, adopciones, invitaciones a sus casas, entre otras. En esos casos, las y los pibes las identifican por su compromiso y permanencia, que se percibe sincera. La dinámica generada a través de la construcción de lazos e implicación en la vida de cada uno/a se opone a la propuesta de acompañamiento y/o intervención implementada por los dispositivos estatales y comunitarios desde los cuales se intenta sostener un tipo de relación profesional y con adecuación a la ley de promoción y protección. Como pude registrar en mis notas de campo:

Me contó también que por la noche del día del paro vinieron las personas que dan de comer en la Plaza La Roche “ellos no paran” me dijo. Relató que fue uno de los únicos en ir comer de forma tal que “lo mimaron y que le dieron más comida y ropa” de lo habitual. (R.8: 30/5/2019. Emiliano, 16 años)

Las actividades llevadas a cabo por los grupos religiosos llevan consigo objetivos claros y éstos son repetidos de manera cotidiana por sus usuarios: *“ahí dan la comida; hoy llevan ropa; los miércoles cortan el pelo; si vas temprano te podés bañar; es por orden de llegada; antes de comer hay que orar; si hacés bardo se van.”* Estas frases hacen parte de distintos comentarios y reflexiones en torno a los grupos religiosos y su incidencia en el cotidiano de las y los pibes, las propuestas implementadas por los distintos grupos se asemejan en la existencia de reglas que se identifican como claras en contraposición a lo que vimos con los dispositivos estatales y comunitarios: *“A mí lo que me gusta es que acá no hay reglas, ¿me entendés? Como que nadie te lleva la cuenta ni te preguntan si ya viniste ni nada, si tenés ganas vas, entrás, te sirven, comés. Sin vueltas.”*(R.9: 27/6/2019. Juan, 18 años)

“Sin vueltas” respondió Juan ante la pregunta sobre qué le gustaba a él de los grupos que entregan comida en Morón. La falta de reglas y/o límites a la hora de habitar determinado espacio habilita un modo de participar distinto que se centra en “las ganas” y no exige nada a cambio. Sin embargo, esta caracterización muchas veces es más profunda, donde la entrega de comida, vestimenta, elementos de limpieza no son colocados en el centro para su elección sino lo que estos espacios posibilitan: *“Yo a veces prefiero las sobras del Mc donalds y otros restaurantes que comer el mismo arroz de siempre, acá vengo porque están mis amigos y me veo con gente que en otros lados no encuentro”.*(R. 14: 22/10/2019. Santiago, 15 años)

La combinación producto de “la falta de reglas” con la disposición en el espacio urbano que habitan, junto a la entrega de recursos para los que se asumen usuarios, logra una síntesis valorada y cuidada por la mayoría de las y los que participan de los mismos. La elección y circulación por los distintos dispositivos de entrega de comida se relacionan con las experiencias y vínculos particulares que las distintas personas usuarias como su grupo familiar priorizan: *“la comida es más rica; te traen mercadería; son re buena onda; ayudas; van mis amigos; nadie me molesta”.* Si bien, como dijimos previamente, las distintas actividades son entendidas como parte de un todo sin discriminarlos: *“los que dan la comida; la iglesia; el comedor”* también existen particularidades que las diferencian: *“la próxima tenés que entrar a comer con nosotros -dijo Juan- se come re piola ahí,*

*lástima que es una vez por semana*⁶⁷. Su uso y circulación por los distintos dispositivos se combinan entonces como estrategia para optimizar los beneficios y el placer: “No cambian mucho, el único bueno es el de la catedral, ahí comemos ‘comida’ por ejemplo tarta de jamón y queso, hamburguesa, milanesa”⁶⁸.

- *Ahora soy colaborador*

- *Qué bueno ¿ Y qué significa eso?*

- *Que soy parte del grupo que ayuda*

- *¿Y qué tarea tienes que hacer?*

- *Nada, ayudar*

(R. 9: 27/06/2019. Dario, 16 años)

Otra de las características destacadas sobre las propuestas de las iglesias se centra en el rol que posibilita su participación, la idea de “ayudar” y de sentirse parte de un colectivo que integra al tiempo que responde de manera concreta a los pedidos de cada pibe/a habilita la construcción de nuevos roles y experiencias en torno a la vida en calle. Desde las propuestas de entregas de donaciones en clave de actividades solidarias y/o asistenciales por la ciudadanía, las y los pibes encuentran un escenario con menos condicionamientos, más libre para desplazarse en la práctica y con posibilidad de modificar su rol de ser “ayudado” a “ayudante”.

7. Rebuscar(se)

⁶⁷ Refiriéndose a la iglesia católica. Registro nro. 9

⁶⁸ Registro nro 14

Las prácticas llevadas a cabo por los diferentes dispositivos son diversas y cambiantes también según los vaivenes políticos, heterogeneidad, complejidad y similitudes claramente entendida por los pibes y pibas.

De esta manera, las actividades realizadas por los dispositivos religiosos y de la sociedad civil a través de la entrega de alimentos, vestimenta y como espacio de encuentro, se entienden y valoran desde la libertad que posibilitan. En lo que respecta a los dispositivos estatales y comunitarios, su manera de uso y las formas de relacionarse son distintas, esto se debe, como vimos previamente, a que las propuestas y actividades sostenidas desde los distintos dispositivos para la población en calle generan una serie de contradicciones difíciles de saldar en el cotidiano de las y los pibes. El pedido de ciertas formas de participación o de respuestas esperadas son leídas, como dijimos anteriormente, en clave de la “voluntad” o motivación y como condición para continuar las propuestas de acompañamiento, propician una tensión entre lo que “la calle” y los afectos esperan de ellos/as. Como sostiene Llobet (2010) “la calle es el espacio donde no es necesaria la voluntad sino las herramientas/armas de sobrevivencia”, el pedido de la construcción de una identidad distinta a la callejera exige la construcción de un comportamiento “normado” y estructurado en horarios, hábitos y formas de expresarse que si se aplican en el cotidiano de la calle no se sobrevive. De esta manera, a raíz de las intervenciones de los dispositivos, se forjan identidades en permanente tensión entre lo que se espera del pibe/a con experiencia de vida en la calle y lo que ellos/as eligen hacer en su cotidiano. Aquí se refuerza, sin intención, la histórica y estereotipada oposición víctima-victimario: Quienes aceptan el acompañamiento y muestran voluntad como incentivo para la permanencia en los dispositivos de intervención vs quienes se resisten y sostienen sus formas de vida callejera.

Como vimos a lo largo del capítulo, estas formas no se dan de una u otra manera y tampoco quienes las habitan eligen una en oposición de la otra. Por el contrario, registramos múltiples estrategias de *rebusque* y negociación para moldear la política pública al propio cotidiano. Los dispositivos hacen parte de la vida de las y los pibes pero no son constitutivos sino que se suman como herramientas dentro de un entramado de relaciones, afectos y experiencias, trama en la que profundizaremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 4

“Acá soy re yo”:

Experiencias de afectos, elecciones y placeres en la calle

1. Introducción

Si bien la diversidad de los dispositivos de intervención y acompañamiento sobre la niñez y adolescencia en calle antes mencionados se despliegan como escenario propicio para la creación de circuitos habitables y de supervivencia en el centro urbano de Morón, la permanencia en la calle excede el mecanismo expuesto hasta el momento. El trabajo de campo realizado durante los últimos años del Gobierno de Cambiemos tanto a nivel local como provincial y nacional nos muestran, a través de la mirada de los pibes y las pibas, la complejidad de producir vida y un cotidiano del mismo modo en que se hacía hasta el momento.

Como vimos en el segundo capítulo, la situación de las barriadas populares linderas al centro urbano de Morón generó dos mecanismos en quienes las habitan, ya sea de prisión y encierro o de expulsión. En este caso, podemos ubicar a los pibes y las pibas con quienes se trabajó en el segundo grupo de aquellos/as que, por diferentes motivos, se van de sus espacios de origen. En este contexto, la calle aparece como un espacio que ofrece algo distinto, por más efímero que sea. Así como sostienen las organizaciones sociales acompañantes de los pibes y las pibas en Morón que “la calle no es un lugar para vivir” debido a la inseguridad que genera, en el relato de los pibes y las pibas advertimos su complejidad, ya que para ellos y ellas hay inseguridad pero también hay placer. Espejar la situación de la calle frente a la de la barriada popular durante el trabajo de campo expuso que la sensación de inseguridad, incomodidad y violencias en mayor o menor medida se replican. Sin embargo, el placer que ofrece la ciudad a través de los afectos, bienes y sustancias es más accesible en las calles del centro de Morón. Por ese motivo, en este último capítulo nos detenemos en la relación existente entre lo que ofrece la calle y la posibilidad de libertad y elección que de ella se desprende. Un proceso de autonomía tanto subjetiva como colectiva donde los pibes y las pibas se enfrentan a la posibilidad de elegir sobre sus propias vidas, en contraposición a los sentidos hegemónicos que se la niegan. En la calle, como sostiene Shaw (2002), hay placer y ese es en gran parte, el motivo por el que los pibes y las pibas eligen habitarla. El placer de los afectos, las amistades y redes construidas en torno a las experiencias e historias comunes; el placer “de la fisura⁶⁹” que posibilita el acceso fácil al consumo de sustancias, cuerpos y bienes que, en el lugar de origen no se sirven

⁶⁹ Con el término “fisurar” los pibes y las pibas se refieren a aquellos momentos en que una persona se encuentran bajo el efecto de alguna sustancia psicoactiva como así también para señalar a quienes realizan actividades delictivas.

como en góndola de supermercado o no se eligen mostrar; el placer de la libertad, de saberse hacedor de la propia vida, son algunos de los ejes que abordaremos a continuación.

Vale aclarar con esto, que no es mi intención romantizar la permanencia en la calle. Por el contrario, buscamos dar cuenta de que, en el contexto situado de ajuste y crisis económica durante el Gobierno de Cambiemos, la calle alojó a aquellos pibes y pibas que fueron sus víctimas. La calle, con su peligro e inseguridad pero también con sus placeres y goces. La calle, como espacio posible para ensayar nuevos procesos tanto de autonomía como afectivos frente a la precarización de la vida, una perspectiva que cualquier programa interviniente debería incorporar.

2. La calle de los placeres

*“Entonces se portaron como niños,
gozaron de una felicidad
que antes nunca habían gozado”*

Jorge Amado, Capitanes de la Arena (1937)

“El recorrido empieza en la Estación Morón del tren Sarmiento, allí decenas de colectivos provenientes de las diversas barriadas populares del conurbano oeste confluyen en el mismo epicentro. Las bocinas y motores se mezclan al ritmo de los temas más escuchados que resuenan en algún parlante ubicado de manera estratégica por el vendedor de CD’s. Enfrente, quienes van finalizando su jornada laboral se congregan en la panchería de la esquina para disfrutar los goles del campeonato local. El olor permanente de las tortillas, en ocasiones combinadas con el humo de choripán invaden el ambiente. Mientras muchas personas circulan fugaces por el espacio, otras tantas permanecen en el polígono imaginario que bordea las vías y se prolonga hasta la plaza del centro. Un grupo de niños y niñas juegan alrededor de la fuente de agua donde sus familias comienzan a armar una larga fila sin forma a la espera del comedor de turno. En algunos rincones de la plaza circula alguna cerveza o porro entre grupos. Si bien todo parece diversión, cada tanto alguien levanta la voz y el entorno se tensiona expectante ante otro posible conflicto cotidiano.

Cuando comienza a llegar el grupo de personas que entrega la comida, quienes estaban afuera de la fila empiezan a acercarse. Se dividen entre varones y

mujeres, siendo la primera tres veces más larga que la segunda debido a que la mayoría de los varones presentes se acercan tras su jornada laboral y previamente a la vuelta a su casa. Los pibes y las pibas ignoran las filas y pasan directamente al frente de las mismas donde son recibidos con cariño. Serán las y los primeros en recibir su bandeja de comida, pero no se tratará sólo de eso: entrega de regalos y mercadería especial para ellos y ellas; recomendaciones o avances con cierta documentación personal; oraciones e imposición de manos son algunas de las dádivas que se entregan a aquellos pibes y pibas que sostienen su presencia a lo largo de las entregas semanales. Tironeos, gritos y risas confunden a las y los voluntarios del comedor en cada entrega. Tras conseguir el objetivo, que puede ser ropa, mercadería o comida para la noche, cada pibe o piba regresa a su grupo de pertenencia donde ponen en común el bien recibido e intercambian según las necesidades. Cada tanto un voluntario interrumpe hacia adentro del grupo con un botellón de jugo fluorescente. La falta de “sabor” de la comida se convierte en una crítica constante y se recurre a los locales de comidas y/o kioscos en búsqueda de algún condimento o aderezo.

Mientras las y los voluntarios comienzan a recoger las bandejas plásticas a medio comer, los pibes y las pibas que habitan la calle, se repliegan en su dinámica: algunos vuelven al ciber; otros/as retoman su circuito de recolección y ‘rescate’; hay quienes se quedan a la espera del desperdigamiento de los presentes para continuar circulando su porrito con tranquilidad y otros acompañan a sus afectos a la estación de tren y paradas de colectivos, como si se acompañara a la puerta de la casa cuando se despiden visitas. Cuando la medianoche se acerca cada uno/a vuelve a su ranchada, según la noche se disponen a dormir o continúan de fiesta. El que hizo una moneda en el día es incentivado para pagar la cerveza, el pancho, el chocolate o cualquier otro placer mundano. Se distribuye entre los afectos mientras se recuerda alguna anécdota o hazaña vivida por alguno de sus integrantes. Hay quienes comienzan a acurrucarse en el colchón y a estirar las frazadas mientras los más trasnocheros continúan charlando. De a poco son más los acostados que los despiertos hasta que en un momento el silencio se vuelve melodía. Queda algún que otro celular levantado intentando enganchar la señal municipal de wifi para hacer una última repasada por la red social preferida. Mañana será otro día en la calle de los placeres...”

(R. 16: 19/11/2019)

“- *Acá soy re yo*

- *¿Qué significa eso para vos?*

- *Que tengo mis amigos, mi pilcha, mis changuitas. Me conocen todos, y me respetan como soy”*

(R. 8: 30/05/2019. Juan, 18 años)

“Es un error pensar que la calle es pura miseria”, sostiene el educador de jóvenes de la calle en los EEUU e investigador de la problemática Kurt Shaw en su libro “Para una teoría general de la calle” (2002), donde recopila una decena de experiencias de programas y organizaciones que trabajan con niñez en calle. En la calle hay diversión, hay placer y afectos, no tomarlo en cuenta a la hora de producir teoría es ignorar el trabajo etnográfico. Este error, afirmo junto al autor, no es un mero error académico:

Este error nos motiva a construir programas que no atraen ni brindan respuestas a los deseos existenciales del niño. Si pensamos que la calle es pura miseria, entonces concluimos que basta con construir un hogar para que los niños lleguen a él. Parece obvio que un albergue, la escuela, el programa de capacitación laboral, etc, son mejores que la calle, ¿cierto?(Ibid. 2002: 22)

Por alguna razón, los pibes y las pibas que habitan la calle no eligen la alternativa a la calle construida por los programas y dispositivos, y eligen permanecer en ella. En la calle, explica Shaw, hay placer a pesar de las miserias y, para quienes llegan a ella tras experiencias y trayectorias de marginalidad, se convierte en un escenario posible para la satisfacción efectiva de diversos deseos. Como expresó Bruno: “Ya te digo, yo acá estoy re bien. Me levanto y desayuno, si pinta voy a la escuela, de ahí a viciar un rato al ciber, veo a mis amigos, hago una moneda y ceno piola. Eso en mi casa no lo puedo hacer, por eso me la paso acá”. (R. 14: 22/10/2019. Bruno, 17 años)

Efectivamente en la calle hay diversión, hay elección, sentimientos, emoción y libertad. En la calle se puede satisfacer el placer y el deseo aunque sea de manera fugaz y, muchas veces, eso se puede tomar como contrapartida a la situación de marginalidad de donde cada uno/a proviene, donde el entretenimiento material de los jueguitos en red, el pancho, la coca, el porro y el dinero no son opción: *Acá para bajar un toque te fumas un porro y entrás en otra sintonía, yo me re calmo en esa, acá es donde más tranquilo estoy.* (R. 3: 02/05/2019. Camilo, 17 años).

En Morón, los pibes y las pibas no sólo se alejan de historias complejas, también hay quienes sostienen su vínculo con afectos y familias cariñosas, pero la calle se convierte en una búsqueda de libertad que excede la procedencia: “Los deseos de los niños de la calle no son deseos extraños, sino deseos existenciales que todos tenemos. Igualmente, me animo a comprobar que, en el contexto del barrio marginal, es lógico buscar satisfacer tales deseos en la calle” (Shaw, 2002: 1).

Ubicar las emociones, corporizarlas, cargarlas de contenido e historia nos permite examinar los modos en que las experiencias y discursos dan forma a los contextos socioeconómicos. Elegir hablar desde los placeres y las emociones, nos permite mirar a las y los sujetos como activos. Como sostiene Maria Epele:

Las emociones son experiencias y estrategias retóricas por las que las personas se expresan, reclaman, promueven, prohíben o justifican ciertas acciones sociales. Son producidas y construidas en el lenguaje y en las relaciones sociales. Integran idiomas de rebelión y discursos de resistencia, es decir modos de establecer, reafirmar o cuestionar relaciones de poder (Scheper-Hughes, 1992:431). Por lo tanto, los placeres, los malestares, la alegría y la tristeza, el bienestar y los padecimientos se han convertido en una manera de problematizar lo que uno es, hace, la clase o minoría social y el género al que pertenece, de reconocer(se) a sí y a los otros. Los modos y las prácticas de regulación y control de los placeres y del sufrimiento se relacionan con las políticas de la vida, las formas de ejercicio del poder y sus técnicas, las características de las economías de los intercambios. En el placer, el sufrir, se pone en juego el problema del dominio, del control, de la soberanía, de la esclavitud, de la libertad, en el contexto relacional con el cuerpo, con los otros, con sí mismo, con el poder y con la verdad (Foucault, 1986).(2010: 233)

Por su parte, en la compilación “Teorizar la emoción” realizada por Sirimarco y Spivak (2018) las autoras se detienen en la importancia de investigar desde la

emoción y el afecto entendidos como “el ojo de una cerradura” (Ibid: 10) que nos permite aproximarnos de manera genuina a las trayectorias en cuestión. Teorizar desde la emoción, una propuesta teórico, metodológica y política para asomarse a relaciones sociales desde la etnografía (Daich, Pita y Sirimarco, 2007; Epele, 2008; 2010, Viotti, 2009; Spivak L Hoste, 2010; 2014; 2016; Sirimarco, 2010a, 2010b; Lombraña, 2011; Fernández Álvarez, 2011; Zenobi, 2015; Cabrera, 2014 entre otros). Explican Sirimarco y Spivak siguiendo a Leavitt (1996) que las emociones y sentimientos son fenómenos de aprehensión múltiple “que no invalidan sino que involucran, al mismo tiempo, tanto sensaciones corporales como significados culturales; tanto sentimientos subjetivos como interpretaciones culturales; tanto cuerpo como mente”.(2018: 9)

En lo que corresponde al estudio de los afectos, Sirimarco y Spivak proponen entenderlo de manera enraizada al cuerpo y que, por ende, no puede ser escindida del sujeto en conocimiento. En esta línea, las autoras plantean que el cuerpo es fuente de experiencia sensible, y que es en ese sentir que “desencadena un conocimiento no intelectualizado” (Ibid: 9): “Así, el afecto resulta un fenómeno corpóreo, que tiene lugar de modo previo a cualquier codificación cultural. Es decir, resulta una cualidad sensitiva de la experiencia. O, como querría Spinoza (1677), una cualidad propia del cuerpo: la de afectar y ser afectado” (2018: 9)

Desde estas perspectivas, en los siguientes apartados trazaremos un recorrido que hilvana emociones, placeres, violencias y sufrimientos en entramados colectivos e historizables difíciles de desentrañar. Las formas de ser, hacer y estar en la calle se convierten en una ética y estética colectiva que supone modelos corporales, discursos y códigos específicos (Alabarces, 2004). Estos modos de ser y de habitar, refuerzan una dinámica emocional que se compone tanto entre el registro del cuerpo propio como con los vínculos afectivos; en su relación con los recursos, bienes y sustancias; entre el dolor y las miradas ajenas, entre la valentía, el miedo, la lástima y el orgullo y la picardía, donde se construye pertenencias e identidades. Estas prácticas tanto placenteras como de sufrimiento exponen los límites del acompañamiento o intervención de los diferentes dispositivos. Evidenciar otras formas de sentir placer es disputar y reformular de manera continua lo que las políticas y las economías normalizan como autonomía y soberanía de los cuerpos.

3. ¿Qué ves cuándo me ves?

*“¿Y cómo hacen para que las promesas del capitalismo se cumplan?
Paradójicamente, rechazando todos los valores del capitalismo.
Salen a la calle, viven en el mugre,
no trabajan por su sueldo,
irritan a la burguesía...”*

Kurt Shaw

Desde mi experiencia como operadora de calle, así como a través del trabajo de campo etnográfico, pude comprobar que los pibes y las pibas eligen salir a la calle y habitarla. Hay una elección, y esto muestra el protagonismo y poder de los pibes y las pibas a la hora de tomar decisiones como sujetos sociales frente a determinados procesos históricos que agudizan las privaciones en sus barrios de procedencia. Sin embargo, el estereotipo social reproducido desde gran parte de los distintos dispositivos - religiosos, mediáticos, gestión estatal, sociedad civil- se centra en la perspectiva del niño/a como víctima, de forma que imposibilitan su reconocimiento como actores sociales. Ciertamente estos supuestos no son transparentes, porque son narrativas compuestas por los victimarios, pero aún así, como plantea Shaw (2012):

No podemos negar el vínculo entre el sufrimiento y la inocencia. Los niños de la calle se aprovechan de esta asociación para sentirse buenos. Sus vidas sí valen, porque sufren. Para los que dudan, observen el rostro del chico al hablar de su sufrimiento: habrá placer en este cuento. (2012: 21)

Como dijimos previamente, con la llegada del gobierno de Cambiemos en el territorio de Morón y sus alrededores se desplegó un nuevo contexto, frente al cual las poblaciones crecientemente vulneradas implementaron (no tan) nuevas estrategias. Así, aquellos pibes y pibas que fueron construidos como una imagen emblemática de los procesos de empobrecimiento y desigualdad social de las sociedades latinoamericanas (Gómez da Costa, 1998: 14) eligieron utilizar el estereotipo asignado para su conveniencia y como estrategia para cubrir sus distintas necesidades. Sobre esto, me comentaba la madre de un grupo de pibes y

pibas de diferentes edades que circulan por el centro urbano de Morón: *El viernes me llamaron de la escuela, pero ellos no quieren ir si no están bien vestidos. Acá⁷⁰ tampoco quieren venir si no tienen ropa que les gusta.* (R. 9: 27/06/2019)

El lucir ropa limpia y de marca, cortes y teñidas de pelo, tener teléfono celular propio y con acceso a redes sociales, el participar de distintas actividades sociales (alquiler de canchas de fútbol, ciber, cine, recitales y boliches), mismo el contar con dinero (a veces mucho en relación al imaginario social que se conserva) se presentan como una nueva manera de ser y estar en la calle. Detrás de escena, incluso aunque el peatón o las/los operadores jamás las vean, cada pibe o piba cuenta con su rinconcito escondido de la gran ciudad, donde conserva sus bienes y objetos preciados.

Como relató Juan: *“Yo vendo la ropa que me dan, ni a gancho me pongo eso. Yo tengo mis gustos, no me voy a poner cualquier cosa porque estoy en la calle ¿entendés? hay que mantener la facha (risas)”* (R. 14: 22/10/2019. Juan, 18 años)

Así, en términos de Juan hay una figura que “hay que mantener”, esta figura ya no se relaciona con la ropa deshilachada o sucia que aparece en el imaginario social del pibe o la piba en calle, por el contrario, el esfuerzo se centra en obtener aquel conjunto de marca o la visera con la etiqueta más grande. Como evidencian los siguientes fragmentos de entrevistas, no todo son carencias materiales en sus vidas:

Julian: - ¿Juan, me comprás un pancho vos que sos rico ahora?

Camila: - ¿Cómo que es rico?

Julian: - Sí, la semana pasada se hizo como dos lucas de changa”

(R.10: 03/07/2019. Julián, 17 años)

Emiliano- Viniste muy temprano hoy.

Camilia -Sí, ni llegué a desayunar. ¿Vos comiste o compro unas galles?

Emiliano - Yo desayune un café con leche y medialunas ahí en la esquina. Tengo plata ¿Te invito?

⁷⁰ Refiriéndose al comedor de la catedral de Morón

(R. 7: 23/05/2019. Emiliano, 17 años)

Manuel- Hoy no puedo porque juego a la pelota.

Camila- ¿En la de la catedral?⁷¹

Manuel- Nah, alquilamos una cancha

Camila- ¡Mirá!

Manuel- Nadie se esperaba esa de mí

(R. 14. 22/10/2019. Manuel, 19 años)

Así, a partir de mis intercambios con los pibes y las pibas de Morón pude comenzar a deconstruir una noción que, incluso como operadora de calle continué arrastrando, en cuanto a la idea de que por estar en la calle las personas no acceden a bienes, recursos materiales ni dinero. En repetidas oportunidades propuse comprar galletitas o gaseosas para hacer de las entrevistas una instancia más tentadora, pero pocas veces mi propuesta fue aceptada, ya que siempre encontraban una oportunidad superadora a la cual incluso eran capaces de invitarme. Ciertamente, el consumo y la necesidad de acceder a ciertas marcas no es ajeno a quienes habitan la calle. No obstante, quizás sea uno de los puntos que los distintos programas y dispositivos no contemplan a la hora de intervenir y/o acompañar a las y los pibes. Como explica Shaw, “el deseo es una cosa mucho más complicada que la dinámica de querer y tener. El deseo no quiere satisfacción. El deseo desea siempre más deseo” (2002: 16) y la calle, aunque sea de manera temporal, aparece -para quienes llegan de trayectorias de marginalidad- como un escenario propicio para su satisfacción.

Aunque parezca extraño, el niño encuentra placer en la calle, encuentra algún tipo de reconocimiento, y logra contarse un cuento sobre su propia vida. De igual manera, la calle siempre brinda nuevos deseos, e intensifica los deseos ya presentes con el anhelo de no dejarlos insatisfechos.(Ibid: 22)

La posibilidad de concretar los placeres y deseos, por más mínimos en la calle, se plantea como una diferencia palpable frente a la situación conocida de sus

⁷¹ Refiriéndome a la plaza principal de Morón

barriadas y de las personas y afectos que las habitan. El poder disponer de los recursos y bienes materiales de forma libre y, por ende, jerarquizada según la propia decisión, se convierte en un privilegio, como me explicaba Juan (18) en una de nuestras charlas:

Entendés, yo acá no gasto en nada, ahorro mi platita para el vicio y listo. No tengo que llevar plata a mi casa, no cargo SUBE, duermo donde quiero. Entonces la plata que me hago es para los puchos, la pilcha, el ciber y cada tanto para cuando pinta joda y listo, hasta me sobra. Estoy joya, no me puedo quejar. (R. 8: 30/5/2019. Juan, 18 años)

La sensación de abundancia es concreta y palpable frente a la escasez cotidiana de la barriada, sin embargo, se relaciona más directamente con aquellos pibes y pibas que no tienen otro compromiso más que con su deseo y placer. Aquellos y aquellas que mantienen relaciones y vínculos con otros afectos ajenos a la calle ya sea de maternidad/paternidad, el cuidado de adultos mayores y/o de hermanos/as más pequeños/as, o quienes cuidan de algún bien o terreno en el barrio, ven tensionada su sensación de libertad. Así explicaba Violeta (18) su experiencia:

Yo la viví re bien acá hasta que nació Joni (2), ahí ya es distinto, aunque te quedés en la calle tenés otros horarios, tenés que llevarlo a los controles, conseguirle comida y ropita, y todo eso no se puede manteniendo el ritmo de cuando sos pibita y no te importa nada (R. 4: 08/05/2019)

Es por eso que entre las y los mismos pibes de Morón la diferencia radica entre quienes se muestran deseosos de vivir una vida sin responsabilidades y aquellos/as que alternan el disfrute de la calle con otros compromisos. Y, muchas veces, esa diferenciación radica en las relaciones desiguales de géneros propias de la estructura patriarcal, donde las mujeres asumen las tareas de cuidados de familiares y/o afectos (Faur, 2014; Leavy, 2019), alejándose en la mayoría de los casos del cotidiano de la calle o de algunas dinámicas que ésta les ofrece.

3. “Somos nosotros”: El placer de los afectos

- *¿Qué es lo que te gusta de la calle?*

- *Que puedo estar con mis amigos y siempre compartimos cosas*

(R . 13: 15/10/2019. Emiliano, 16 años)

Si tuviera que relevar aquella pregunta que más veces realicé durante mi trabajo de campo, seguramente se relaciona con la elección de calle como lugar para habitar. La mayoría de las respuestas que obtuve, de pibes y pibas con diferentes trayectorias de vida y edades, se centra en la relación que encuentran entre la permanencia en la calle y las amistades que en ella hicieron. Como explican Pojomovsky y Gentile: “Los vínculos afectivos generados y reforzados en la vida callejera, constituyen verdaderos anclajes que obstaculizan un eventual retorno de los chicos/as a su casa” (2008: 118).

La dinámica callejera hace parte de una historia construida durante mucho tiempo en el espacio social, tal como lo explicamos en el capítulo II. Una historia que cuenta con lugares señalizados para su circulación, comercios donde dejar los bienes materiales, personas amigables a quienes pedir ayuda en momentos específicos, organizaciones sociales, iglesias y centros de día. Quienes incorporan dicha dinámica a su cotidiano callejero, generan diferentes vínculos con cada una de las personas que encarnan dichos espacios así como también con las y los usuarios de los mismos. La ranchada, el grupo de fútbol, la ubicación en un punto particular de la plaza La Roche, la participación o no en alguna de las actividades propuestas por los centros de día se configuran en torno a las relaciones que las y los distintos destinatarios de las políticas de calle van construyendo. En lo que respecta particularmente a la experiencia trabajada, pude dimensionar que las relaciones entre grupos se construyen en torno a las múltiples alianzas, negociaciones, complicidades y estrategias tanto subjetivas como colectivas que afianzan la permanencia en la calle.

Yo a este ni lo conocía, así de vista lo tenía nomás porque conocía a su vieja. Un día estaba cada uno en la suya y se largó a llover, pero feo, onda tormenta con viento y granizo. En dos segundos desapareció toda la gente. Yo tenía un montón de cosas que había estado laburando en el día y se me empezó a mojar todo, me vino a ayudar y nos fuimos para el ciber que yo conocía y ahí pegamos toda la onda. (R. 8: 30/5/2019. Bruno, 17 años)

Y un día nos faltaba uno para un partido y lo vimos ahí jugando con los hermanos. Y nada, le dije que si quería venir a jugar y se prendió de toque. Después nos fuimos a tomar una coca y de repente ya era del grupo, como que la agarró de toque. (R. 11: 10/7/2019. Manuel, 19 años)

Las anécdotas se centran en aquellos días que fueron disruptivos donde se recuerdan hazañas y sucesos fugaces de diversión: “Los placeres de los excluidos son los placeres disponibles en la calle” (Shaw, 2020: 33), momentos adrenalínicos relacionados al consumo de drogas, relaciones sexoafectivas, robos y huídas de la policía; campamentos y salidas recreativas realizados por algunos de los dispositivos. Todos esos momentos definen relaciones, de amistad como de enemistad, relaciones y grupos que luego delimitan el acceso a ciertos espacios. Por este motivo, gran parte de los programas destinados a la niñez en calle en el centro urbano de Morón no logran mantener la continuidad de la participación de los pibes y pibas, que buscan y eligen permanecer con su grupo de amigos/as en las distintas actividades, lo cual es muchas veces impedido -por diferentes motivos- por los mismos dispositivos de intervención.

Mi elección de priorizar aquí el relato de sus relaciones y redes afectivas, no es azarosa, sino que nos habla del contexto hostil donde fueron construidas y las propias herramientas colectivas con las que lo afrontaron. Así, por ejemplo, expresan los pibes y pibas sobre sus relaciones afectivas: “Nosotros a ella le decimos que es como nuestra mamá del corazón. Porque acá en Morón es la que nos pregunta si comemos, si tenemos frío, se preocupa cuando estamos mal y todo eso” (R. 13: 15/10/2019. Emiliano, 16 años). Experiencias que nos trazan la dinámica cotidiana de crear referencias, redes y vínculos callejeros como estrategias para el cuidado colectivo. Es en ese sentido que el grupo de pertenencia tiene una importancia crucial: “Acá somos como una manada. Entre nosotros estamos a las puteadas, pero saltamos todos si pasa algo”. (R. 8: 30/05/2019. Bruno 17 años)

Así como plantea Brigitte Vasallo (2014), es necesario pensar los vínculos, relaciones y amores desde un esquema de redes afectivas, es decir, en clave de sustitución de los entramados familiares por amplios esquemas de relaciones afectivas. Este proceso aparece en la actualidad como una estrategia de supervivencia y resistencia colectiva frente al endurecimiento del modelo de producción capitalista y, por ende, al recrudecimiento de las violencias y las desigualdades. Del mismo modo que la permanencia y la disputa por el espacio social, esta forma de construir afectos es un desafío al orden corporal normativo (val flores en Mattio, 2020). Se trata del tejido de redes afectivas que “tambalean la estructura sensible, cuyas vértebras se nutren de un canon medular neoliberal de predisposiciones emocionales como el éxito, el individualismo, el optimismo, la felicidad, la luminosidad, la alegría” (Mattio, 2020:3). La construcción de redes y grupalidad como práctica política de desobediencia frente a la norma individualista (Ibid. 2020). Sobre esto, podemos entender a la gestión del gobierno de Cambiemos en términos de Virginia Cano, apoyada “en una es/tética ego-liberal que hace de la autonomía, el empoderamiento y la inmunización una productiva tecnología de precarización afectiva” (2018: 29). En ese sentido, retomamos entonces la propuesta de Judith Butler (2010), mencionada en el segundo capítulo, de entender a la precariedad como aquella maximización de la vulnerabilidad que tiene una doble cara, ya que opera también “como posibilidad, como búsqueda, desde una resignificación como potencia transformadora habilitada por la alianza entre cuerpos precarios” (San Pedro, 2018: 2) y que puede ser entendida como estrategia de organización y supervivencia colectiva (Fernandez Álvarez, 2018). No es casual que, frente a un proceso de individualización, precarización y vulneración de la vida y los derechos, los pibes y las pibas construyan y se sostengan en redes afectivas como así también en experiencias generacionales e históricas capaces de resistir a la individualización de sus trayectorias.

4. A(r)marse en la calle

“Muchos programas bien intencionados fallan porque no entiendan el deseo de ser reconocido como una persona importante e independiente”,⁷² explica

⁷² Shaw, 2002: 23

Shaw (2002: 23). A partir del trabajo de campo realizado, considero importante señalar también otra omisión, igualmente condicionante del resultado de los diversos programas, que es el no reconocer su trayectoria en tanto sujeto colectivo. Si bien la idea de “manada” que se esconde tras la noción de “los chicos de la calle” se aplica al colectivo que habita la calle sin distinciones, existe a la par una estructura de intervención por parte de los programas de gestión de la niñez en calle que no logra acercarse a la identidad que las y los propios pibes y pibas desean construir en su cotidiano. El proceso de construcción de la identidad callejera, como vimos, es sumamente complejo, dinámico y colectivo. Por un lado, porque los pibes y las pibas se encuentran en la mirada de las personas del centro urbano. Esta mirada, como explica Shaw, está relacionada con un sentimiento de piedad (2002: 23) y también con una sensación de miedo y peligrosidad. Como pude registrar en uno de mis apuntes de campo:

Lo acompañé al cajero automático donde pide dinero. Llegamos a la puerta y no quiso entrar. Pregunté si pasaba algo ya que muchas veces habíamos ingresado juntos:

- *Pasa que cuando hay gente adentro espero a que salgan para que no flasheen ninguna, cuando salen todos entro, me siento. Igual ponele que entro y pido plata y seguro que no me dan bola. Si digo algo me ignoran y si no lo digo flashean secuencia⁷³.*

(R. 9: 27/6/2019. Emiliano, 16 años)

¿Es posible armarse y reafirmarse como sujeto social entre la sensación de ser temible e invisible, peligroso/a y amoroso/a a la vez? Si bien no pretendo –ni podría– responder esta pregunta, este tipo de planteo nos invita a nuevas reflexiones. Siendo que este proceso es cambiante y dinámico, les implica elegir mostrarse distintos/as a lo que la sociedad construye sobre sus subjetividades. A la vez, las y los conduce a reproducir aquellas imágenes y sentidos hegemónicos que se construyen sobre ellos/as. Dejar de mostrarse peligroso o peligrosa en un lugar donde la violencia es parte del cotidiano puede convertirse en una dificultad de supervivencia. Aún así, como vimos en el capítulo II con la historia de Manuel

⁷³ Con el término “flashear secuencia” los pibes y las pibas se refieren a una interpretación incorrecta y/o temerosa por parte de terceros hacia ellos/as

(19), alejarse de la imagen de “pibe de la calle” tampoco parece una posibilidad: *“los trabajos normales no son para nosotros aunque nos parezcamos lo más que podamos a ellos”*⁷⁴. Así es como muchas veces la reproducción del estereotipo les posibilita la permanencia en la calle con mayor seguridad: *“Acá te tenés que hacer valer. Los hippies de la casona”*⁷⁵ *te dicen que no se puede ser violento y que hay otras formas de resolver las cosas hablando y, todo bien, a ellos les funciona, pero si yo no defiendo lo mío a ‘cara de perro’ me quedo en bolas.”*(R. 9: 27/6/2019. Camilo, 17 años)

El cotidiano en la calle, la disputa por el espacio social y los recursos que de él se obtienen, genera una situación permanente de tensión que se defiende “a cara de perro”, como explicó Camilo. Un escenario donde el ideal de una vida sin violencia, conflictos ni agresiones, parece no poder sostenerse permanentemente. Como explica Luciano Mantiñán (2018) en su trabajo realizado en la Villa “La Cárcova” de San Martín, Provincia de Buenos Aires: “Las formas de violencia hacia la vida y sus intensidades, sus grados de brutalidad, su normalidad y recurrencia, no se distribuyen igualitariamente a través del trazado urbano” (2018:199). Sino que adquieren particularidades específicas en relación a los contextos urbanos “afectados por la extrema pobreza y la degradación ambiental” (Ibid). En ese sentido, estas formas particulares de violencia, se encuentran íntimamente relacionadas con las lógicas de poder, que no sólo atraviesan dichos espacios urbanos sino que también los configuran. Como parte de este entramado, los pibes y las pibas adoptan diversas maneras de mostrarse según el contexto, una subjetividad dinámica y cambiante que varía según el lugar donde se presenta y ante quién. En ese marco, entendemos que las subjetividades no son características individuales ni se dan de manera aislada, sino que son entidades sociales (Fonseca, 1999). Las múltiples posiciones adoptadas según la diversidad de contextos, como plantean Laclau y Mouffe, dan cuenta del carácter polisémico, ambiguo e incompleto del sujeto (2010 [1987]: 163). Ya sea en la propia calle entre pares o frente a otros adultos/as que también habitan la calle, en los distintos dispositivos con las particularidades que cada uno conserva, en los comercios y/o casas de familias donde se obtienen recursos, se construyen vínculos y formas de relacionarse en los cuales los sujetos toman posiciones distintas según el

⁷⁴ Registro nro. 14: 22/10/2019.

⁷⁵ El Espacio de Niñez de El Transformador

momento, el espacio social, la actividad, la actitud, entre otros, también cuando las y los sujetos son pibes y pibas.

5. Consumo: Fisurear, olvidar y después...

*“Hija de una adrenalina tal
Que hace bien,
Pero enseguida te condena.
A eso le llaman fisurear”*

Bersuit Vergarabat

El proceso de mercantilización y liberalización de los mecanismos de mercado -propiciado en las últimas décadas y acentuado durante el gobierno de Cambiemos en la Argentina- posibilitó la creación de nuevos negocios y empresas “allí donde no había” (Epele 2010: 43). Se trata de la mercantilización de nuevas áreas de la vida social (Harvey, 2005) como proceso macro, que se puede también observar de manera directa en el cotidiano de los pibes y las pibas que habitan el centro urbano de Morón. Para María Epele, ese contexto puede ser abordado como un proceso de expropiación del bienestar que produjo nuevos vínculos entre el bienestar y el mercado. Siguiendo la reflexión de la autora, la mercantilización del bienestar produce, a través del consumo, nuevas economías y prácticas de intercambios, otros placeres y nuevos sufrimientos (Ibid. 2010). El traspaso del modelo de bienestar al del consumo no implica que pierda su carácter placentero, por el contrario se acentúa así como, paradójicamente, “a la vez que promueven bienestar, lo controlan, lo sancionan y reprimen” (2010: 45). En esa línea, los pibes y las pibas de las barriadas populares como así también aquellos y aquellas que habitan la calle de los centros urbanos del conurbano bonaerense, asisten a dicho proceso de mercantilización de la vida sin ser ajenos al proceso de precariedad y vulnerabilidad previamente mencionada. Esta combinación entre consumo y pobreza construye un perfil de pibe o piba difícil de desandar en la subjetividad: ser joven, adicto/a, pobre. En ese sentido, la construcción de formas de ser y habitar el espacio público se producen en permanente tensión y contradicción, entre el placer y la represión. Como sostiene Horacio Sivori (2005),

el deseo en el espacio social debe ser constantemente negociado entre la promesa de placer y la amenaza de ser importunado o reprimido :

La tensión entre estas dos fuerzas se reflejó en cómo es utilizado el espacio en las trayectorias e interacciones características de los espacios públicos. La selección de los espacios y la conducta que se observa en ellos constituyen movimientos coreografiados, rutinas inventivas a través de las cuales los participantes invisten el espacio social y físico de nuevos significados. (Sívori, 2005:66)

Si bien se entiende al consumo en términos generales en cuanto a la adquisición de los distintos objetos y/o satisfacción de placeres según el contexto y los grupos sociales, en este caso podemos entenderlo por un lado, como el consumo de sustancias psicoactivas⁷⁶ (anfetaminas, paco, pegamento, cocaína, marihuana, alcohol) y en términos similares, también alude al consumo sexual de los cuerpos a cambio de dinero, intercambios y /o acuerdos. En el caso que aquí analizamos consumir también implica acceder a bienes materiales como celulares, viseras, zapatillas, conjuntos de ropa deportiva, piercing, tatuajes como así también a ciertos alimentos, entretenimientos y/o servicios como juegos en red, pools, restaurantes de comidas rápidas, entre otros. Este circuito de consumo tan complejo y amplio, se combina con actividades diversas, ya sean aquellas formales y laborales para la obtención de dinero como así también aquellas entendidas como informales y/o delictivas que posibilitan su adquisición de manera más rápida, con un plus de adrenalina, y que en muchos casos también entraña la exposición de una identidad desafiante frente a las y los pares, como así también en el espacio social en general. Si bien, como vimos anteriormente, entre las y los mismos pibes existen diferentes maneras de habitar la calle, siendo imposible de generalizar, la mirada que sobre ellos y ellas recae suele ser la misma y se relaciona directamente con aquellas actividades delictivas, ilegales, de consumo en las que pueden estar incluidos/as o no. Como podemos ver en lo expresado por los mismos pibes y pibas, mientras Camilo plantea “*Yo no soy fisura. Meten a todos en la misma bolsa. Yo sólo me fumo un porrino a la noche para olvidarme del bardo*” (R. 3: 02/05/2019. Camilo 18 años), Héctor lo explica así: “*Y ponele que vos estás sentado ahí re careta⁷⁷ en la vereda lo más piola y pasan y te miran como si estuvieras*

⁷⁶ Las sustancias psicoactivas son aquellas cuyo consumo puede alterar los estados de conciencia, de ánimo y de pensamiento.

⁷⁷ Se utiliza el término “careta” para referirse a quienes no se encuentran bajo efectos del alcohol y/o sustancias psicotrópicas.

re fisura. Entonces a mí ya me dejó de importar, que me vean así, si total...por lo menos así te olvidas” (R. 3: 02/05/2019. Héctor, 21 años)

De todos los temas abordados a lo largo del trabajo de campo, ciertamente el consumo como la sexualidad han sido de los más interesantes debido a la emoción y al estilo humorístico, en términos de Fonseca (2000), a los que se recurre al enunciarlos. Cada relato se cuenta en voz alta como hazaña para que escuche cualquier transeúnte: *A mí ni me cobran, ya soy socio vitalicio de la casa*⁷⁸ (Risas).(R. 8 30/05/2019: Héctor 21 años). Unos días antes otro de los pibes decía ante su grupo: *“Y yo cuando estoy re loco soy capaz de todo, te darías cuenta si estoy en esa porque me verías volando por los techos (Risas)”*.(R. 4 08/05/2019: Juan 18 años)

Señala Fonseca que el estilo humorístico “revela algo” y se pregunta cómo proceder para definir ese “algo”. Sobre la propuesta de esta autora, explican Daich, Pita y Sirimarco que:

Llama la atención sobre ciertas interpretaciones del humor que no dejan de trabajar con una “imagen unívoca de la moralidad convencional” en tanto enfatizan el efecto de condena sobre la trasgresión. La autora entonces advierte sobre la posibilidad de pensar al humor como un instrumento capaz no sólo de reforzar, sino también de minar la autoridad convencional.(2007: 86)

En este sentido, a través del humor, los pibes y las pibas re-direccionan la moralidad en términos de las “tácticas de consumo” definidas por De Certeau como: “ingeniosidades del débil para sacar ventaja del fuerte [que] van a desembocar entonces en una politización de las prácticas cotidianas” (de Certeau, 1996, en: Fonseca, 2000: 158).

Estar *fisura*; *puesto/a*; *irse de viaje*; *estar de gira*; *estar loco* aparecen como momentos fugaces que no sólo rompen con la monotonía del cotidiano sino que también ayudan “a olvidar”. Por eso se enuncian como instancias de disfrute y placer. “La producción de olvido y la fragmentación del recuerdo adquieren características tan particulares que, frecuentemente, se convierten en la justificación” (Epele, 2010: 164). Explica Epele que, muchas veces la producción de olvido no se agota en facilitar la convivencia con la trasgresión o su justificación,

⁷⁸ Refiriéndose a un prostíbulo de Morón

sino que tiene también una dimensión placentera en sí misma vinculada a cierta desconexión que alivia (2010:165) como así también a la desinhibición para interactuar en el espacio social, tal como se evidencia en el relato de Juan: *“Como que por un rato cortas con el mambo y estás re tranqui en la tuya sin acordarte de todo el mambo. (...) Cuando estoy en esa siento que puedo decir las cosas, me paro de mano si es necesario, te chamuyo todo. Cuando estoy careta me cuesta más”*. (R. 4 08/05/2019: Juan 18 años) Las figuras de fisura, de loco o de puesto, aparecen entonces como estrategias subjetivas y colectivas que habilitan ciertas formas de habitar y circular la calle a la vez que moldean personalidades, trayectorias y formas de permanecer en el espacio social.

6. Elegir en tiempos de ajuste

“A mí me gusta estar acá”

(R. 5: 9/5/2019. Santiago, 15 años)

En el sentido común hegemónico de origen euro-occidental, los términos “placer”, “deseo”, “libertad” y “elección” tienen muchas veces connotaciones negativas, selectivamente según de qué clase social, género, generación o grupo étnico se trate. Esto se debe, en parte, a la subestimación del tiempo libre, la recreación y la diversión dentro de la vida cotidiana, especialmente cuando se estigmatiza a los sectores populares. “Por suerte -explica Shaw- el niño de la calle no ha interiorizado esta prohibición tanto como los adultos, y esto le lleva a ser más honesto sobre lo que busca en la calle: quiere divertirse.” (2002: 24) Sin embargo, como vimos a lo largo del anterior capítulo, en las propuestas de los distintos dispositivos el juego, el ocio, el placer sólo aparecen como actividades “anzuelo”, que procuran tentar a los pibes y pibas con otros fines, como generar un posible vínculo o bien lograr su participación en determinado espacio, acompañamiento o intervención, lo cual es claramente advertido por los pibes y pibas: *“Te dicen que para seguir jugando a la pelota primero tenemos que hablar. O que después de merendar hay que quedarse al taller que viene después. Y a veces venís re quemado y si querés estar un rato con tus amigos pasándola piola pero nada más”*. (R. 9: 27/06/2019. Bruno, 17 años)

Desde la mirada de los pibes y las pibas que habitan la calle en el centro urbano de Morón, la seducción con propuestas placenteras condicionadas por su acatamiento de ciertos códigos, reglas o por su involucramiento en diversos talleres, se presenta como una práctica confusa. Es así que muchas veces eligen instancias de encuentro y diversión con sus redes afectivas, por fuera de los espacios de formación o de trámites administrativos.

La propuesta generada desde los programas se presenta polarizada entre “los momentos de diversión” -aquellos informales, de dispersión y entretenimiento- y aquellos otros formales que sostienen como importantes para su intervención: documentación, formación, acompañamiento de trayectorias educativas y/o de salud. Ciertamente, como vimos previamente, el marco de restitución, promoción y protección de los derechos de las y los pibes con experiencia de vida en calle exige una práctica sostenida e integral de acompañamiento. Sin embargo, los programas enmarcados en clave de derechos de la niñez y adolescencia confrontan con la vida construida por las y los pibes en la calle, lo cual se ha convertido en una brecha difícil de saldar. Siguiendo a Padawer, Scarfó, Rubinstein y Visintin (2009) esto se debe a la tensión existente entre autonomía y protección surgida en torno a la participación de los pibes y las pibas en las políticas de intervención sobre ellos y ellas: “Si se enfatiza la primera, se corre el riesgo de vulnerar derechos de niños y jóvenes; si se considera exclusivamente la segunda, la dificultad radica en el regreso de la tutela” (2009: 142).

Ciertamente es una relación muy compleja y, posiblemente se relacione con la falta de instancias de trabajo intergeneracional a partir del cual puedan dialogar los objetivos de los programas con las perspectivas y miradas que las y los pibes construyen sobre su cotidiano y generar un entendimiento entre sí. Los procesos de autonomía y elección llevados a cabo por los pibes y las pibas para la producción de su vida tensionan aquellas nociones construidas por los distintos dispositivos en cuanto a la promoción, restitución y/o protección de sus derechos, de lo que es un niño o una niña como así también con sus prácticas de intervención. Por ejemplo, la exigencia de cierto mantenimiento de horarios y días fijos, como de la aceptación de reglas y reglamentos ajenos al cotidiano, se complementa con la priorización de aquellas tareas formales en detrimento de las entendidas por los programas como informales, que sin embargo son constitutivas desde la perspectiva de los pibes y las pibas. Así como sostiene Shaw:

“hay pocas ONGs que entienden que el placer y el ocio pueden constituirse en un camino hacia una vida más plena y pueden satisfacer los deseos existenciales del niño de la calle” (2002: 32). No debemos olvidarnos que las intervenciones y/o acompañamientos hacen parte de un mecanismo sistemático de intervención de políticas que, en parte, aún continúan siendo asistenciales como así también arrastran prácticas violentas encarnadas por las fuerzas de seguridad (Padawer et al., 2009: 151) de forma que los pibes y las pibas “se la rebuscan” -como vimos en el tercer capítulo- para mantener su dinámica y elecciones por sobre las limitaciones y prohibiciones de los dispositivos. De esta manera, existe una clara tensión entre las concepciones que el mundo adulto tiene sobre la trayectoria de las y los pibes con la percepción y jerarquización de las propias elecciones surgidas desde el cotidiano. “No quieren ver lo que vemos”, me dijo Dario (15) en un intercambio que tuvimos y, sostuvo a continuación, “son así, no los vas a poder cambiar”⁷⁹ al referirse a los diferentes programas implementados por los dispositivos sobre ellos y ellas. Sobre esta misma pregunta, Juan (18) me respondió en otra conversación: “¿Y qué quieren que haga? Si ellos saben que nosotros nunca vamos a conseguir algo distinto”.⁸⁰

La sensación de resignación como la falta de entusiasmo por un futuro que se desvanece, ubica a las y los pibes en un presente permanente donde el placer y el deseo -aunque fugaz- es concreto, a diferencia de la proyección de planes abstractos. Esta resistencia a un modelo que no les propone seguridades ni claridad en el futuro aparece como una forma situada y concreta de producir vida de donde aferrarse. Como explica Shaw (2002) al respecto: “Las niñas y los niños de la calle no están conformes con sus vidas, ni con el mundo injusto que conocen. Por eso, salen a la calle. Es una decisión que traerá consecuencias muy negativas, pero también es una decisión digna”. (2002: 45)

Cabe aclarar, como sostiene Andrea Szulc, que “enfocar nuestras investigaciones en la niñez no debería implicar su aislamiento conceptual ni metodológico de sus entornos socioculturales” (2019:9), pues los pibes y las pibas no son ajenos a la vida social y comparten el mundo entre ellos/as como así también con los adultos y sus instituciones, aunque no en condiciones de igualdad (ibid. 2019).

⁷⁹ Registro nro. 14: 22/10/2019

⁸⁰ Registro nro. 9: 27/06/2019

Esta mirada contextualizada nos lleva a decir que, durante los años de la gestión de Cambiemos en el gobierno, los pibes y las pibas que habitaban la calle en el centro urbano de Morón, eligieron huir de aquellas “prisiones a cielo abierto”⁸¹ de donde provenían, se alejaron de la pobreza de sus casas, salieron a la calle y disputaron el espacio social del mismo modo que se antepusieron a las reglas, promesas y valores que los programas y dispositivos jerarquizaron para ellos y ellas, resguardándose, de manera colectiva, en el placer de la ciudad por más fugaz que sea. A través del abordaje etnográfico nos aproximamos a sus experiencias y perspectivas como así también a contextualizar lo que los pibes y pibas dicen y hacen sobre sus prácticas, en su relación con los diferentes agentes sociales e institucionales (Szulc et al, 2012). En ese marco, el descreimiento sobre la práctica de los diversos dispositivos no sólo radica en la tensión identificada por los pibes y las pibas entre sus prácticas y discursos, sino que también debe entenderse en su relación contextual en el que estaban insertos/as donde, ni en el barrio, ni en la calle, hubo políticas de contención o acompañamiento adecuadas para esta población en particular donde se tomaran en cuenta sus perspectivas y/o redes afectivas.

Tras este proceso de investigación y, en mi doble rol como trabajadora de niñez e investigadora social, me parece necesario plantear la importancia de haber escuchado y transmitido aunque sea una partecita de ese cotidiano que los pibes y las pibas generosamente me compartieron. Ciertamente, volver a pasar por el cuerpo aquellas experiencias que compartí junto a muchas personas comprometidas que, día a día, se esfuerzan por generar un vínculo y una propuesta genuina de vida digna a los pibes y las pibas, me devolvió una sensación de tristeza y desesperanza frente al descreimiento que ellos y ellas manifiestan. Volver a encontrarme con sus reflexiones y sensaciones, pensarlos/as durante todo el año 2020 en el contexto de la pandemia por Covid-19 me devolvió esa sensación de incertidumbre e impotencia que muchas veces tuve como trabajadora de la niñez. Por eso, cuando escribí y pensé cada palabra, cada recorte temático, lo hice desde esa experiencia que no puede entenderse sin las emociones que me atravesaron en cada relato compartido y por eso se convierte en una intención reafirmarlo en este cierre.

⁸¹Alberto Morlachetti, 2007

Estoy convencida de que las y los trabajadores construyen de manera cotidiana las estrategias y herramientas posibles para acercar la política pública a su destinatario, el pueblo. Sin embargo, los contextos de precarización, soledad y abandono a los que somos expuestas/tos interrumpen cualquier propuesta genuina y emancipatoria. En este caso en particular, considero que la incorporación real de las miradas de los pibes y las pibas en todos los ámbitos sociales y políticos puede generar un cambio significativo en la construcción de los diferentes programas y proyectos para ellos/as. En ese marco, este proceso me lleva a reafirmar la importancia de seguir trazando los puentes necesarios entre investigadores/as y trabajadores/as de los diferentes programas, reforzar la posibilidad que nos da la etnografía como ética, práctica e incluso como estrategia colectiva para la incorporación de todas las voces y también, como testigo para repensar las políticas públicas y sus programas desde sus propios usuarios/as. Porque, ¿Cuál sería el fin de este trabajo sino colaborar con la construcción de políticas de niñez y adolescencia más igualitarias y justas? ¿Cuál sería el objetivo de la escritura etnográfica sino para proponer cambios reales en el cotidiano de nuestros/as entrevistados/as?. Es un deseo que el dolor, la hostilidad y la desigualdad que relatan a través de sus experiencias los pibes y pibas, así como el compromiso y la angustia de las y los trabajadores que sostienen la práctica del acompañar, encuentren en este trabajo una trinchera para resguardarse, hacerse nuevas preguntas, repensar la práctica y continuar exigiendo más derechos e infancias libres y dignas.

Reflexiones finales:

Disfrutar la calle, desafiar al ajuste

Luego de esta experiencia de trabajo de campo etnográfico con pibes y pibas en el centro urbano de Morón y de la elaboración de esta Tesis de Licenciatura, me interesa dejar abiertas algunas pistas para repensar los sentidos reproducidos en torno a la problemática descrita y complejizar su abordaje. Como primer punto, cabe destacar la importancia de la inclusión de las voces de los pibes y las pibas como agentes sociales capaces de intervenir, disputar y participar en los procesos sociales y, por ende, imprescindibles de ser incorporados/as como tales a la investigación y producción de conocimientos de las teorías sociales.

A su vez, podemos asegurar que las y los pibes que habitaron el centro urbano de Morón durante los años de la gestión de Cambiemos en el gobierno, lo hicieron de una manera diversa, heterogénea y dinámica, como describimos y analizamos a lo largo de los capítulos precedentes. Esta afirmación tensiona con las representaciones y caracterizaciones que presentan a la calle como experiencia única y totalizadora (Kessler, 2008) que aún son hegemónicas a la hora de referirse a la niñez y adolescencia con experiencia de vida en calle tanto desde los dispositivos como en gran parte de las producciones teóricas. Por el contrario, en esta Tesis vimos, a través de las reflexiones de los pibes y las pibas, que existen diversas maneras de habitar la calle y que en ella se construyen diferentes dinámicas, estrategias, redes y circuitos. Un punto a destacar a partir de esta investigación es que tales experiencias deben ser entendidas en relación con las diversas trayectorias subjetivas como así también con las experiencias colectivas, procesos generacionales y familiares, al igual que en vinculación con las diversas relaciones afectivas con las que se enfrentan a la situación de precariedad y pobreza a la que son expuestos/as de manera cotidiana.

En ese sentido, el trabajo realizado evidencia también la situación de decadencia y expulsión -agravada sustantivamente durante los años de la gestión de Cambiemos- en las propias barriadas populares de las cuales provienen la mayoría de pibes y pibas. Si bien aquí abordamos esta cuestión en su dimensión local, los resultados de esta Tesis al igual que la información producida, por ejemplo por el RENABAP, alientan hipótesis similares a testear a nivel nacional.

Teniendo esto presente, resulta posible entender la sensación de “privilegio” que manifiestan nuestros entrevistados y entrevistadas por habitar la calle y, por ende, acceder a ciertos “beneficios”, en detrimento a la situación de sus familiares y/o afectos que se encuentran en sus casas en los barrios populares.

Así, a través de esta investigación sobre las experiencias y perspectivas de los pibes y pibas en las calles de Morón se ponen también en evidencia las complejas situaciones de salud, habitacional, alimenticia, educativa, entre otros derechos básicos, que han afectado a los sectores más empobrecidos durante los años abordados. Es por todo lo dicho, que la calle aparece como una opción posible y preferible ya que, a pesar de todas sus complejidades, se presenta con mayores posibilidades para la supervivencia que la casa en el propio barrio. La salida a la calle, “la invasión” del espacio público por parte de aquellas personas que socialmente se considera que deberían estar en sus barriadas, aparece como una respuesta colectiva y activa frente a la política del encierro y la negación de sus existencias. Como decíamos en el último capítulo, espejar la situación de la calle frente a la de la barriada popular da cuenta de que, mientras la sensación de inseguridad, incomodidad y violencias en mayor o menor medida se replican en ambos entornos -como parte de la trama urbana y sus relaciones de poder de las cuales son parte-, el placer que ofrece el centro de ciudad a través de los afectos, bienes y sustancias es más accesible y, por ende, palpable. Así, la práctica de habitar la calle, muchas veces asociada con el extremo de la pobreza y miseria social es, a los ojos de las y los pibes, un escenario posible para el acceso a recursos materiales y afectivos que en otros contextos resulta más complejo.

En ese sentido, pudimos ver que las nuevas representaciones de ser pibe o piba en la calle tensionan con aquellas construcciones sociales que asociaron históricamente a los pibes y a las pibas con experiencia de vida en calle con la miseria y el desamparo. Mis interlocutores/as plantearon por el contrario, una imagen de sí como pibes/as con acceso a ciertos objetos de valor, que responden a una moda hegemónica y que hacen parte de la misma vida de consumo material, simbólico y afectivo que gran parte de la población tiene en la actualidad. En ese mismo sentido, las prácticas de apropiación y disputa del espacio social en la ciudad -a través de su intervención, modificación y utilización para la satisfacción de las necesidades como así también para la realización de la vida cotidiana y la concreción de los placeres- proponen una percepción autónoma, empoderada y desafiante que confronta la mirada del pibe/a de la calle como víctima. Esta mirada nos permite entender a los sujetos como estrategias con posibilidad de resistencia y supervivencia en el complejo contexto de desposesión. Esto no quiere decir que esta situación sea deseable, pero sí da cuenta de que aquella mirada hegemónica que estigmatiza a las infancias vulneradas, dista de su

autopercepción, según la que los pibes y las pibas se ven a ellos y ellas mismas como quienes están logrando resolver su vida, respondiendo de forma activa a la desigualdad manifiesta.

La construcción de una memoria colectiva, el mantenimiento de ciertos códigos y dinámicas, al igual que de maneras de circular por el espacio social condicionan la visión hegemónica de la ciudad y visibilizan una situación que se pretende solapar con las fronteras y muros de las barriadas populares. Al mismo tiempo, como vimos a lo largo del trabajo, el centro urbano es, también, epicentro de intervención y control de los distintos dispositivos configurados en el entramado social y político. De esta manera, la apropiación y disputa por el espacio social no puede entenderse escindida de aquellas prácticas llevadas a cabo por cada uno de los dispositivos que intervienen sobre la vida de la ciudad en general, como así también en lo que corresponde a la gestión de las infancias como específico.

En este sentido, durante el trabajo de campo realizado pude constatar que las diversas prácticas llevadas a cabo por los dispositivos son diferenciadas y jerarquizadas por los pibes y las pibas según sus propios valores, redes afectivas, necesidades y deseos. De esta manera, las actividades realizadas por los dispositivos religiosos y de la sociedad civil a través de las actividades de entrega de alimentos o de vestimenta funcionan también como espacio de encuentro, siendo muchas veces más valorado ese aspecto que los recursos allí obtenidos. Del mismo modo, se desprende una posibilidad latente de disponer las propias elecciones. Por otro lado, en lo que respecta a los dispositivos estatales y/o comunitarios que se encuentran bajo la normativa de la ley de promoción y protección de los derechos de la niñez y la adolescencia, la práctica de restitución de derechos llevada a cabo por sus trabajadores y trabajadoras conserva una complejidad como lo es la necesidad de jerarquizar el acompañamiento formal de documentación y trámites en detrimento de aquellas prácticas informales de acompañamiento, vinculación afectiva, recreación. Como vimos previamente, esta dinámica es implementada por el espacio de operadores en calle del Municipio de Morón como así también por las organizaciones sociales que trabajan con niñez en esta zona. En ese sentido, las perspectivas de los pibes y pibas nos aportan cuestiones clave, que podrían contribuir a una mejora en las propuestas de estos dispositivos. Por un lado, en el programa municipal tal como se implementó en el periodo aquí analizado, mis interlocutores advierten que se les dirigieron

“intervenciones”, en las que las y los trabajadores tendieron a distanciarse del acompañamiento y del vínculo cercano hacia ellos y ellas, modalidad que los propios pibes y pibas contrastaron con el anterior Programa por chicos con menos calle en el que se sentían “acompañados” por trabajadores y trabajadoras a quienes genuinamente sus vidas les importaban. Por otro lado, respecto del Espacio de Niñez de El Transformador, si bien valoran una práctica genuina de acompañamiento, encuentran una fuerte tensión entre las propuestas de recreación, lucha y encuentro colectivo y la individualización que se impone en las propuestas de “proyectos de vida” alternativos a la calle. Así, las propuestas y actividades sostenidas desde los distintos programas para la población en calle generan una serie de contradicciones difíciles de saldar en el cotidiano de las y los pibes. Más allá del interés y esfuerzo de quienes sostienen esos dispositivos, los resultados de esta Tesis iluminan cuestiones generalmente omitidas, como el placer y las posibilidades que la calle posibilita a estos pibes y pibas, tanto para la satisfacción de sus deseos, obtención de recursos, como para la creación de redes afectivas, que aparece como una respuesta colectiva que se enfrenta a la precarización e individualización de sus vidas de manera descontextualizada. A su vez, como planteamos anteriormente, resulta muy poco eficaz la exigencia de ciertas formas de participación y de determinadas respuestas a los pibes y pibas ante las propuestas realizadas por los dispositivos, que apelan a su “voluntad”, la cual se vuelve una condición para acceder a cierto acompañamiento o intervención. Es así que las propuestas muchas veces entran en tensión con lo que “la calle” y los afectos les ofrecen y esperan de ellos/as. Como dijimos previamente, a partir de las propias reflexiones de los pibes y las pibas, en la calle son necesarias las estrategias de sobrevivencia, no así la voluntad o el mérito de cambiar y/o parecerse a la figura que los dispositivos esperan de un pibe o una piba que, muchas veces se relaciona con una figura universal y homogénea de la niñez y adolescencia a la que resulta imposible acceder por las condiciones históricas de desigualdad. Apuntar a la construcción de una identidad distinta a la callejera, que exige la construcción de un comportamiento ajeno al cotidiano, les resulta a estos pibes y pibas inconducente, pues es claro para ellos y ellas que aplicando tal modelo en el cotidiano de la calle no se sobrevive. De esta manera, a raíz de las intervenciones de los dispositivos, se forjan identidades en permanente tensión entre lo que se espera del pibe/a en la calle y lo que ellos/as eligen hacer en su cotidiano, donde quienes aceptan las propuestas realizadas desde los

dispositivos son incorporados/as y acompañados/as, en contraposición a aquellos pibes/as que no “cumplen” con lo requerido y por ende quedan excluidos/as de las posibles intervenciones. Cabe resaltar, como mencionamos previamente, que estas formas no se dan de una u otra manera y tampoco quienes las habitan eligen una en oposición de la otra. Existen múltiples estrategias y prácticas ya sean de *rebusque* como de negociación para moldear la propuesta de los programas y los mecanismos de la política pública en el cotidiano. Es evidente, como vimos a lo largo de sus reflexiones, que los dispositivos hacen parte de la vida de las y los pibes pero no son constitutivos sino que se suman como herramientas dentro de un entramado de relaciones, afectos y experiencias que los exceden. A su vez, remarcan nuestros entrevistados y entrevistadas la existencia de ciertas propuestas normadas y estandarizadas por parte de los distintos programas que se alejan de las propuestas que ellos y ellas ven como reales de implementar en su vida cotidiana. Esto tiene que ver con la priorización de espacios de encuentro, juego y recreación siendo que en gran parte de su cotidiano despliegan procesos laborales y formativos y muchas veces la búsqueda y participación de algún dispositivo, se relaciona más con la búsqueda de espacios de dispersión, diversión, encuentro y/o creencias y no con espacios formativos.

Ciertamente sus condiciones de precariedad evidencian una situación de desigualdad que debería modificarse y es atinada la existencia de programas con ese objetivo. Sin embargo, la propuesta implementada por los dispositivos en la concreción de un proyecto de vida individual se aleja bastante de las posibilidades que los pibes y las pibas ubican como reales para sus vidas. Muchas veces los planes y propuestas realizadas se relacionan con proyectos y estilos de vida ajenos al cotidiano del cual provienen: el cumplimiento de horarios; la búsqueda de trabajos formales; la individualización de los proyectos; incluso las representaciones simbólicas presentadas muchas veces no coinciden con las posibilidades de los pibes y las pibas. Estas propuestas ajenas a sus valores y elecciones, los y las llevan a priorizar el presente de placer, que es momentáneo pero palpable, frente a la abstracción de los proyectos propuestos por los dispositivos.

Es por eso que decimos que la calle y la vida de quienes eligen habitarla no sólo implican miserias, como se suele generalizar. Como sostiene Shaw (2002) y como analizamos en esta Tesis, en la calle también hay placer y posibilidades de mejores condiciones de vida, y es, en gran parte, el motivo por el que los pibes y

las pibas eligen habitarla. El placer de los afectos elegidos, las grandes hazañas y la permanente sensación de adrenalina combinada con el acceso y consumo de sustancias y/o cuerpos fortalecen tanto los vínculos y grupalidades como las experiencias subjetivas frente a la monotonía y las privaciones de la barriada popular. Los pibes y las pibas que circulan por el centro urbano de Morón, se muestran orgullosos/as de sus anécdotas y hazañas que saben son distintas a las de las personas que transitan la calle. Historias de rebeldías, enojos y alegrías que no sólo las y los visibilizan frente a un mundo que se ocupa de esconderlas/os sino que también, desafían los roles y lugares que nuestra desigual sociedad reserva para ellos y ellas. Allí donde se espera que los niños y niñas pobres que habitan la calle se muestren como indefensos, pidiendo las sobras y mendigando por su pedacito de cielo; ellos y ellas se muestran resolviendo, eligiendo qué comer, qué ropa ponerse, en qué espacio participar, cómo organizar y cómo disfrutar de su vida, en la que también resultan capaces de construir y sostener redes afectivas que a su vez los y las sostienen e identifican. Así, los pibes y las pibas de Morón, desafiantes, revelan sus capacidades, sus fortalezas, sus redes de pertenencia colectiva y la importancia que para ellos y ellas tiene el placer, enfrentando los persistentes estereotipos estigmatizantes mediante los que -sin tenerlos/as en cuenta- se insiste en “sacarlos de la calle”.

6. Bibliografía

- ACHILLI, E. (2013). “Investigación socioantropológica en educación. Para pensar la noción de contexto”. En Elichiry. N. Historia y vida cotidiana en educación. Perspectivas interdisciplinarias. Buenos Aires: Manantial
- AGAMBEN, G (2015). “¿Qué es un dispositivo?”. Buenos Aires: Ed. Adriana Hidalgo
- AUGÉ, M (1993). “Los no lugares” Palimpsestos, Francia: Editorial Gedisa.
- BATALLÁN, G. (2007). “Docentes de infancia. Antropología del trabajo en la escuela primaria”. Col. Cuestión de Educación. Buenos Aires: Paidós
- BARNA, A (2012). “Desentrañar sucesos, evaluar sujetos y producir verdades para ‘restituir derechos de niños’ Un abordaje desde las prácticas cotidianas de intervención en un dispositivo estatal de protección de la niñez del conurbano bonaerense” Buenos Aires: Runa nro. 36
- (2014). "No hay como la palabra escrita para defender lo que uno hace": Usos de la producción documental en la gestión cotidiana de la niñez en el municipio de La Matanza”. Olavarría: Intersecciones antropol. Vol.15 no.1
- (2015). “La gestión de la infancia entre lo local y lo global: Una etnografía sobre intervenciones destinadas a "restituir derechos de niños" en dispositivos estatales en el marco de las Leyes de Protección Integral” Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.
- BENEDETTI, A (2011). “Territorio: concepto integrador de la geografía contemporánea” en “Territorio, lugar, paisaje: prácticas y conceptos básicos en geografía / Alejandro Benedetti [et al.]; coordinado por Patricia Souto. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

- BOY, M (2018). “El otro espacio público en los estudios urbanos de la Argentina actual: el género y las sexualidades también construyen ciudad”. Buenos Aires: QUID 16.
- BUTLER, J. (2010). “Marcos de Guerra. Las vidas lloradas”. Buenos Aires: Paidós.
- (2017). “Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea”. Buenos Aires: Paidós
- CAPPANNINI, M (2014). “Apuntes para pensar a los niños y niñas en el mundo del “trabajo”. Una mirada desde la Antropología”. Rosario: XI Congreso Argentino de Antropología Social
- CARLI, S (1990). “El campo de la niñez. Entre el discurso de la minoridad y el discurso de la educación nueva”. En Puiggrós, Adriana “Escuela, democracia y orden” Buenos Aires: Galerna.
- (1999). “La infancia como construcción social”. En: Carli, Sandra (comp.) De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad. Buenos Aires: Editorial Santillana.
- (2010). “Notas para pensar la infancia en la Argentina (1983-2001) figuras de la historia reciente” Educación en Revista nro. 26, Bello Horizonte, Brasil.
- CERTEAU, M. (1999). “La invención de lo cotidiano: artes de hacer. I, Volumen 1 El oficio de la historia La invención de lo cotidiano” México: Iberoamericana.
- (2001) “La Invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar” México: Iberoamericana.

- COLANGELO, A (2003). “La mirada antropológica sobre la infancia. Reflexiones y perspectivas de abordaje”. En: Serie Encuentros y Seminarios, www.me.gov.ar/curriform/publica/oei_20031128/ponencia_colangelo.pdf
- DAROQUI, A; GUEMUREMAN, S (1999). “Los menores de hoy, de ayer y de siempre. Un recorrido histórico desde una perspectiva crítica” En: Revista Delito y Sociedad. Buenos Aires.
- DIKER, G (2009). “¿qué hay de nuevo en las nuevas infancias?” Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- EPELE, M (2010). “Sujetar por la herida: Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud”. Buenos Aires: Paidós.
- FAUR, E. El cuidado infantil en el siglo XX. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2014.
- FERNANDEZ ALVAREZ, M. I (2018). “Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular argentina”. Iconos nro. 62. Ecuador.
- (2019). “Relaciones de parentesco, corporalidad y afectos en la producción de lo común: reflexiones a partir de una etnografía con trabajadores de la economía popular en Argentina, Buenos Aires, UBA.
- FERNANDEZ ALVAREZ, M; GAZTAÑAGA, J; QUIRÓN, J (2019). “La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual” Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- FERNANDEZ ALVARES, M; CARENZO, SEBASTIÁN (2012) “Ellos son los compañeros del CONICET: El vínculo con organizaciones sociales como desafío etnográfico”. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL (UBA).

- FIRPO I; SALAZARAL L (2011). "Estado, política y niñez" Buenos Aires: Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia.
- FONSECA, C (1999). "Quando cada caso NÃO é um caso. Pesquisa etnográfica e educação". Revista Brasileira de Educação, N. 10, enero/abril.
- FONSECA, C (2000). "Família, fofoca e honra". Rio Grande do Sul: UFRGS.
- FONSECA, C; LAMAS (2009). "Direitos dos mais e menos humanos". En Fonseca y Schuch: Políticas de proteção à infancia: um olhar antropológico. Porto Alegre: UFRGS.
- FOUCAULT, M (2008 [1974]). "Nacimiento de la biopolítica". Curso en el Collège de Francia (1978- 1979). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- GARCIA LÓPEZ, N (2003). Reseña "de Certeau, Michel. La invención de lo cotidiano"
<https://atheneadigital.net/article/view/n4-garcia-2/103-html-es>
- GARCÍA PALACIOS, M; HECHT, C; ENRIZ, N (2015). "Crianza y niñez en dos comunidades indígenas de la Argentina (qom y mbyá)". Buenos Aires: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- GARCÍA PALACIOS, M; HECHT, C (2009) "Los niños como interlocutores en la investigación antropológica. Consideraciones a partir de un taller de memorias con niños y niñas indígenas". Portugal: Tellus.
- GARCIA PALACIOS, M; HORN, A; CASTORINA, J (2014). "El proceso de investigación de conocimientos infantiles en psicología genética y antropología"Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud
- GARCIA SILVA, R (2014). "Los chicos en la calle llegar, vivir y salir de la intemperie urbana" Buenos Aires: Espacio Editorial.

- GENTILE, F (2015). “Pibes” y “guachines”: clasificaciones etarias callejeras en el AMBA. 4tas Jornadas de Estudios sobre la Infancia, Buenos Aires.
- (2007). “En el Caina te habla boca. tipos de usos, prácticas y significaciones de los chicos y chicas que frecuentan un centro de atención para niños y adolescentes en situación de calle”. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- GRIMA, José Manuel (1999). ¿Chicos de la calle o trabajo chico? Ensayo sobre la función paternal. Buenos Aires: LUMEN.
- HARVEY, D (2013). “Ciudades rebeldes: del derecho de la ciudad a la revolución urbana” Madrid: Akai.
- HECHT, T (2002). “Children and Contemporary Latin America”. En: Hecht, Tobias (ed.): Minor Omissions. Children in Latin American History and Society. Wisconsin: University of Wisconsin Press
- HELLER, A. (1977). Sociología de la vida cotidiana. Barcelona: Península.
- HERNANDEZ, C (2016). “Crecer en la ciudad: usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires)” Tesis doctoral. Doctorado en Antropología, Buenos Aires: IDAES-UNSaM.
- (2018). “Somos los chicos”: Una mirada a la experiencia infantil urbana desde las edades. Buenos Aires: Revista Ensamblés.
- KESSLER, G (2004). “Sociología del delito amateur”. Buenos Aires: Paidós
- LACLAU, E y MOUFFE, C (2010 [1987]). “Hegemonía Y Estrategia Socialista: Hacia una radicalización de la democracia”. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- LARROSA, J (2000). “Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación” Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.
- LEAVY, P (2015). “Aportes desde la antropología de la niñez para pensar el flagelo de la desnutrición”. Buenos Aires: Horizontes Sociológicos. Asociación Argentina de Sociología.
- LEAVY, M (2019) Entre las fincas y la escuelita bíblica... o policial. Un análisis etnográfico sobre el cuidado infantil en contextos rurales de Orán, Salta. Buenos Aires: RUNA Archivo para las Ciencias del Hombre. vol. 40 p. 75 - 91
- LEFEBVRE, H (2013 [1974]). “La producción del espacio”. Madrid: Ed. Capitán Swing.
- LINDÓN, A (2017). “La ciudad movimiento: cotidianidades, afectividades corporizadas y redes topológicas”. Montevideo: INMEDIACIONES DE LA COMUNICACIÓN 2017 - VOL. 12 / N° 1
- LLOBET, V (2010). “¿Fábrica de niños”: Las instituciones en la era de los derechos de la infancia”. Buenos Aires: Noveduc.
- (2011). “Un mapeo preliminar de investigaciones sobre infancia y adolescencia en las ciencias sociales en Argentina desde mediados de la década de 1990”, en Kairos, Revista de Temas Sociales. ISSN 1514-9331. URL: <http://www.revistakairos.org>. Año 15, N°28.
- (2012). “Una lectura sobre el trabajo infantil como objeto de estudio. A propósito del aporte de Viviana Zelizer”. Buenos Aires: Revista Desarrollo Económico, vol.52, N°206-
- (2014). “Pensar la infancia desde América Latina: Un estado de la cuestión” Buenos Aires: Clacso.

- LLORENS, M (2005). “Niños con experiencia de vida en la calle”. Buenos Aires: Paidós.
- LIEBEL, M (2016). ¿Niños sin Niñez? Contra la conquista poscolonial de las infancias del Sur glob. Millcayac-Revista Digital de Ciencias Sociales, 3(5)
- (1997) “Protagonismo Infantil. Movimiento de niños trabajadores en América Latina”. Editorial Nueva Nicaragua.
- (2003) . “Infancia y Trabajo”. Lima: IFEJANT.
- LITICHEVER, C (2009). “Trayectoria institucional y ciudadanía de chicos y chicas con experiencia de vida en calle. Buenos Aires: Flacso
- (2016). “Entre la calle, la escuela, y las instituciones: trayectorias institucionales de jóvenes” en Revista latinoamericana ciencias sociales”. niñez, vol.1 no.1 Buenos Aires: Manizales.
- LUCCHINI, R (1999). “Niño de la calle. Identidad, sociabilidad, droga”. Barcelona: los libros de frontera.
- MACRI M., Ford, M., Berliner, C. Y M.J. Molteni (2005). “El trabajo infantil no es juego. Estudios e investigaciones sobre trabajo infanto-adolescente en Argentina” (1900 - 2003).Buenos Aires: STELLA, La Crujía Ediciones.
- MARTIÑÁN, L (2018) “La violencia hacia la vida: Una etnografía de la violencia en las villas”. Buenos Aires: Revista Etnografías Contemporáneas, USAM.
- MATTIO, E; DAHBAR M (2020). “¿Una agenda de derechos, qué agenda de afectos es? Entrevista con Val Flores”. Buenos Aires: *Heterotopías*. Recuperado a partir de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/29088>

- MONTENEGRO, H; SHABEL, P (2020). “¿Cuida bien al niño? Reflexiones antropológicas sobre las infancias en pandemia”. Buenos Aires: Blog Es más complejo.
- MORALES, S; SHABEL, P (2020). “El Gritazo. Análisis de una manifestación de niños y niñas por su derecho a trabajar y a participar”. Buenos Aires: Millcayac.
- MORLACHETTI, A (2007). “Crónicas Desangeladas”. Buenos Aires: Escuela Talleres Gráficos Manchita.
- NAROTZKY, S; BESNIER, N (2014). “Crisis, valor y esperanza: repensar la economía”. EEUU, Chicago: The University of Chicago, Fundación Wenner-Gren para la Investigación Antropológica.
- OLIVEIRA DOS SANTOS, P (2018). “Infancias rurales, niños y niñas del campo”. Revista Desidades nro. 21.
- OSZLAK, O (1991). “Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano”, Buenos Aires: Humanitas.
- PADAWER, A (2010). “Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar. La conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa.”. Porto Alegre: Horizontes Antropológicos.
- PADAWER, A; SCARFÓ, G; RUBISTEIN, M; VISINTÍN, M (2009) “Movimientos sociales y educación: debates sobre la transicionalidad de la infancia y de la juventud en distintos contextos de socialización”, *Intersecciones en antropología*, 10(1): 141-153.
- PAOLONI, M (2016) .“Límites y posibilidades en la Construcción Colectiva de Políticas Sociales con Niños, Niñas y Adolescentes Con Experiencia de

Vida en Calle desde la participación de las organizaciones sociales”. Buenos Aires: Tesis de grado Universidad Nacional de Luján.

- PEIRANO, M (1995). “A favor de la etnografía”. Rio de Janeiro: Relume-Dumará
- PEREZ ÁLVAREZ, A (2005). “Maniobras de la sobrevivencia en la ciudad. Territorios de trabajo informal infantil y juvenil en espacios públicos del centro de Medellín – Colombia”. Universidad Nacional de Medellín. Departamento de Trabajo Social- Universidad de Antioquia: Tesis de grado para la maestría en Hábitat.
- POGGIESE, H. A (2016). “Movimientos sociales, formulación de políticas y redes mixtas socio gubernamentales: para un nuevo “saber-hacer” en la gestión de la ciudad. S/L, S/E, S/A.
- PIRES, F. (2007). “Ser adulta e pesquisar crianças: explorando possibilidades metodológicas na pesquisa antropológica”. Revista de Antropologia de San Pablo.
- RAUSKY, M. E. (2009). “¿Infancia sin trabajo o Infancia trabajadora? Perspectivas sobre el trabajo infantil.” En: Rev. Latinoamericana de Ciencias Sociales Niñez y Juventud (<http://www.umanizales.edu.co/revistacinde/index.html>) -
- (2007). “Trabajo infantil, pobreza y estrategias de reproducción social”, en: Eguía, A. y S. Ortale (Coords.) Los significados de la pobreza. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- RODRÍGUEZ, I (2007). “Para una sociología de la infancia: aspectos teóricos y metodológicos”. Santa fé: CIS
- ROCHE, J (1999). “Children: Rights, participation and citizenship” En Childhood Vol. 6 (4), Londres, Sage.

- ROCKWELL, E (1980). “Etnografía y teoría en la investigación educativa”, en Enfoques, Cuadernos del Tercer Seminario de Investigación Educativa, Bogotá, Colombia.
- (2009). “Reflexiones sobre el trabajo etnográfico”. En: La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos. Buenos Aires: Paidós.
- (2011). “Los niños en los intersticios de la cotidianeidad escolar”. En Discusiones sobre infancia y adolescencia. Niños y jóvenes, dentro y fuera de la escuela. Comp: Graciela Batallán y María Rosa Neufeld. Buenos Aires: Biblos.
- SAN PEDRO, C (2018). “De precarizaciones y resistencias: Los feminismos ante el neoliberalismo. Apuntes para reflexiones urgentes y necesarias”. Buenos Aires: Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos N° 7.
- SANTOS, M (1996). “De la totalidad al lugar”. España: Oikos-Tau
- Save the Children (2003). “Posicionamiento frente al trabajo infantil”, en: www.savethechildren.es/docs/.../posicionamiento_trabajo_infantil.pdf
- SHABEL, P (2013). “Los niños y niñas como constructores de conocimiento: un caso de investigación participativa”. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 12 (1), pp. 159-170.
- (2016). “Venimos a jugar y a luchar. Participación política de niños y niñas en organizaciones sociales”. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Buenos Aires: Revista Lúdicamente.
- SIMIONATTO, I (1995). “Gramsci: sua teoria, incidência no Brasil, influência no Serviço Social. São Paulo: Cortez Editora.

- SILVA, R (1998). "A porta entreaberta". Universidade Federal de Santa Catarina. Brasil: Centro de Filosofia e Ciências Humanas.
- SIRIMARCO, M y SPIVAK L'HOSTE, A (2018). "Teorizar lo emotivo: antropología y emoción". Buenos Aires: Revista Etnografías Contemporáneas, Vol. 4 Nro. 7, USAM.
- SÍVORI, H (2005). Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990. Buenos Aires, Antropofagia.
- SZULC, A (2004). "La antropología frente a los niños: de la omisión a las 'culturas infantiles'". Ponencia VII Congreso Argentino de Antropología Social, Córdoba. Urresti.
- (2006). "Antropología y Niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'". En: Wilde, Guillermo y Pablo Schamber (eds.) Cultura, comunidades y procesos contemporáneos. Buenos Aires: Editorial SB.
- (2015). "Esas no son cosas de chicos": la niñez en disputa. En Andrea Szulc, La Niñez Mapuche. Sentidos de Pertenencia en Tensión. Buenos Aires: Biblos.
- (2015). "Concepciones de niñez e identidad en las experiencias escolares de niños mapuche del Neuquén. Buenos Aires: Revista Anthropologica, vol.33, no.35.
- (2017). "Niñez mapuche, revitalización ritual y procesos de etnogénesis". Posadas: Avá. Revista de Antropología , núm. 32, 2018 Universidad Nacional de Misiones.
- (2019). "Más allá de la agencia y las culturas infantiles: Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche". Buenos Aires: Runa nro 40.

- SZULC, A; HECHT, A; HERNANDEZ, M; LEAVY, P; VARELA, M; VERON, L; ENRIZ, N y HELLEMEYER, M (2009). “La investigación etnográfica sobre y con niños y niñas. Una mirada desde la antropología.” XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, 31 de agosto al 4 de septiembre de 2009, Buenos Aires

- TALAMONTI CALZZETA, P (2013). “Niñez en situación de calle: Experiencias de intervención en la ciudad de La Plata”. Buenos Aires: Tesis UNLP FAHCE.

- URCOLA, M (2010). “Hay un niño en la calle”, Rosario: Ciccus.

- VILLALTA, C (2010). “Introducción”. En Villalta (comp.), Infancia, justicia y derechos humanos. Buenos Aires, Bernal: UNQUI.